

Colección Patrimonio

OBRA REUNIDA I

MONSEÑOR ENRIQUE ANGELELLI



provincia que late

PLANO EDITORIAL



Palabra reunida I - Poemas y homilías

Mons. Enrique Angelelli

Palabra reunida I - Poemas y homilias



Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso previo por escrito del editor.

Angelelli, Enrique Angel,

Palabra reunida I : Poemas y homilias / Angelelli, Enrique Angel ; Compilación de Deborah Barrionuevo ; Iris Valentina Lastra. - 1a ed. - La Rioja : Plano Editorial, 2023.

226 p. ; 23 x 16 cm. - (Patrimonio)

ISBN 978-987-82891-2-0

1. Poesía Religiosa. 2. Religión Católica. 3. Homilias.

I. Barrionuevo, Deborah, comp. II. Lastra, Iris Valentina, comp. III. Título.

CDD A861



Diseño de Colección: Matías Teruel

Transcripción: Mariana Papadópolos

Edición y corrección: Bárbara Delgado

Maquetación: Carlos Paigés

Diseño de tapa e interiores: Ramón Alberto Romero

Imagen de portada: Cortesía Secretaría de Derechos Humanos de La Rioja

Colaboración: Roberto Rojo, Gustavo Contreras Bazán, Luis Baronetto, Ediciones Tiempo Latinoamericano, Secretaría de Derechos Humanos de La Rioja y Deborah Barrionuevo

© 2023 Plano Editorial

mail: planoeditoriallr@gmail.com

2023 1ra. Edición

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

La Rioja: Plano Editorial

Este proyecto editorial busca afianzar, ampliar e institucionalizar las acciones que se han llevado a cabo en materia editorial en la provincia de La Rioja en las últimas décadas y, sobre todo, profesionalizar las condiciones objetivas de edición, promoción, distribución y venta de libros editados en la provincia (de autores riojanos y de la región) con el fin de fortalecer el mercado librero y editorial provincial y regional. Desde el Gobierno de la Provincia de La Rioja creemos que es una función indelegable del Estado el desarrollo y la promoción de la cultura en su sentido amplio e inclusivo. Los trabajadores del libro (escritores, correctores, editores, diseñadores, libreros y críticos, entre otros) no son sino actores clave de la industria cultural y garantes del acceso a la cultura, a través del libro, como un derecho humano y universal. Esta editorial nació para dar respuesta y certeza a la incertidumbre, para sostener el mundo del libro, el acceso a la cultura y a la educación.

AUTORIDADES

Gobernador de la Provincia de La Rioja
RICARDO CLEMENTE QUINTELA

Vicegobernadora de la Provincia de La Rioja
FLORENCIA LÓPEZ

Jefe de Gabinete de Ministros
JUAN LUNA CORZO

Secretario Gral. de la Gobernación
ARMANDO MOLINA

Secretaria de Comunicación y Planificación Pública
MARÍA LUZ SANTANGELO CARRIZO

Ministro de Turismo y Culturas
GUSTAVO ANIBAL LUNA

Secretaria de Culturas
PATRICIA HERRERA

Coordinadora de Letras
FLORENCIA GUITELMAN

Dirección Editorial
PATRICIA HERRERA
PAOLA AUDISIO

Consejo Asesor
SILVIA BAREI
HÉCTOR DAVID GATICA
RAQUEL GUZMÁN
ALDO PARFENIUK
TOMÁS VERA BARROS

Coordinación editorial
IRIS LASTRA

Palabras preliminares

Hoy, a 40 años de democracia y en el centenario del natalicio de nuestro entrañable obispo, recordamos con profunda admiración la vida y obra de Monseñor Enrique Angelelli, quien fue beatificado en 2019 junto a los sacerdotes Carlos de Dios Murias y Gabriel Longueville, y el laico catequista Wenceslao Pedernera.

En 1968, llegó a La Rioja, donde dedicó su vida a acompañar a los sectores más oprimidos de la sociedad riojana. Su lema "con un oído en el pueblo", tomado como premisa y camino de nuestra gestión de Gobierno, refleja su profundo compromiso con escuchar y responder a las necesidades del pueblo al que servía.

Con la palabra como herramienta fundamental, recorriendo incansablemente cada rincón de la provincia, Angelelli acercó la enseñanza de Cristo de pueblo en pueblo. Sus homilias radiales (transmitidas desde 1968 hasta 1976), fueron rescatadas gracias al comprometido trabajo de Luis Baronetto. Esta forma de transmitir sus mensajes de fe y esperanza fue un medio por el cual se acercaba a la comunidad llevando consuelo y la idea de justicia social que hoy elegimos rescatar e inmortalizar en estas hojas. Esas valiosas grabaciones de sus homilias están siendo nuevamente difundidas,

permitiendo que la voz de Monseñor Enrique Angelelli continúe resonando en nuestros corazones, recordando su empatía insobornable y su entrega hacia los y las riojanas.

Fue asesinado por la dictadura cívico militar argentina en el año 1976.

Angelelli no solo forma parte de la historia de La Rioja y del país, sino que representa un símbolo de la lucha que la dictadura intentó borrar, la búsqueda de una Argentina justa, libre, soberana y solidaria con el prójimo. Su legado perdurará siempre como un faro de luz que nos invita a seguir trabajando por ese país.

Memoria, verdad y justicia.

Monseñor Enrique Angelelli presente, ahora y siempre.

Patricia Herrera
Secretaria de Culturas, La Rioja 2023

Prólogo

Celebro este trabajo sobre las homilías y poesía del obispo Enrique Angelelli: significa recordarlo en algunos aspectos muy específicos de sus facetas pública y privada. Estas homilías y poemas pertenecen a un hombre con Fe inquebrantable, valiente, convencido, abnegado; muchos de sus contemporáneos lo veían con aureola de santo, a nosotros nos queda el ejemplo de su vida y sus acciones.

El obispo Angelelli adquiere dimensión histórica en su pastoral riojana (1968-1976) porque lleva a la práctica, o lo intenta con todas sus fuerzas, los postulados del Concilio Vaticano II impulsado por el Papa Juan XXIII que sacuden la iglesia católica a partir de 1959.

Caminar junto al pueblo dictaminó el famoso Concilio y el obispo Angelelli acata a rajatabla, entendiendo por pueblo a los humildes, desposeídos y los pobres, a quienes Jesucristo les auguraba la propiedad del reino de Dios. Con ese criterio, básicamente, moldea su gestión en el obispado de La Rioja.

Cuando el obispo Angelelli pisó tierra riojana en agosto de 1968, su trayectoria estuvo marcada por el compromiso con los pobres; fue protagonista en Córdoba de las convulsiones internas entre la iglesia preconciliar y los jóvenes religiosos que portaban la buena

nueva del Concilio Vaticano II. Una forma de superar estas controversias fue el traslado-destierro de Angelelli a La Rioja, provincia apagada y empobrecida por décadas.

En La Rioja, su acción pastoral enciende odios y amores; nadie queda indiferente ante este obispo innovador en el lenguaje y en sus acciones cotidianas. Habla con claridad, traza objetivos solidarios a los jóvenes, impulsa la organización de cooperativas, defiende a los campesinos despojados de sus tierras, denuncia a los gobiernos y a los opresores... Camina la provincia al derecho y al revés hasta los senderos más recónditos, solo o con el patrono San Nicolás de Bari, conoce a la gente personalmente y les envía mensajes a sus amigos remotos en las misas de los domingos a través de la radio.

En algún respiro de su intenso trabajo pastoral, el obispo escribe poemas para sí mismo. Curiosa forma de retemplar el ánimo: pasa en limpio observaciones, descripciones, tristezas y esperanzas de su trajinar diario. En el poema *La Rioja querendona* señala:

«En cada chaya escondes tu dolor hecho harina y albahaca
los del puerto te han amordazado para que no grites
ya tus tientos se cortan y caen tus machetes
solo te quedan ranchos tristes y tierra caliente».

El panorama de la provincia era desolador: pobreza estructural, éxodo, enfermedades endémicas, falta de fuentes de trabajo, economía deprimida... «¡¡¡Menos que nada!!!», escribe el obispo.

La diócesis riojana trasciende al mundo porque había alguien que hace lo que dice, con una coherencia estremecedora. Figuras de la Iglesia se asoman a ver

el fenómeno, Arturo de Paoli, Pedro Arrupe, monseñor Vicente Zazpe; el treintañero Jorge Mario Bergoglio le pide orientación para su Orden y muchos idealistas, sacerdotes jóvenes y monjas llegan porque el amor y la solidaridad parecen posibles, al alcance de la mano.

La prédica del obispo era incesante, particularmente por los medios de comunicación, diarios, radio, revistas. Orador extraordinario, sus homilias eran muy esperadas y, luego, muy comentadas. Analizaba la situación política y social, se refería a pasajes bíblicos, denunciaba, exhortaba, insuflaba esperanza... Todo con voz vibrante y la pasión de un convencido irreductible.

Después del golpe militar del 24 de marzo de 1976 no renuncia ni disimula sus opiniones y criterios, siempre fiel a los principios de su pastoral inspirada en el Concilio. Visita a los presos políticos, denuncia el golpe de Estado y la ausencia total de justicia. Sabe y lo dice: «quieren la cabeza del obispo».

En esos momentos trágicos del país, con la prensa anulada, el obispo solo puede expresarse mediante la homilía, palabra de origen griego que significa *sermón corto* o *interacción con otra persona*. La homilía, como parte de la liturgia, entre la lectura de la Palabra y la oración de los fieles, es el nexo del obispo con su gente... Es el nexo que desquicia al gobierno militar.

El obispo no se doblega ante el nuevo tiempo de terror y de *silencio es salud*; su voz es acallada el 4 de agosto de 1976, en un accidente provocado en Punta de Los Llanos. Ni siquiera consideró la propuesta de salir del país, su elección fue muy clara, quedarse aunque le costara la vida.

Roberto Rojo

Misas Radiales de Monseñor Angelelli

Primer Libro
Homilías 1968 - 1969 - 1970

Presentación
A veinte años del Martirio

A veinte años del martirio de Mons. Enrique Angelelli nos proponemos la edición de las Homilias que el obispo mártir escribiera para pronunciar en la Misa Radial de los domingos, por Radio L.V. 14, Radio Joaquín V. González, de la ciudad de La Rioja. En una sociedad con un hondo sentido religioso y un acendrado "catolicismo popular" no pasó inadvertida la voz radial del Obispo. En todos los rincones de la provincia norteña, en cada rancho, en cada cama de enfermo, en cada cárcel, en las rutas y en los pueblos, era esperada y escuchada la voz del Obispo amigo que ya antes había recorrido palmo a palmo los diversos lugares de su diócesis.

Con un oído inquisidor también era escuchada por terratenientes, conservadores y militares. Los pobres de La Rioja, que habían encontrado un Pastor, se sentían identificados en la voz valiente y cariñosa de este Obispo, que se acordaba de la fecha de sus cumpleaños, del aniversario del casamiento o el día del sindicato, en el saludo con que iniciaba las misas radiales. Era la voz del Pastor que actualizaba la Palabra de Dios escuchada en las lecturas bíblicas, que rescataba y valorizaba las expresiones de la religiosidad popular, que

interpretaba acabadamente la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II, que los obispos latinoamericanos habían hecho suyas en Medellín (1968) y los obispos argentinos en el Documento de San Miguel en 1969; que ponía sobre el tapete las situaciones de marginación de los pueblos perdidos del interior provincial, que reclamaba una acción urgente a los gobiernos, que denunciaba las injusticias, que interpretaba "los signos de los tiempos", anunciadores de importantes cambios sociales y eclesiales, muchos de ellos trunco o frustrados por la acción del poder establecido que veía afectados sus intereses o posiciones de privilegio, y que concluyó implantando la más feroz de las represiones de que tenga memoria la historia argentina, de la que también fue víctima Mons. Enrique Angelelli al sufrir el atentado que le costara la vida el 4 de agosto de 1976 en la solitaria ruta de los llanos riojanos.

Misas Radiales

La Misa Radial, tan esperada domingo a domingo por los pobres de La Rioja, comenzó a ser celebrada por el Obispo Angelelli, apenas se hizo cargo de la Diócesis, en agosto de 1968. Desde hacía doce años ya se venía transmitiendo como "misa parroquial", a cargo del Párroco de la Catedral. A principios de 1969, Mons. Angelelli le dio el carácter de "misa diocesana" y llegó a tener tanta significación e incidencia en la sociedad, que el Gobierno a quien pertenecía la Radio L.V.14 la suspendió en dos oportunidades.

La primera a partir del 12 de diciembre de 1971 cuando, gobernando los militares, una orden superior –que nunca pudo ser identificada– prohibió la misa ra-

dial del Obispo, que fue restablecida a principios de junio de 1973, con el advenimiento del gobierno popular. Y la segunda, en mayo de 1976, a dos meses de iniciada la dictadura militar, que ordenó reemplazar la irradiación de la misa del Obispo Angelelli desde la Catedral y Santuario de San Nicolás por la del Capellán militar Pelanda López, desde el Batallón 141 del Ejército, instalado en la ciudad de La Rioja.

Haber obtenido copias de los originales y manuscritos de Mons. Angelelli, que se guardan en la sede del Obispado de La Rioja, ha sido una tarea de gran valor para la recuperación de la memoria histórica. Se trata de la palabra escrita del Obispo, lo que supone una reflexión previa sobre los textos bíblicos indicados para la liturgia del día, según el calendario establecido por la Iglesia, buscando en ellos el mensaje oportuno y adecuado a la realidad en la que le toca actuar como Pastor de un pueblo. Es la palabra reflexionada que se vuelca al papel –tipeando con cuatro dedos su máquina de escribir, con la silla como "púlpito" y la hoja de papel como "público"–, tal como va bullendo en su cabeza de Obispo, para guardar fidelidad a la doctrina que debe transmitir, y tal como va brotando en su corazón de Pastor, que palpita con el sentimiento y las necesidades de su pueblo.

No es la palabra improvisada, sino la reflexión escrita, revisada una y otra vez, según lo testimonian los "tachones" y las correcciones o añadidos a mano que figuran en las hojas escritas a máquina. Tampoco se trata de elaboradas piezas literarias. Es el Obispo y el Pastor sentado frente a la máquina de escribir, que va volcando su reflexión, casi como a borbotones, sin atender demasiado a la construcción literaria, ni a veces a la ortografía o a signos de puntuación. Lo importante son las ideas "madres" que, a modo de guía desarrollada,

quedarán grabadas en el papel para luego ser retransmitidas en la homilía de la misa, con algunos comentarios y adecuaciones, atendiendo al "público concreto", los participantes de la celebración o los oyentes de la radio. "Asentaba su dedo índice 'palo de escoba' –dice Alilo Ortiz– y se extendía hablando, para luego retomar el texto" que estaba señalado previamente con tildes de marcador.

La importancia que Mons. Angelelli le asignó a la Misa Radial se percibe en la preocupación con que prepara sus homilías escritas y en el esfuerzo por estar presente cada domingo en su Catedral. Aun así, también se apreciará que existen algunas "lagunas" en las fechas. Es cuando el Obispo se encuentra en gira pastoral por el interior de la provincia o participando en las reuniones del Episcopado. En estos casos, la Misa Radial la celebraba el Vicario General, el Párroco de la Catedral o el Secretario General de la Curia.

Un criterio para la publicación

En razón de la abundancia del material escrito, nuestro proyecto es publicar en sucesivas ediciones todas las homilías escritas para las misas radiales, siguiendo un criterio cronológico. Ello aportará a tener una comprensión global de la teología, de la pastoral y sobre todo del perfil concreto de un Obispo de la Iglesia Católica en su rol magisterial. Optar por este criterio cronológico también nos ayudará a percibir la marcha concreta de una comunidad cristiana que, a nivel diocesano, va creciendo y madurando en la fe, guiada por su pastor, pero con la activa participación de sacerdotes, religiosas, laicas y laicos, en el ejercicio de

la "corresponsabilidad" que Mons. Angelelli promovió con vigor.

Y en esa marcha diocesana será posible apreciar todos los aspectos que hacen a la vida de una comunidad cristiana: el cuidado pastoral, la catequesis, el rol de los jóvenes, la familia, las religiosas, la formación laical, la inserción de la iglesia local en las líneas fundamentales de la Iglesia Católica, los acontecimientos sociales, las problemáticas de las distintas regiones de la provincia riojana, las diversas situaciones políticas que vive o soporta un pueblo y una comunidad concreta.

En virtud de dicha multiplicidad, y sin pretender un análisis de los textos de las homilias radiales que deberá ser obra de teólogos, pastoralistas, sociólogos o historiadores, adelantamos una primera clasificación de la totalidad en tres grandes bloques: aquellas en donde predominan aspectos doctrinales, con el comentario más detallado de los textos bíblicos o la festividad establecida por la Iglesia; las que acentúan aspectos pastorales, con referencias más específicas a las necesidades o acontecimientos de la comunidad cristiana a él encomendada; y las que abordan un análisis y una reflexión, como Obispo de la Iglesia, sobre hechos o sucesos de la realidad social, política o cultural tanto a nivel provincial como nacional, donde sobresale el rol profético a través de la denuncia de las situaciones de injusticia. El Pelado siempre piensa en grande –afirma Alilo Ortiz–. Él decía que La Rioja no termina en el Arco (ubicado a la entrada de la ciudad), así como el país no acaba en la Avenida General Paz (que delimita la Capital Federal).

El Obispo del Concilio

Una obsesión fundamental puede apreciarse en Mons. Angelelli: plasmar en la realidad concreta que le ha sido encomendada las orientaciones fijadas en el Concilio Vaticano II (1962-1965). En el Concilio vio Mons. Angelelli que venían a ratificarse opciones pastorales y un modo de entender la misión de la Iglesia, tanto hacia adentro como hacia afuera, que él asumió desde los primeros años de su sacerdocio y que pudo desarrollar a través de su rol como Asesor de la Juventud Obrera Católica, como Profesor en el Seminario Mayor Nuestra Señora de Loreto, del que también fue Rector, o en otros Institutos de formación cristiana de Córdoba.

Haber optado por el Concilio, que era de últimas optar por una manera de ser Iglesia realmente servidora de la humanidad, tal como había sido concebida por los primeros seguidores de Jesús, le acarreó también desde el inicio conflictos intraeclesiales, cuando aún se desempeñaba como Obispo Auxiliar de Córdoba. Es que a la resistencia de los grupos y sectores que se habían "adueñado" de la Iglesia, se le sumaba una acción episcopal nueva, de presencia en los conflictos sociales, de pronunciamientos claros en favor de la paz y la justicia social, que habían sido los dos problemas centrales fijados por el Papa Juan XXIII en el radiomensaje del 11 de Setiembre de 1962 al inaugurarse el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Esta profunda vivencia de la renovación conciliar es la que marcará todos los años de su misión episcopal en La Rioja, donde compartirá los aires nuevos con toda una comunidad, en la que los pobres vuelven a tener su lugar central, y donde también cosechará los sinsabores provocados por los grupos conservadores

de la misma Iglesia y de los sectores concentradores del poder económico, que se vieron afectados por la presencia de una Iglesia que había dejado de ser su baluarte para comprometerse en serio con la justicia social, en una realidad caracterizada por una estructuración social injusta, como habían definido los Obispos Argentinos, reunidos en San Miguel (Buenos Aires), en 1969, al adecuar a la situación argentina los pronunciamientos del Episcopado Latinoamericano en Medellín (Colombia), en 1968.

Las reflexiones que, a modo de introducción, realiza el teólogo Leonardo Boff, nos ayudan a ubicar la voz y la acción de Mons. Angelelli en este contexto conciliar.

Memoria y Presente

Publicar las homilías escritas para la misa radial es otro paso fundamental en orden a la recuperación de la memoria de Mons. Angelelli que, a veinte años de su martirio, sigue presente y vivo en quienes compartieron este tramo de la historia de la iglesia y del pueblo en Argentina. Y crece a la vez su vigencia en amplios sectores de la sociedad y de la iglesia de hoy, sobre todo en los jóvenes, que descubren en este obispo mártir un modelo de entrega y servicio a la comunidad en la lucha por la vida.

Consideramos de gran utilidad para las comunidades cristianas este material, que revela no solo una opción hecha vida y entrega por los pobres, sino también el testimonio arquetípico de una porción del pueblo de Dios en un momento concreto de la historia argentina, particularmente significativa por la virulen-

cia y ferocidad con que pretendió ser borrada de la memoria del pueblo.

Luis Miguel Baronetto
Centro de Formación "Mons. Angelelli"
Córdoba, junio de 1996

Prólogo
Angelelli y la traducción
del Concilio para América Latina

Concilio Vaticano II (1962-1965) quiso ser un Concilio pastoral. Esto quiere decir que, más que la doctrina, colocó la práctica de los cristianos en el centro de sus preocupaciones. Esta práctica debía realizarse con referencia a cuatro ejes básicos: al hombre, al mundo moderno, al desarrollo integral y a los signos de los tiempos.

1. Los descubrimientos del Vaticano II

En verdad, estos constituyeron cuatro grandes descubrimientos realizados por los padres conciliares. Primero el Hombre. Él ocupa una centralidad indiscutible. La convicción que expresan es que para conocer a Dios es necesario conocer al Hombre. Si perdemos al Hombre, perderemos el camino hacia Dios. De ahí la actitud de la Iglesia de ser servidora y pobre, de acompañar al Hombre en sus angustias y alegrías y, especialmente, en el rescate de su eminente dignidad y en sus búsquedas.

Después, el mundo moderno. Con él, la Iglesia tenía un conflicto histórico. Ahora se establece un diálogo y la paz. La Iglesia reconoce al mundo moderno, con su historicidad, con sus conquistas científicas y técnicas, con su cultura. No quiere ser madre y maestra sino compañera que aprende de él, y también su sierva en la búsqueda de más vida y justicia.

En tercer lugar, el desarrollo integral. El desarrollo es el gran mito de toda la modernidad. La Iglesia lo asume. Pero le cobra una exigencia fundamental, sin la cual el desarrollo no es desarrollo humano sino solamente crecimiento material: el carácter integral. La fórmula paradigmática era y sigue siendo el desarrollo del hombre todo y de todos los hombres, desarrollo integral.

Por fin, los signos de los tiempos. El mundo moderno ofrece muchos rostros y tendencias. ¿Cuáles son las cuestiones más urgentes y cuáles las que más desafían a la humanidad y a la fe? Para esto importa captar los signos de los tiempos. Solamente capta los signos quien capta los tiempos. Es necesario la escucha y la atención atenta de la voz, quizás, de los gritos que vienen de los tiempos. Con esto la Iglesia no quiere cerrarse en una lectura del mundo, sino renovarse continuamente con análisis cada vez más adecuados y profundos. Entonces puede ofrecer la luz que viene de Jesús, el gran signo para todos los tiempos.

La eficacia histórica de un Concilio no depende solamente de los textos oficiales sino, principalmente por su acogida y aplicación, en las Iglesias locales es el famoso tema teológico de la *receptio*, es decir, de la recepción que los textos conocen en las comunidades vivientes. El Vaticano II conoció una amplia aceptación concreta en toda la Iglesia. Toda *receptio* es dinámi-

ca. Los textos resuenan de distinto modo en La Rioja o en el centro de Buenos Aires o en el Chaco. Por eso, la acogida es siempre dinámica y enriquece el sentido original de los textos.

2. Descubrimientos de Angelelli y de la Iglesia latinoamericana

Una persona fundamental para la recepción del Vaticano II en Argentina y en América Latina fue seguramente Mons. Angelelli.

Él se sitúa como pastor de su pueblo, dentro de realidades bien concretas y contradictorias. Desde ahí escucha el Vaticano II. Es cuando Angelelli, como otros pastores en América Latina, hacen nuevos descubrimientos. De cara al Hombre del Vaticano II descubren al no-Hombre latinoamericano, hambriento, explotado y al margen del desarrollo. Para un cristiano es el lugar de un encuentro con el Señor crucificado en los crucificados de la historia. Angelelli lo dice bien en la homilía radial del 22 de noviembre de 1970: importa "descubrir el rostro y la Voz de Dios en el clamor justo y legítimo de los que sufren, de los que tienen hambre de pan, de cultura y de Dios".

Frente al mundo moderno del Vaticano II, Angelelli y los obispos latinoamericanos se enfrentan con el Submundo de la periferia, del subdesarrollo, de los dos tercios pobres de la humanidad. Esta anti-realidad significa un reto a la pastoral y a la misión de la Iglesia. Desde el evangelio y de su dimensión religiosa –como lo insiste continuamente en sus homilías Angelelli–, la Iglesia debe ser un factor de desarrollo integralmente humano. Enfáticamente dice en la homilía radial del 9

de agosto de 1970: "Cerrar los ojos a estas realidades es entristecer al Espíritu Santo de Dios que nos ha marcado con un sello de redención y de liberación gozosa". Anótese que ya aparece la palabra eje *liberación*, que marcará la pastoral y la teología de América Latina a fines de los años 60.

Con referencia a los signos de los tiempos del Vaticano II que iban en la línea más de la modernidad dominante, del desarrollo, del trabajo profesional, de la emancipación de los pueblos y de las mujeres, los pastores latinoamericanos descubren el grito de los oprimidos, sus anhelos de vida y de libertad, su fuerza de organización y de presión social. Los obispos descubren el continente de los pobres y oprimidos. Y sienten que es ahí el lugar privilegiado de realización de la misión evangélica de la Iglesia.

Por fin, de cara al desarrollo integral del Vaticano II, Angelelli y los obispos latinoamericanos se dan cuenta de que el tipo de sociedad vigente en el Continente impide alcanzar tal desarrollo por su carácter desigual e injusto. Repiten continuamente que por eso la transformación social no puede consistir en cambios parciales. Se necesitan cambios urgentes, audaces e innovadores.

Tales cambios equivalen a una verdadera liberación, es decir, una superación histórica del tipo de desarrollo que producía y aumentaba el subdesarrollo.

No se usa todavía la palabra liberación. En las homilias de esta época esa palabra está reservada a la acción de Jesús, que es de salvación y liberación. Pero la cosa pensada y querida está ya presente. Se hacen exigencias tales al proceso de desarrollo que implican su superación en la línea de la liberación como fue vista y propuesta por la teología latinoamericana en los fines

de los años 60 y que repercutió en los textos de Medellín (1968).

Pero ya aparecía clara la perspectiva donde iba a nacer la terminología de la liberación: desde el pueblo. Solamente cuando el pueblo pobre y creyente se hace sujeto de su acción, cuando ya no acepta la opresión y cuando se organiza para actuar, podemos hablar efectivamente de liberación. Angelelli lo captó bien, en ocasión del famoso Mensaje de Año Nuevo (1970-71). Con toda claridad declara: "La Iglesia, en su acción pastoral, no debe ser orientada solamente hacia el pueblo, sino también, y principalmente, desde el pueblo mismo". Es desde el pueblo que se percibe la urgencia de liberación, de otro tipo de sociedad que permite a todos un desarrollo integral.

3. Angelelli preparador de Medellín y Puebla

La práctica pastoral liberadora y su correspondiente reflexión teológica fueron posibles porque pastores proféticos se adentraron en el mundo de los pobres; han descubierto en ellos el rostro sufriente del Siervo de Dios, han denunciado el pecado social que esta realidad significa y se han comprometido desde los pobres, con los pobres en la realización de la liberación, inspirados en la práctica liberadora de Jesús y de sus apóstoles. Marx no ha sido padre ni padrino de esta práctica. Fue una espiritualidad de amor que llevó a tantos pastores, teólogos, religiosos y religiosas, laicos mujeres y hombres a optar por los pobres, en contra de su pobreza y en favor de su liberación.

De esta práctica nació la atmósfera general de la liberación que empapó la catequesis, la liturgia, la pie-

dad de las comunidades, la lectura de las Escrituras y la reflexión teológica desde los años 60 hasta los días de hoy. Tal horizonte ganó su expresión continental y oficial en los textos de Medellín (1968) y de Puebla (1979), y en tantos otros documentos del magisterio local de los obispos, de las conferencias nacionales y del magisterio papal.

Angelelli, junto con Helder Cámara, con Larraín, con Méndez Arceo y tantos otros de la Iglesia latinoamericana, fue decisivo en la creación de las condiciones para esta atmósfera liberadora. Aquí reside su alta significación histórica. Él supo testimoniar tal compromiso liberador con su vida, con la entrega total a sus hermanos más pequeños por el martirio. Se quedará para siempre en los fundamentos de la Iglesia que nace en medio de los pobres, en la fuerza del Espíritu de Dios.

Leonardo Boff

Río de Janeiro, Fiesta de Pentecostés, 1996

24 de agosto de 1968
Primer Mensaje
a la Diócesis de La Rioja

Le acaba de llegar a La Rioja un hombre de tierra adentro, que les habla el mismo lenguaje, también de tierra adentro. Un hombre que quiere identificarse y comprometerse con ustedes. Quiere ser un riojano más. Por eso, desde ahora, les dice: mi querido pueblo riojano. Este hombre siente y experimenta interiormente el peso de la responsabilidad de haber sido ungido por el Espíritu del Señor y ser enviado por Jesucristo para pastorear este Pueblo de Dios.

Aquí tienen al obispo, hermano en la debilidad de todos los hombres, un cristiano como ustedes, sacerdote en la plenitud del sacerdocio de Jesucristo, obispo de esta diócesis riojana. En este primer encuentro, familiar y fraterno, brota de lo más hondo de mi alma, como un grito, mi saludo para todos: autoridades y pueblo; a cada riojano: de la ciudad, de Los Llanos y metido entre los cerros; a nuestros hermanos cristianos de distintas comunidades no católicas; a todo riojano creyente o no creyente, a los niños, a los jóvenes y a los adultos de cualquier condición en que se encuentren, reciban el saludo: que la paz y la bendición de nuestro Señor Jesucristo llegue abundante y fecunda a todos ustedes. Esta comunidad tiene una historia

que nos enseña quiénes fuimos y somos. La presencia de Dios recorre toda su historia.

Aquí me encuentro, cobijado a la sombra del santuario de San Nicolás, donde el obispo tiene su cátedra para seguirles anunciando el Evangelio de Jesucristo; la silla para presidir la comunidad de sus hermanos; la mesa para celebrar la Eucaristía con su pueblo. Mi imaginación, en estos momentos, trata de recorrer velozmente el pasado y la tradición de La Rioja, su vida andada, el camino peregrinado. Asumo a este pueblo que el Señor me ha confiado para el servicio pastoral y que guarda en sus alforjas un pasado y una historia ricos en contenidos, amasados con alegrías y dolores hasta la sangre; una personalidad definida con caracteres propios; un camino que se abrió a los cuatro rumbos dándole hijos a la patria para que tejieran su historia; hombres a las letras, a las artes, a la educación, a la política y a la cosa pública, y próceres a la patria; sacerdotes misioneros y apostólicos hasta el heroísmo oculto, que recorrieron y recorren sus caminos por sus llanos, cerros y valles, evangelizando y santificando a sus hermanos.

Estoy en la tierra donde San Francisco Solano convocó al indio, al mestizo y al español en torno al Evangelio y a la Eucaristía, para que todos se sintieran hijos de un mismo Padre que está en los cielos. Tierra de San Nicolás y del Niño Alcalde, del Chacho, Facundo, Castro Barros y Joaquín V. González, entre otros; tierra que guarda en sus entrañas metales preciosos; donde florece la vid y el olivo; tierra sedienta esperando que le recojan el agua de sus entrañas para hacer felices a sus hijos; tierra generosa para brindar abundante pan. Sí, con el trabajo y el esfuerzo común y participado por todos, se le brindan medios adecuados y eficaces para que sus hijos puedan sumarse a la gran tarea solidaria

de hacer feliz a la nación, haciendo próspera y desarrollada, en sus potencialidades, a la provincia.

Tierra abierta al progreso y a la técnica; a los auténticos valores de la realización integral del hombre riojano, sensible y que sabe cantarle a las cosas nuestras; esperanzada para el progreso de todos los auténticos valores humanos del hombre riojano. Tierra que deja escuchar su grito de liberación porque siente que le ha llegado la hora de mostrar al país entero que guarda en su seno la imagen, todavía pura, del hombre argentino y latinoamericano. Tierra con un rico acervo de vivencia espiritual y Fe cristiana, ansiosa de seguir madurando las semillas evangélicas sembradas en su alma riojana.

En esta tierra, y con esta historia, experimento en mi carne y en mi sangre la sucesión apostólica por la que nos unimos a Jesucristo, porque me toca continuar la marcha de este Pueblo de Dios desde que su primer obispo, sucesor de los apóstoles, Froilán Ferreyra, fijó con su cayado de pastor esta cátedra del Evangelio, esta mesa de la Eucaristía y esta silla para presidir, constituyendo la Iglesia riojana, por disposición del sucesor de Pedro, cabeza del colegio episcopal.

Pero, hermanos y amigos, por fidelidad a la tradición y a la historia de La Rioja, por fidelidad a la dinámica interior del mismo Pueblo de Dios, que es movido por el Espíritu del Señor y pastoreado por hombres ungidos y enviados, que debieron responder y ser fieles a su historia y a su presente, nos toca a nosotros, Pueblo de Dios actual, hacer un alto en el camino andado. Se nos exige responder personal y libremente; asumir, reflexionar, meditar, evaluar, renovarnos, responder evangélicamente a nuestro mundo. Asumimos la tradición, la historia pasada con todo su contenido

de realizaciones y debilidades, con sus virtudes y pecados. No para comparar el presente con el pasado, sino para comparar el presente con lo que debe ser. Somos convocados, no para resucitar el pasado, sino para construir el futuro; tensionados en la paz interior y la esperanza cristiana. Ubicados entre la tradición y el futuro, sigamos la marcha tratando de descubrir, en una búsqueda comunitaria, la imagen verdadera y auténtica del dinamismo del presente: sus gozos y esperanzas, sus aspiraciones y limitaciones, sus realizaciones y sus potencialidades, sus riquezas y pobreza, su vocación y misión de futuro.

Estamos viviendo una hora histórica, donde los cambios son profundos en la mentalidad de los hombres y en la estructuración de la sociedad humana. Existen sistemas que han estructurado la vida actual de la sociedad que causan muchos sufrimientos, injusticias y luchas fratricidas. Muchos hombres sufren y se aumenta la distancia que separa el progreso de pocos y el estancamiento y aún el retroceso de muchos. Comprobamos que la generación joven mira con algún desprecio a la generación de los mayores que no logró construir el mundo que ellos esperan ahora realizar. Somos testigos del mundo del desarrollo, de la planificación, de los cambios y del progreso, proceso difícil y doloroso, pero necesario.

El Papa Pablo nos dice: "La situación presente tiene que afrontarse valerosamente, combatirse y vencer las injusticias que trae consigo. El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender reformas urgentes. Cada uno debe aceptar su papel, sobre todo los que, por su educación, su situación y su poder, tienen grandes posibilidades de acción. Hay que darse prisa...". Y mientras nosotros vivimos este encuentro primero, en esta toma

de posesión del obispo de la diócesis, los delegados del Episcopado Latinoamericano, convocados y presididos por el Papa Pablo, se avocan al estudio y a la reflexión de la misión que la Iglesia latinoamericana debe cumplir ante los urgentes y profundos cambios que reclama el continente¹.

La Iglesia, al mirar el rostro de los hombres de nuestro tiempo con los ojos puestos en Jesucristo, se ha declarado, una vez más, servidora de la humanidad; la idea del servicio ha ocupado su puesto central. Por eso la Iglesia, como Pueblo de Dios, encarnado y comprometido en el mundo, ha entrado en una real renovación. Caminamos hacia una Iglesia más misionera, más de servicio que de dominación, más dialogante con su mundo, más deseosa de un laicado maduro y responsable.

El hombre, objeto de todas las preocupaciones del Concilio, representa, como también para la Iglesia riojana, el centro de sus preocupaciones y afanes; quiere compartir sus angustias, esperanzas, debilidades y aspiraciones; el hombre se salva según la dimensión humana que da a su propia existencia, pero no podrá alcanzar su plenitud sin Dios. Un humanismo exclusivo, un humanismo trunco. Para poder tener acceso a Dios, lo debemos hacer a través de la humanidad asumida por Cristo en el misterio de la Encarnación, nacido de una hija de nuestra raza, María, Madre de Dios y de los hombres. Las aspiraciones del hombre, de todos los hombres de nuestras tierras, por una vida plenamente humana, a saber: la lucha por la superación de las desigualdades sociales, los esfuerzos para liberarse

1. II Conferencia del Episcopado Latinoamericano efectuada del 24 de agosto al 6 de septiembre de 1968, en la ciudad de Medellín (Colombia), bajo el lema "La Iglesia en la actual transformación de América Latina, a la luz del Concilio Vaticano II".

de toda despersonalización, el hambre, la ignorancia, la miseria y el pecado, así como la toma cada vez más creciente de conciencia de la dignidad humana, son signos de nuestro tiempo que debemos interpretar a la luz del Evangelio y del magisterio de la Iglesia. Nuestra fe cristiana nos hace ver que todo este movimiento actual de la humanidad, a pesar de los obstáculos y fallas de todo orden con sus desequilibrios, hunde sus raíces en el mismo corazón del hombre (GS 10). Allí tiene su origen, es transformado y alcanza su perfección en Cristo (GS 28).

Nuestro compromiso cristiano hacia nuestros hermanos los hombres, o su injustificable evasión, deciden el destino eterno que todos tenemos. Los hombres damos a esta salvación y liberación traída por Cristo una respuesta libre. Algunos la aceptan, otros no. Por eso es más grave nuestra responsabilidad como cristianos. La Iglesia posee una misión "de orden religioso". A ella le toca proclamar proféticamente el mensaje de salvación. De él derivan "tareas, luces y energías capaces de dotar a la actividad diaria de los hombres, de un sentido y de una significación mucho más profundos" (GS 40). La Iglesia tiene fundamentalmente una sola misión: "No es de orden político, económico o social" (GS 42). Ofrece lo que posee como propio: "una visión global del hombre y de la humanidad" según el modelo que encuentra en Cristo; visión que rige toda la vida de los hombres y del mundo: las ciencias, las artes, las ideologías, la política, la actividad económica y social, cada vez que comprometan al hombre en toda su dimensión.

En este contexto, el obispo asume su responsabilidad pastoral. No vengo a ser servido, sino a servir a todos, sin distinción alguna, clases sociales, modos de pensar o de creer. Como Jesús, quiero ser servidor de

nuestros hermanos los pobres, de los que sufren espiritual o materialmente, de los que reclaman ser considerados en su dignidad humana, como hijos del mismo Padre que está en los cielos, de los que reclaman el afecto y comprensión de sus hermanos; cuenten con este hermano, que es también padre en la Fe. Quiero estar junto a cada riojano que desinteresadamente se brinde por servir a sus hermanos; servidor de los adultos y especialmente de la juventud.

Ayúdenme a que no me ate a intereses mezquinos o de grupo; obren para que sea el obispo y el amigo de todos, de los católicos y de los no católicos, de los que creen y de los que no creen, de los de la ciudad y de quienes viven en los lugares más apartados. El obispo no trae otras intenciones, tiene una sola: servir amando. Cuando se equivoque –también es bueno equivocarse para que descubran que el obispo es frágil–, ayúdenme a que acierte, porque es difícil; su tarea y su acierto o desacierto trae consecuencias a su pueblo.

Ayúdenle al obispo para que nunca deje de ser el proclamador del Evangelio, el santificador de los hombres y el buen pastor de su pueblo. Para que no calle cuando debe hablar: iluminando, alertando, exhortando o amonestando. Para que ningún cálculo, puramente humano y mezquino, haga silenciar su palabra o su acción.

Ya me encuentro en mi diócesis, en esta porción del Pueblo de Dios que se me ha confiado como obispo para apacentar con la cooperación del presbiterio, los sacerdotes, de suerte que, adherida a su pastor y reunida por el Espíritu Santo por medio del Evangelio y de la Eucaristía, es constituida Iglesia particular riojana y a la vez se encuentra en ella y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo, que es santa, católica y apostóli-

ca. Esto es la diócesis: el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo que lleva oculta la vida de Dios y la engendra a los hombres. Es una familia, una comunidad, un edificio de piedras vivas que son los cristianos. Tiene un pastor, tiene un apóstol, tiene un sacerdote en su plenitud. Tiene una vida que es en la Fe, la esperanza y la caridad o el amor; es una comunidad de Fe, es una comunidad eucarística, es una comunidad misionera.

Porque Cristo se hizo hombre, se hizo hermano mayor nuestro, por eso es comunidad cristiana riojana, está en la ciudad, en Los Llanos, en Tama, en Anillaco, Chamental o Famatina. Tiene matices propios, modalidades peculiares, una marcha propia, una personalidad cristiana propia sin dejar de ser la misma Iglesia universal fundada por Jesucristo. Esta comunidad riojana, espiritualmente rica, avalada por su tradición y su historia, religiosamente está abierta a mayor abundancia de Evangelio y de vida de Dios, si se multiplicasen los hombres ungidos para el Evangelio y la Eucaristía. Merece respeto, trato delicado y veneración por el reino de Dios implantado en su corazón y que exige ser asumido y madurado en la Fe y en la Caridad. Cristo, en la diócesis, toma nombres concretos: se llama Nicolás, Juan, Antonio, Rosa o Clementina; es el hombre concreto, el Cristo que necesita más justicia, más caridad y amor, más desarrollo humano y cristiano. Pero si la Iglesia no se hace sin el obispo, tampoco la Iglesia es el obispo solo; la formamos todos: sacerdotes, religiosos y laicos cristianos; es el Pueblo de Dios, todos somos corresponsables. Desde nuestra ubicación en el mismo Pueblo de Dios caminamos juntos, implantamos el reino de Dios juntos, buscamos juntos, nos renovamos y nos comprometemos juntos.

Permítanme que a mis sacerdotes, diocesanos y religiosos, que constituyen el presbiterio riojano y

que nos une un vínculo sacramental más que jurídico, hoy les diga, delante de mi pueblo: Mis hermanos y mis amigos íntimos, con ellos comparto el ministerio pastoral; el obispo debe ser padre, hermano y amigo de sus sacerdotes; cuídenme para que nunca deje de serlo; yo les ayudaré para que seamos una comunidad sacerdotal gozosa, íntima, fraterna y apostólicamente comprometida. Bendigamos al Señor por los pastores que le ha dado al pueblo riojano. Es testigo Dios que no improviso esta afirmación.

Junto a los sacerdotes están ustedes, religiosas de la diócesis, que consagraron la vida para servir mejor a sus hermanos. Encontrarán en el obispo al hermano y al padre para que esa consagración sea cada vez más gozosa y realizada, y el servicio con mayor sentido eclesial dentro de la diócesis.

Y para ustedes, queridos seminaristas, vidas jóvenes y generosas, conscientes de lo que significa ser hoy sacerdote; para ustedes, junto con mi presbiterio, nuestras preocupaciones mejores de darle al obispo colaboradores eficientes, darle a la diócesis pastores comprometidos evangélicamente con el Pueblo de Dios. Al presbiterio, miembros activos en la tarea compartida apostólicamente; amigos y hermanos en la caridad y en el servicio. A ustedes, laicos cristianos de La Rioja, organizados o no, jóvenes o adultos, con distintas responsabilidades en la comunidad riojana, encontrarán en el obispo y en el presbiterio nuestro servicio pastoral pronto para que logren, cada vez más, ser maduros en la Fe. Para que asuman mejor la responsabilidad temporal que les incumbe como laicos y se comprometan mejor para hacer de nuestra Rioja una comunidad más fraterna, más justa, más realizada y más feliz. Por eso piensen, reflexionen, dialoguen, opinen, participen, oigan, aprendan, obedezcan, inter-

vengan, inquietense, angústiense por los demás, sean solidarios y corresponsables con todos. Testifiquen, vayan y produzcan fruto abundante de vida, de testimonio y compromiso cristiano; siéntanse corresponsables junto al obispo, a los sacerdotes y a las religiosas de la misión de la Iglesia. El lugar de ustedes es estar comprometidos en lo temporal, en el desarrollo integral del pueblo riojano. La casa del obispo es la casa de ustedes.

Como obispo con su presbiterio queremos testificarles, dentro de nuestras limitaciones y debilidades humanas, una vivencia sacerdotal comunitaria, madura, fruto de una interioridad contemplativa, apostólicamente misionera, pastoralmente servidora, humanamente amiga y signo de amor y compromiso con toda la historia de nuestro pueblo; históricamente actora de un desarrollo integral del hombre riojano, desde nuestra misión específica sacerdotal. Tarea difícil, pero con la ayuda del Señor nos esforzaremos para lograrla cada vez más.

Queremos obispo, sacerdotes, religiosas y laicos de la diócesis asumir con fidelidad, madurez, equilibrio, corresponsabilidad y coraje la línea renovadora del Concilio. Para ello, necesitamos seriamente, antes de reformar a otros, convertirnos a Jesucristo con una mayor vivencia en la Fe, la esperanza y la caridad. Tendremos que seguir pensando nuestra pastoral diocesana hasta lograr una pastoral de conjunto. Si todo plan es un instrumento del que gobierna, su elaboración es responsabilidad de todo el Pueblo de Dios. Desde ya, están convocados a que todos juntos oremos, reflexionemos y elaboremos las líneas pastorales, que prioritariamente urgen en la diócesis.

Ello significa que deberemos estar cada vez más abiertos a todos los valores de nuestro medio y de nuestro mundo, no interfiriendo competencia con el poder civil, supliendo en todo aquello que, faltando y exigiendo por el bien integral de nuestro pueblo, reclame la acción de la Iglesia. No para dominar, sino para servir con humildad y, a la vez, con firmeza cuando esté en juego el cumplimiento fiel de nuestra misión; siendo instrumentos de unión, de encuentro y de diálogo con todos los riojanos para la elaboración de un plan pastoral de conjunto.

Deberemos tener presente un serio conocimiento socio-religioso de La Rioja y sus posibilidades concretas en personal y medios adecuados; la letra y el espíritu del Concilio; el magisterio universal, nacional y latinoamericano de la Iglesia y la lectura detenida y evangélica de los llamados "signos de los tiempos", tratando de lograr que la diócesis se vaya integrando armónicamente en la unidad pastoral dentro de la riqueza de su variedad y evitando la existencia de "islotés apostólicos o pastorales". Tratemos de conjugar los dones que el Señor ha sembrado en cada bautizado y las exigencias comunitarias de la unidad visible de la diócesis.

¡Hermanos Riojanos! No perdamos nunca el camino de la esperanza, el optimismo y del esfuerzo común. Tratemos de no catalogar con facilidad, ingenua o a veces injustamente a quienes, con sinceridad de corazón, con un auténtico amor y servicio a sus hermanos tienen hambre y sed de justicia para lograr la verdadera paz que es su fruto. A este pueblo, esparcido a lo largo y ancho de la provincia, lo ponemos nuevamente bajo la tutela celestial de nuestro patrono, San Nicolás, a él le pido que sea para este pueblo un buen pastor como lo fue él para su pueblo. A María santísi-

ma, Madre de la Iglesia, le consagro mi servicio pastoral como obispo de La Rioja.

Sucedo a un hermano en el episcopado que hasta ayer fue el obispo de esta diócesis, monseñor Horacio Gómez Dávila. Cuando un hombre ungido por el Espíritu Santo para apacentar el Pueblo de Dios, ante su conciencia, ante Dios y ante su pueblo, con grandeza de alma, ve que sus fuerzas se debilitan y la tarea de cumplir es grande, y resuelve que otro hermano siga apacentando su grey, me obliga y obliga a toda la diócesis riojana a testimoniar la gratitud por el testimonio cristiano que nos da.

Quisiera tener la lucidez suficiente y la virtud necesaria para que un día, cuando advierta que no puedo darle a la diócesis lo que debe darle un obispo, pueda también decirle a mi pueblo: aquí les dejo a otro hermano para que siga la marcha y no se detenga, porque no hay tiempo que perder.

A usted, señor vicario capitular, monseñor Tomás Alberto, al cuerpo de consultores, al clero, religiosos y laicos, mi gratitud y el afecto fraterno por el gobierno pastoral que eficientemente ha ejercido en "sede vacante".

Gracias a todos por este encuentro familiar en esta ciudad de La Rioja, por todo lo que ha significado su preparación.

Señor gobernador, y en usted, a todo el gobierno riojano: aquí tiene al obispo de diócesis de La Rioja. Mi tarea pastoral será siempre en bien de este pueblo. En el cumplimiento de nuestras responsabilidades específicas, en el diálogo fecundo y fructífero, sigamos sirviendo al pueblo que nos ha tocado guiar en este momento difícil, pero estupendo que nos toca vivir. Lo felicito por su presencia y la de su gobierno, con que

tan amablemente ha querido acompañar a su pueblo en este acontecimiento de la vida religiosa de La Rioja.

Gracias a las distintas instituciones representadas, por el signo y el ejemplo que están dando, que dice de una comunidad que sabe estar presente en los acontecimientos que hacen a su misma vida riojana. Gracias a usted, monseñor Antonio Murad Abud, archimandrita de la comunidad ortodoxa, hermano y amigo, a su comunidad aquí representada por el ejemplo de caridad cristiana y de ecumenismo. La casa del obispo es su casa y la mesa del altar de su catedral se la ofrezco para que celebre la eucaristía a su comunidad ortodoxa riojana.

Gracias a ustedes, hermanos en el episcopado, por haberme acompañado y por el testimonio de colegialidad que están dando al pueblo de La Rioja.

Gracias a ustedes delegaciones de Córdoba; junto a ustedes he realizado un largo trecho en el camino de mi vida; con las luces de esta noche se enciende en mi alma el recuerdo y la gratitud por todo lo que me han brindado en la vida. Desde hoy aquí tienen a un riojano que no los olvidará.

15 de diciembre de 1968
Homilía III Domingo de Adviento
Filipenses 4,4-7 | Ev. Juan 1,19-28

Saludo a través de L.V. 14 Radio Joaquín V. González:
Alabado sea Jesucristo.

Como los cristianos de la Comunidad de Filipos, recibimos las enseñanzas de la carta de Pablo.

Hablar hoy de la Alegría y del Gozo y la Esperanza cristiana parecería un contrasentido. Se vive: la angustia, la desorientación, la soledad. El Señor sigue visitando a su pueblo llamándonos a la verdadera alegría y a la Paz fundamentadas en Cristo.

Sigue Cristo invitándonos y ofreciéndonos, a nosotros, hombres de nuestro tiempo, la verdadera liberación y salvación, porque está cerca. Cristo ha tomado de nuestra condición humana para hacer el camino, con nosotros, de la liberación integral del hombre.

Pero hoy también se nos plantea la misma pregunta: ¿quién eres tú, cristiano?, ¿qué dices de ti mismo? Pregunta que se planteó la Iglesia en el Concilio: Iglesia, ¿qué dices de ti misma?, ¿traes la verdadera liberación y salvación o debemos esperar otra cosa? Porque hay una sociedad y un mundo que espera la salvación y la liberación de tantas ataduras que no la hacen ser feliz y gozar la paz como fruto de la justicia.

Esperamos con alegría la Navidad –la actualización en nuestro tiempo de la venida de Cristo Salvador–, pero es necesario levantar la voz, como el Bautista en el desierto, y gritarle a cada hombre y a la sociedad nuestra: preparemos los caminos del Señor Jesús, trabajando para lograr una Sociedad Riojana más justa, donde a la mesa de la cultura, de la distribución de los bienes materiales, la atención a la salud de nuestro pueblo sean convocados todos y no sea privilegio de pocos.

Hoy se exigen cambios fundamentales; es necesario tener lucidez suficiente para advertir que dichos cambios no pueden consistir en reformas parciales, en remedios que ataquen solo los síntomas de la enfermedad, sino en medidas que lleguen a la raíz del mal y en actitudes creadoras y eficaces. Es necesario estar persuadidos de que es el sistema heredado, en casi su totalidad, el que se debe cambiar. A esto se refiere Pablo VI cuando dice de: cambios urgentes, audaces e innovadores.

Para muchos de nuestros habitantes, en esta bendita tierra riojana, la vida se reduce a realizar, día a día y año tras año, infatigables esfuerzos para lograr un nivel de vida digno, y para otros, en sobrevivir en condiciones infrahumanas. Reina en muchos la inseguridad, el cansancio, la desesperanza como fruto de un sistema que se pregona por una visión puramente individualista a “tener más”: tener más cosas materiales, más poder, más influencias.

Pero nuestro Pueblo quiere “ser más”: más humano, más solidario, construir una verdadera comunidad; más participación como forma explícita, concreta y necesaria del ejercicio de la libertad. Libertad, que

por ser el hombre social, debe proyectarse en la vida de toda la comunidad.

Participación necesaria en todos los sectores de la actividad humana: económica, social, cultural, religiosa, política, etc. Esto nos exige algunas condiciones fundamentales: autenticidad, representatividad y capacitación. Nuestro pueblo tiene derecho de exigir equidad en el esfuerzo y en las cargas, seguridad de que ello contribuirá eficazmente al desarrollo y la garantía de que los bienes serán distribuidos con justicia. Todo esto requiere hombres nuevos para lograr estructuras nuevas.

1969

Mensaje de Pascua

I Corintios 5, 7-8 | Marcos 16, 1-7

Queridos hermanos y amigos:

El anuncio que hoy les hago es este: estamos en la Pascua, Cristo ha resucitado; Jesucristo es nuestra Pascua. Él, nuestra esperanza. Él, nuestro Gozo. Él, la fuerza y la victoria. Por eso, desde esta Iglesia Catedral, unidos a todos los presbíteros, sacerdotes de Jesucristo, que están presidiendo todas las comunidades cristianas de la diócesis; celebrados los misterios de nuestra Fe, que se centran en la Cruz y en la Resurrección de Jesucristo, les anuncio el gozo de la Pascua actualizada en la vida de esta Iglesia Riojana. El saludo de "Feliz Pascua" no es palabra vana y convencional.

La Alegría es verdadera, es la característica cristiana. La bienaventuranza es nuestro Evangelio, porque la Buena Noticia hoy es este Evangelio, cantado por los Ángeles en la Navidad, a la venida de Cristo al mundo, predicado por el mismo Cristo en el sermón de la montaña, hoy resuena en toda la Iglesia. Aquí en nuestra Rioja, con toda la fuerza de Vida nueva en el Pueblo de Dios que somos nosotros, reconciliado por la Palabra de Dios anunciada en estos días y hecha realidad sacramental por la Eucaristía de la que hemos participado. Porque este Evangelio Pascual es la victoria sobre la muerte, sobre el pecado, sobre el dolor. Cristo,

el Señor, el centro de la historia, se ha constituido en el Primogénito de toda criatura, "primicia de los que duermen". Ven entonces por qué sentimos la felicidad de anunciarles la felicidad de la Pascua del Señor a toda la diócesis.

El ministerio pastoral del Obispo, de todo sacerdote, es ser pregonero de la resurrección de Cristo, de la Pascua del Señor. Más aún, todo bautizado, todo cristiano, debe ser pregonero y un anunciador a todos los hombres de todos los tiempos, que Cristo es el Señor porque ya no se lo encuentra en el sepulcro, ha resucitado. Cristo en su Pascua quiere recordarle al hombre la verdadera dimensión humana, de criatura colocada en el universo para el dominio no solo de las cosas sino de sí mismo, para reflejar la imagen de Dios que lleva impresa sobre su rostro. Es un anuncio que nos hace predicar la locura y el escándalo de la Cruz para suscitar energías morales nuevas y hasta heroicas, en el fondo de la debilidad humana. Es anuncio que cuestiona la vida del hombre y de los hombres; es anuncio que cuestiona o pone nuevamente en tensión y en revisión nuestra propia Fe. Es decir, si somos los testigos de la Pascua de Jesucristo con la vida de cada día.

Hoy cantamos un himno pascual a la vida, a la vida que no muere, a la vida que resucita, a la vida que ilumina toda nuestra condición y situación humana. ¿Comprenden? Esta es la Fe que anunciamos en Pascua; en esta Fe debemos encontrar el fundamento y la óptica para dilucidar todos los problemas que plantea la vida, privada y pública. Esta es la óptica de Dios para reencauzar los esfuerzos y así lograr la verdadera reconstrucción de este Pueblo.

Y si prestamos nuestra voz, a través de nuestro ministerio pastoral, a nuestros hermanos, los necesita-

dos, los pobres, los explotados de diversas maneras, los que buscan descubrir el rostro de Cristo resucitado en el rostro de nosotros cristianos de hoy, es por una exigencia irrenunciable, que la razón hay que descubrirla en la locura de la Cruz y en la Pascua de este Día. Porque esta realidad que vivimos en el Cristo, Cabeza de la Iglesia, la vive también el resto del Cuerpo de la Iglesia en cada uno de sus miembros. La vive cada hombre, no importa su raza, color, condición social, edad o sexo, su manera de pensar o su credo. Descubrimos un hombre y por este hombre, Jesucristo llegó hasta la locura de la Cruz para hacerlo el hombre feliz y realizado.

Ayudar a educar un pueblo en el sentido pascual de la vida es ayudar a que la comunidad en que vivimos despierte nuevas energías, necesarias para poder ser artífice de realizaciones concretas. La fuerza y la pujanza de esta vida nueva, nacida y reverdecida en la Cruz y en la Pascua, es la que debe acrecentarse en cada uno de nosotros más sobreabundantemente.

No temamos, hermanos carísimos, a quienes sobreabundan de esta vida nueva, que es vida de Dios, vida trinitaria en cada hombre, vida de Fe, de Esperanza y de Caridad, vida ahondada en los dones del Espíritu Santo, vida fecunda que hace mártires, apóstoles, confesores, vírgenes, servidores de los hermanos, hombres comprometidos, hombres libres interiormente, hombres serenos y maduros, hombres llenos de la sabiduría.

Temamos a quienes son incapaces de cantarle a la verdadera vida, a la Esperanza y al amor operante; para quienes el hombre ha dejado de ser un hermano, un amigo, el rostro de Dios y el templo del Espíritu Santo, para convertirlo y colocarlo en el mercado como una mercancía y disputarlo, como tantas cosas

que se compran y se venden, por unos pesos; de quienes no les interesa dejar tras de sí un reguero de dolor y de desesperación. Si son cristianos, este es el día para recapacitar muy seriamente. En un día como este, las aguas bautismales nos sellaron para siempre a que debíamos ser hombres nuevos y testigos de la Pascua.

Así tiene sentido el saludo pascual: es el reencuentro de la comunidad en aquello que le da su fundamento, y su solidez y su eterna juventud, porque Cristo es el eternamente Joven. Saludos: gobernantes, al presbiterio, religiosas, laicado, comunidades parroquiales, enfermos, cárcel, hermanos separados, colectividades, al más abandonado.

Encuentro Diocesano
de la Juventud, 24 de mayo 1969

Homilía a la Juventud

Querrida juventud riojana: vivimos en una sociedad que está caracterizada y marcada por cambios profundos y acelerados. Encontramos desequilibrios de tipo moral, psicológico, social, económico, cultural. El origen profundo del desequilibrio hay que buscarlo en el corazón mismo del hombre, de ayer y de hoy. Cuando se pierde el equilibrio y la armonía interior creada por Dios, y colocamos en el corazón del hombre el pecado, las consecuencias de este hombre desequilibrado por el pecado engendra egoísmos, miserias, hambre, marginaciones, luchas de clases sociales, guerras, estructuras injustas y oprimentes del hombre mismo.

El sentido de este encuentro, hoy en la Catedral de La Rioja, no es, ni debe ni quiere tener segundas intenciones. Es una asamblea juvenil cristiana que celebra la Eucaristía y se nutre de la Palabra de Dios; es una asamblea juvenil que siente en su propia carne el dolor de los acontecimientos que vive en este momento la Nación. El dolor de la muerte de dos vidas jóvenes que han sido víctimas de las consecuencias del pecado de la sociedad en que nos toca vivir y actuar. Porque es una juventud capaz de crear, esperar y amar, de la juventud que ha descubierto en el camino de su vida joven al amigo y peregrino que la acompaña, al eternamente

joven, Cristo el Señor, el Maestro y el Liberador de las ataduras del pecado de los hombres.

La juventud de la Patria ha lanzado un grito de rebeldía, grito que se une a todo el continente latinoamericano, grito que trasciende los mares y se une a la juventud de Europa y del mundo. Este grito que, en su conjunto como acontecimiento de la juventud contemporánea, es profético, anunciador de una sociedad en desequilibrio, con estructuras deshumanizantes, debe ser escuchado como uno de los signos de los tiempos. Debe ser escuchado por quienes la conducen y por quienes, en cierta manera, lo mantenemos como el ideal del orden establecido. El ideal de sociedad que, perdiendo el sentido de lo trascendente, se siente orgullosa de sus grandes conquistas y descubrimientos mientras, junto al cohete que lanza al espacio, maravilla de la inteligencia creada por Dios, junto a cada urbe que se yergue con sus fábricas y sus monoblocks. Esconde y tapa el dolor, la angustia, el sin sentido de la vida, el hambre, la desorientación, la impotencia de no saber hacer de la comunidad de los hombres una sociedad en la justicia, en la paz y en el amor fraterno.

Este grito profético, mis amigos, lanzado con sinceridad, sin ataduras mezquinas, no deben permitir que sea manoseado, usado e instrumentado por quienes son incapaces de realizar una sociedad nueva que haga al hombre feliz y realizado. No deben permitir que los instrumenten por quienes, aún con apariencias de cambios profundos, son el signo del egoísmo, el placer, la desesperanza y el sentido de la nada en la vida. Todo ello son formas espirituales de muerte. Si la Providencia Divina los ha hecho signo de rechazo de todos aquellos elementos negativos que han llevado al mundo actual en que se encuentra, estén alerta y vigilen.

Sepan que no se construye una nueva sociedad con la malicia, la superficialidad, el apresuramiento de la vida, la desorientación como sistema de vida. Son el signo de la vida, del camino, del futuro de las cosas permanentes que hay que llevar y de las cosas caducas que hay que dejar. No vendan nunca el grito de rebeldía por un plato de lentejas ni por complicidades anónimas. La juventud de ustedes y los auténticos y verdaderos valores del pasado constituyen el mejor tesoro y la piedra nueva para construir la sociedad del futuro.

Ustedes son más sensibles que los adultos a los valores positivos del proceso de secularización. Esfuércense por construir un mundo más comunitario, que lo vislumbran quizás con más claridad que los mayores. Realicen en la vida de cada uno de ustedes los auténticos valores evangélicos para saberlos entregar a los hombres que buscan afanosamente el reencuentro con Dios, Padre de todos los hombres.

También nuestro país sufre las consecuencias y las causas del pecado, situaciones deshumanizantes, estructuras sociales, económicas y culturales que no permiten una plena realización del hombre argentino, hecho también a imagen de Dios y alimentado con el pan del Evangelio desde su mismo nacimiento. El ritmo en los cambios debe ser medido por la mentalidad, la sinceridad, el esfuerzo y la jerarquía de valores de quienes componen una comunidad de hombres concretos.

En la vida joven de ustedes, que están llamados a ser los actores y artífices de una sociedad nueva, no olviden que hay alguien que camina con ustedes: Cristo. Desconocerlo y no asimilarlo en la vida de peregrinos tendría consecuencias dolorosas porque serían hombres, en cierta manera frustrados, sin saber dar

ni darse qué sentido tiene la vida, ni qué destino tiene. No sabrán leer interiormente los acontecimientos que a diario se suceden, ni cuáles son las causas que los originan; serán ciegos que guiarán a otros ciegos. Hoy cobra un sentido especial en ustedes los discípulos que caminaban en Emaús, agobiados por los sucesos de Jerusalén.

Fue preciso hacer la fracción del pan para comprender que la Cruz de Jerusalén era necesaria para redimir al hombre en el reencuentro con el Cristo resucitado. Que el sufrimiento y la sangre recogidos en estos días en nuestra Patria nos sirva y nos ayude a dialogar y a buscar juntos, los argentinos, sin exclusión de nadie, para que con valentía y pacificados interior y exteriormente nos decidamos a cambiar todo aquello que debemos cambiar para que la Nación haga feliz a todos sus hijos y no solo a algunos sectores.

5 de junio de 1969
Homilía en la Festividad
de Corpus Christi
I Corintios 11, 23-29 | Juan 6, 56-59

Este año, la celebración del Santísimo Cuerpo del Señor (Corpus Christi) nos urge a una sincera, profunda y humilde meditación. Los acontecimientos y hechos dolorosos protagonizados en nuestra Patria no nos permiten quedarnos indiferentes como si nada hubiese pasado; ni interpretarlos ligera y superficialmente como si fuesen carentes de contenido que nos liberen de una reflexión serena y honda². Mientras paseábamos por las calles de nuestra ciudad al Señor en el Sacramento de la Eucaristía y concelebramos en esta Iglesia Catedral el Sacrificio Eucarístico, como signo de unidad y vínculo de caridad y amor fraterno, aún me parece percibir el grito de rebeldía y de violencia;

2. Entre el 16 de mayo y el 29 del mismo mes, se suceden una serie de hechos sociales, de carácter violento, en varias ciudades del país: José Cabral es muerto el 16 de mayo en Corrientes, durante una manifestación estudiantil reprimida por la policía; el 18 del mismo mes muere en Rosario Adolfo Roque Bello, y durante la masiva protesta gremial y estudiantil conocida como “El Cordobazo” (Córdoba, 29/05/69) mueren Máximo Mena, Marcelo Terza, Octavio Castellanos, Manuel Romero, Leonardo Guille, Mariano Pereyra y Juan Saguillán. En la Homilía a la Juventud del 24 de mayo de este mismo año, se hace referencia a las víctimas de los sucesos de Corrientes y Rosario.

el desencuentro entre los argentinos, mezclado con el fuego y la ceniza de la destrucción.

Parecerían frases retóricas y, sin embargo, quieren pintarnos una realidad.

Parecería un contrasentido participar de la mesa que engendra una Comunidad unida y fraterna, pacificada y pacificante, enviada a construir en la justicia y el amor y, a la vez, protagonizar hechos de violencia y muerte entre hermanos. Todos nos preguntamos: ¿qué pasa en nuestra Patria? En nuestros días hemos leído, visto y escuchado, a través de los distintos medios de comunicación social, interpretaciones de los hechos vividos en distintas ciudades del país. Unos anecdóticos y superficiales, otros interesados y parciales, otros tratando de ahondar en las causas que los motivaron. La Iglesia, fiel a su misión recibida del Cristo de esta Eucaristía que hoy celebramos, sintiéndonos convocados y fraternizados en ella, porque han recibido la Palabra de Cristo, debe hablar. La que ha aprendido la Verdad, debe comunicarla a sus hermanos; la que ha recibido la interpretación, debe interpretar a otros la existencia. Esta es su misión profética, es decir, iluminar, interpretar a la luz de la Fe, el sentido de la existencia, de los acontecimientos que hacen y tejen la historia; iluminar el presente proyectando su luz hacia el futuro, para que los hombres no perdamos el camino que nos lleva al Padre de los cielos.

Hace poco más de veinte años, decía el cardenal Suhard, arzobispo de París, apenas finalizada la guerra: "Sabemos que la paz no se asemejará a lo que imaginaba nuestra espera. Tampoco un retorno tranquilo a las formas del pasado... Las ruinas son una desgracia, pero son también un símbolo. Algo ha muerto en la tierra que ya no despertará. La guerra toma su verdade-

ro sentido: no es un entreacto sino un epílogo, marca el fin de una época... Los sufrimientos que hieren la vida entera, los peligros que amenazan su mañana, las grandes corrientes que la atraviesan, son menos las consecuencias de una catástrofe que los signos precursores de un próximo alumbramiento".

Después de veinte años de esta visión profética, podemos entrever el fruto de este difícil alumbramiento del que todos, de alguna manera, somos y debemos ser actores. Comprenderemos, entonces, por qué no nos podemos permitir ser superficiales en la reflexión de estos hechos.

Creemos que estamos en una nueva era histórica. Ella exige claridad para ver, lucidez para diagnosticar y solidaridad para actuar. La Iglesia, sintiéndose discípula de Cristo, asume las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón.

Así entenderemos que no es demagogia cuando, en cumplimiento de su misión divina, se compromete con la suerte de los hombres, especialmente de los que se sienten marginados del pan, del trabajo, de la salud, de la cultura, a que tienen legítimo derecho. Y nos seguimos preguntando: ¿qué ha pasado y qué está pasando en nuestra Patria? Pretender interpretarlos aislándonos de todo lo que pasa en el resto del mundo es ser miopes y, hasta me atrevería a decir, cegados por el orgullo. Si bien es cierto que estos dolorosos acontecimientos han sido inteligentemente planeados y que podemos detectar grupos y activistas con ideologías definidas, esto no nos justifica rechazar, consciente o inconscientemente, un análisis más hondo de las cau-

sas inmediatas y mediatas que protagonizan los desequilibrios y violencias en nuestra Patria.

Porque comprobamos que, a través de un largo proceso histórico que aún tiene vigencia, se ha llegado en nuestro país a una estructuración injusta. La Liberación deberá realizarse, pues, en todos los sectores en que hay opresión: el jurídico, el cultural, el económico y el social, decíamos en la Declaración del Episcopado Argentino³. Gobernantes y gobernados tenemos la obligación moral de llamarnos seriamente a la reflexión y leer interiormente todo lo que nos dicen los hechos acaecidos para no equivocarnos, porque una equivocación de esta naturaleza nos pondría al margen de la historia que dolorosamente estamos construyendo y que por nuestra ceguera, muchas veces intencionada u honestamente, seamos cómplices de nuevas destrucciones y muertes.

No me mueve el pesimismo, plantearme crudamente la realidad, sino por el contrario, un sereno optimismo frente a todo lo que sucede, fundado en la Fe y en la Esperanza cristianas. Bendito sea Dios si con el precio del sufrimiento cambiamos todo aquello que es obsoleto y que no sirve al hombre según el plan amoroso de Dios. Lamentable es tener que recurrir a este precio para hacernos bajar la cabeza, estúpidamente erguida, si nos negamos al sopro renovador y vivificador del Espíritu del Señor.

Frente a sistemas y estructuras socio-culturales, si bien es cierto que las admiramos y nos alegramos de los grandes triunfos en el mundo de la técnica, de la ciencia y de las artes. Sin embargo, debemos llorar mucho sufrimiento, dolor, hambre y muertes que se han sembrado y recogido como consecuencia de tales

3. Cfr. Documento de San Miguel (1969), Capítulo IV. Pobreza, 3.

sistemas que aún hoy perduran. ¿No les parece que decir y reducir todo a estas respuestas más o menos semejantes: "idiotas útiles", "irresponsables", "chiquilines manoseados", etc., que no dudamos que los hay y más de lo que nosotros creemos, es ser ciegos, evadirnos del problema de fondo, ser interesados por no hacer ver las causas profundas?

El grito de rebeldía lanzado por la Juventud y la clase obrera, no circunscripto solo al ámbito de la Patria, sino que se extiende a los cinco continentes, debe ser leído e interpretado proféticamente. Se nos acaba de decir, lamentablemente en el fuego, en la destrucción y con vidas desgajadas, que es necesario cambiar de rumbo. Ese grito lanzado quiere, en cierta manera, ser eco de todas las consecuencias personales y estructurales del pecado del hombre de ayer y de hoy. Con la misma sinceridad, por tanto, que planteamos esta realidad cruda, debemos decirnos a nosotros mismos que el origen profundo de los desequilibrios está en el corazón del mismo hombre que, por su libertad, es capaz de rechazar el amor e instalar la injusticia. Este desorden interior se llama pecado; es bueno que tomemos conciencia del papel que juega en la vida de nuestra sociedad actual y no lo consideremos como cosa perimida, si realmente buscamos rehacer una Argentina nueva. Porque del corazón del hombre pasa a sus actividades, a sus instituciones, a las estructuras creadas por él.

Para lograr la verdadera renovación de la sociedad y cambiar estructuras sociales, políticas, económicas, culturales, etc., es preciso repetir nuevamente que la Iglesia brinda, en el Cristo presente en esta Eucaristía, el servicio de la auténtica y verdadera dimensión para hacer un hombre interiormente renovado y una sociedad estructurada en la paz verdadera, en la

justicia auténtica y verdadera, y en un amor operante. Presentamos a Cristo como la clave para interpretar el misterio del hombre y de la historia; el mundo es para el hombre, el hombre es para Cristo, Cristo es para el Padre. Esto es el Reino proclamado por la Buena Noticia y realizado anticipadamente, mientras peregrinamos, en la Eucaristía.

Si todos nos debemos sentir culpables, tengamos lucidez, que algo nuevo ha comenzado a alumbrarse en nuestra Patria. No despreciemos la luz que se ha encendido con las fogatas de la destrucción, a los laudables esfuerzos que se vienen realizando. No nos amedrentemos, ni caigamos en el pesimismo. Asumamos este grito en todo lo que tiene de verdadero, auténtico, dramático. Asumamos lealmente el compromiso de seguir caminando, construyendo en la paz y en el esfuerzo fraterno, responsable y lúcido, la gran tarea de buscar juntos para hacer una Argentina que no se siente realizada y satisfecha, si junto a los grandes centros urbanos y fabriles existen argentinos que se mueren de hambre, sufren el marginamiento material o moral o son excluidos de la mesa de los argentinos que ostentan o regulan factores de poder.

¡Qué hermosa es esta tarde! Me parece que estamos viviendo momentos de honda reflexión. Estamos juntos: gobernantes y gobernados, el joven y el adulto, padres e hijos, los de ayer y los que comienzan hoy el camino de la vida, los que tienen pan para esta noche y los que lo tienen inseguro o simplemente no lo tienen. Me parece escuchar la voz del Señor que nos dice: "Si el Señor no edifica la ciudad, en vano la edifican los hombres". No se puede edificar una ciudad sobre arena sino sobre sólidos fundamentos, para que ni el viento, ni el fuego la destruyan. Aquí estamos juntos para buscar la solución, no fácil, a los problemas y sufrimientos

de nuestro pueblo; aquí estamos para no buscar la solución con el precio de la desolación.

Mientras les hablo como Obispo de esta Iglesia Riojana siento, como ustedes, la angustia de saberme culpable y responsable, en cierta manera, de los que brindaron sus vidas, llámense: estudiantes, obreros, soldados, policías o simplemente ese hombre anónimo que en estos momentos es llorado por sus hijos, por su esposa, la madre o la novia.

Esta sangre derramada debe llevarnos a una seria conversión de mente y de corazón. Debemos restablecer el orden y la paz, pero no un orden aparente que encubra y silencie injusticias y sirva para mantener situaciones que lesionen la dignidad del hombre, imagen e hijo de Dios. Buscamos la paz, pero no como fruto del temor y del miedo, sino del diálogo entre todos los argentinos y del esfuerzo activamente participado de todos. Buscamos la paz verdadera que sea expresión de la justicia perfeccionada por el Amor.

Esta paz, a la que todos anhelamos, dice Pablo VI, toma un nombre: se llama desarrollo. Pero debemos postular que su finalidad no es el mero incremento de los productos, ni el lucro, ni el poder, sino el servicio del hombre, atendiendo al orden de sus necesidades materiales y sus aspiraciones intelectuales, morales, espirituales y religiosas. Si ello no se tiene en cuenta es más fácil que se termine en el hombre "técnico" o en el hombre "industrial", muchas veces descrito como un robot, en el engranaje de una máquina muy perfeccionada, pero aplastante y alienante. Este desarrollo no lo queremos porque atenta contra las más puras exigencias históricas de nuestro pueblo.

Cuando el cristiano trabaja para el desarrollo, así entendido, debe recordar que todo termina asumido

por la Eucaristía. Entonces, participar en la Eucaristía es algo muy serio. Implica tomar la Cruz del Señor, todavía presente en la ignorancia, en la enfermedad, en el hambre, en el subdesarrollo de muchos hermanos argentinos. Implica una misión profunda con los demás, que está en la base del auténtico sentido de comunidad. La Eucaristía es antídoto contra el egoísmo, el individualismo, la alienación, contra toda pasión desordenada que aparte del diálogo con Dios y con el hombre. El desarrollo reclama las virtudes que la Eucaristía alimenta, engendra comunidad y comunión de esfuerzos, es ágape cordial, es el sacramento del Amor para el Amor. Es vínculo de comunión con Dios y con el prójimo, es alimento que nos da a los hombres una unidad inefable y sobrenatural.

Hermanos riojanos: el encuentro de esta tarde, convocados por el Cristo de la Eucaristía, alimentados por su Palabra y con su Cuerpo y con su Sangre, nos invita a reiniciar nuestro camino, con esperanza y optimismo, con valentía y serenidad, sin cansarnos ni claudicar en el esfuerzo común. Nos invita a cambiar nuestra mentalidad, si es cerrada y entorpece la marcha de todos; a cambiar nuestras actitudes de vida, si empobrecen, escandalizan o son causas de que otros hermanos sufran; a romper nuestros egoísmos, nuestras divisiones, si las hubiese, nuestras posiciones de grupo o intereses, que impidan devolverle a La Rioja lo que exigen sus hijos, después de un siglo de espera.

A la Virgen Madre de este Pueblo, a nuestro Patrono San Nicolás, humildemente le suplicamos que nos arranque del corazón de Cristo la Paz en la Justicia y en el Amor para todos los argentinos.

1º Domingo de julio de 1969
Clausura de las Fiestas
Patronales de San Nicolás

Sr. Gobernador, señores Ministros, autoridades, queridos hermanos y amigos riojanos.

En esta clausura de las fiestas patronales de La Rioja en honor de San Nicolás, quiero disipar toda duda comunicándoles que por disposición del Santo Padre Pablo VI, San Nicolás de Bari no ha sido quitado del Santoral de la Iglesia Católica y sigue siendo nuestro Celestial Patrono de la Diócesis y Provincia de La Rioja. Y ahora, mis amigos, hagamos nuestra última reflexión antes de regresar a nuestras casas. Leemos en el Libro del Profeta Isaías (11, 21): "Centinela: ¿qué hay de la noche?, estamos alerta (contesta) tratando de discernir, cada vez que se produzcan en el corazón de la noche las señales precursoras de una aurora radiante". Ha permitido la Providencia Divina que presidiera por segunda vez estas celebraciones patronales de San Nicolás, Patrono de la Diócesis y de la Provincia de La Rioja.

Hace casi un año que caminamos juntos haciendo el mismo camino, compartiendo intensamente la misma vida. Iniciamos el Año Nuevo con el Encuentro del Niño Alcalde y San Nicolás. En ese Encuentro le dimos sentido a toda nuestra marcha, descubriendo una vez más que debíamos caminar juntos, unidos, apretados

en un único pueblo, construyendo nuestra felicidad con el sentido que Dios da a la vida y a toda la tarea que realizaríamos durante el presente año. Hoy, el término de estas celebraciones patronales nos dice que la Iglesia de Cristo en La Rioja vive: aquí se oye su aliento, su voz, su canto, sus esperanzas, sus riesgos, su marcha, sus alegrías y dolores, sus ansias de liberación y de comprometerse como servidora de sus hermanos.

La Iglesia es el Centinela puesto por Dios Nuestro Señor para discernir el camino de los hombres agobiados por tantas tensiones, problemas y aún alentados por tantas ilusiones y esperanzas. Unos miran a la Iglesia esperanzados y apasionadamente, descubriendo en ella la luz y la actitud abierta de servidora para todos; la descubren en la debilidad de todos nosotros y en la fuerza, no con la fuerza que viene de los hombres sino de Cristo. Otros la miran con desconfianza o la rechazan. Unos la quieren descomprometida con la suerte de nuestro pueblo y solamente guardiana del templo. La quisieran ver sin el Cristo de la Cruz, que no comprometa la vida, que no exija permanente conversión, que no haga correr riesgos y libere de asumir las crisis lógicas en una hora de cambios profundos. Otros quisieran que renuncie a ser centinela y guardiana de los valores permanentes de la persona humana y guía de los hombres que deben caminar hasta el encuentro definitivo con el Padre que está en los cielos.

Unos la quieren silenciosa y silenciada para que no se contamine ni se manche con el dolor, la miseria material y moral de hombres concretos de nuestro pueblo. Otros la quieren fiel al Concilio y a las orientaciones del Magisterio de la misma Iglesia y que vaya logrando la renovación y los cambios indicados y exigidos por el espíritu y la letra del Concilio, y las exigencias del mundo que tiene sed de Dios. La quieren

fiel al Evangelio en sus miembros y consecuente con lo que anuncia como Buena Noticia de Salvación y Liberación. Otros quieren que ayude a interpelar las propias conciencias y despierte una acción comprometida con el hermano de la capital o del interior de la provincia. Unos la quieren como grupo cerrado para que no se manche, no caiga en demagogias, no se interese en la ciudad temporal ni afronte los riesgos de una marcha con todos y no solo con algunos escogidos. Unos la quieren abierta a todo hombre de buena voluntad, entregando su mensaje total, no parcelado, para encontrar los auténticos caminos a los problemas de los hijos de este pueblo sufrido y esperanzado a la vez.

Este es el precio, a veces duro y con sabor a cruz, mis amigos, cuando hacemos la opción de ser fieles al Concilio y a la hora que vivimos y aceptamos caminar juntos y con todos, con hombres que piensan de distinta manera, tienen una marcha desacompañada, no comprenden lo que el Señor quiere de su Iglesia, no poseen la misma madurez en la Fe, se resisten a pensar solos, a arriesgar sus propios criterios, a asumir el papel que la misma Iglesia les urge que lo asuman.

Mientras tanto, nos parece escuchar del Señor: "Centinela, ¿qué ves en la noche?" Veo junto a una aurora que se avecina, mezclados: el odio, la injusticia, el dolor y la sangre, gritos de rebeldía, tensiones, desorientaciones, esperanzas de reencuentro, clamor de los pobres, insensibilidad en muchos de los que poseen cuantiosos bienes de fortuna, litigios entre hermanos, vacilaciones, miopías para ver y hombres sensatos para descubrir las causas profundas de todo este malestar que vive la Patria y el mundo. La Iglesia reconoce las dificultades, prevé los peligros, pero insta a la audacia en las realizaciones, al cambio de mentalidades y a la

conversión de los espíritus: muchos sectores decisivos necesitan de una verdadera conversión.

Las encíclicas pontificias no son una opinión, son una doctrina. El Concilio y Medellín no son una declaración, constituyen una tarea y un compromiso para ser fieles a la Iglesia de Jesucristo. "La paz no es ausencia de tensiones, es exigencia de justicia y fruto de la caridad" (Zaspe).

Este encuentro comunitario constituye para la Iglesia Riojana una celebración penitencial y una Pascua, se purifica y recobra mayor abundancia de vida de Dios, es también la celebración de la sinceridad personal y comunitaria; traemos todo lo que es más nuestro: lo íntimo, lo personal, el pecado, la debilidad humana, los problemas, los deseos y las angustias de reencontrarnos con nosotros mismos, con Dios y con nuestros hermanos; nos exigimos sinceridad, autenticidad, conversión, cambios de actitudes; queremos desbrozar el camino para que nuestra niñez y nuestra juventud construyan un mundo mejor.

Hace pocos días, alguien con responsabilidad de conducción pedía a la Iglesia Argentina que brindase el aporte necesario para la pacificación. Laudable invitación si ello implica fidelidad a su misión de ayudar al hombre argentino a reencontrarse según el Plan de Dios y no a silenciar, en aras de un orden mal entendido, las desigualdades, los postergados, los marginados material y culturalmente, los desórdenes profundos cuyas raíces son muy hondas y que urgen solucionar. Porque "la paz no es ausencia de tensiones, es exigencia de la justicia y fruto de la caridad" (Zaspe).

Mis amigos, estas consideraciones son exigidas por nuestra grave misión pastoral. No invadimos campos que no nos correspondan, es el Evangelio de Cris-

to, que fue colocado sobre nuestra cabeza el día de la consagración episcopal, para que recordáramos la grave responsabilidad de anunciarlo todo entero a nuestro pueblo. Es el Concilio⁴ que hemos firmado con nuestras propias manos, al que debemos ser fieles y realizarlo en nuestra diócesis; es el magisterio latinoamericano⁵ y nacional⁶ del que nos sentimos responsables en irlo aplicando en esta Iglesia particular riojana. Si cobra dramatismo la hora de la acción, ella exige la reflexión y la búsqueda común para dar respuesta y soluciones a los graves problemas de nuestro pueblo.

Las soluciones ya no pueden ni deben quedar en manos de hombres providenciales sino en la tarea participada de toda la comunidad, activa y diversificadamente, con madurez de criterios, armonizando, orientando y decidiendo con la riqueza de iniciativas originadas en el seno mismo de nuestra comunidad. Mis amigos, porque nos sentimos urgidos por el peso de conducir la vida de una Iglesia Particular, quisiéramos que nuestro laicado, asociado o no, superando pequeñeces e inmediateismos, logre una madurez laical que iluminada y exigida por el mismo Concilio, conforme la imagen viva de una Iglesia Riojana más evangélica, dinámica, misionera, abierta a todos y a toda la realidad de nuestra provincia; se instrumente de me-

4. Concilio Ecuménico Vaticano II, convocado el 25 de diciembre de 1961 por el Papa Juan XXIII. Se inició el 11 de octubre de 1962 y fue clausurado el 8 de diciembre de 1965 por el Papa Pablo VI.

5. Se refiere a la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, reunida en Medellín, Colombia, entre el 24 de agosto y el 6 de septiembre de 1968 (Documentos de Medellín del CELAM).

6. Mención a la "Declaración del Episcopado Argentino", reunido en San Miguel, provincia de Buenos Aires, cuyo fin primordial ha sido adaptar a la realidad actual del país, las conclusiones de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrado en Medellín (Declaración del Episcopado Argentino, 24-4-69).

dios, organismos y competencia para que pueda servir mejor y dar el testimonio de un amor operante.

Cargar cada día con la propia cruz es saber asumir las propias limitaciones, oscuridades y crisis, y buscar serena, equilibrada y reflexivamente el bien de toda la comunidad con actitudes nobles, justas y caritativas.

Buscamos que nuestro presbiterio y nuestras religiosas descubramos todo el sentido profundo que encierra nuestra consagración, traduciendo nuestra vida en un servicio gozoso a nuestro pueblo, en una acción pastoral más actualizada, más adecuada a nuestro tiempo y exigida por la misma Iglesia. El rico acervo de la religiosidad de nuestro pueblo debe ser asumido como semilla de Fe sembrada con sacrificio por quienes nos precedieron, y saber acompañarlo hasta madurar esa Fe por una evangelización y catequización adecuadas, y así lograr una comunidad que active consciente y fructuosamente participe de la mesa eucarística. De la mesa eucarística debe salir una comunidad unida y operante que luego se vuelque a la tarea de un desarrollo integral de nuestra provincia, realizando el amor con nuestros hermanos que tienen hambre de pan, de cultura y de Dios.

Nos angustia el problema de las familias y de quienes se preparan a formar los futuros hogares; debemos salir al encuentro de las causas que profanan el santuario de nuestras familias y de las improvisaciones y desorientaciones de quienes se preparan para asumir la responsabilidad de un hogar. Mientras confesamos nuestro especial afecto por nuestra juventud, nos angustia no poder brindarles todo aquello que con justo título reclaman para orientar y realizar sus vidas jóvenes. Aquí tenemos una tarea urgente a emprender: la

Iglesia Riojana quiere estar presente y brindar, dentro de sus limitaciones humanas, el ejercicio de su misión evangelizadora y santificadora en el mundo del trabajo, de la industria, en las profesiones liberales, en la educación, en el arte, en el deporte y en todos aquellos sectores donde el hombre es el artífice de su propio destino.

Por eso hemos querido que los temas de meditación y reflexión de estas fiestas patronales girasen en torno a los documentos del episcopado latinoamericano elaborados en Medellín. Nuestra Semana Diocesana de Pastoral⁷ nos convocó en torno al estudio reflexivo y dialogado de la riqueza y sabiduría del Concilio, y del análisis sincero, positivo y serio de la compleja problemática de nuestra provincia, para poder servir mejor en nuestra misión evangelizadora y santificadora. Esto no constituye solo declaraciones y enunciados de principios, sino buscar afanosamente, sin darnos tregua en la acción pastoral de la diócesis, ir logrando que el obispo con su presbiterio, las religiosas y el laicado, asociado o no, en una palabra, toda la Iglesia Riojana, posea mayor conocimiento de la Palabra de Dios y de la sabiduría cristiana, logre mayor madurez en sus opciones, no improvise realizaciones pastorales, se autoexamine con humildad de corazón y madure a nivel de Pueblo de Dios las decisiones en orden a la ejecu-

7. Semana Diocesana de Pastoral, del 1° al 4 de mayo de 1969. Angelelli convocó a esta reunión a 33 sacerdotes, 28 religiosas y más de 150 laicos, reunidos en 15 grupos de trabajo. El resultado de este encuentro quedó plasmado en el llamado "Documento del Carmen". La prensa riojana reveló la trascendencia de esta reunión, que comenzó a reflejar los conflictos entre la Pastoral Diocesana, por un lado, y los grupos de católicos resistentes al cambio y autoridades de facto del gobierno local, por el otro. La denuncia de la situación social riojana del Documento del Carmen fue interpretada por el gobierno como un ataque.

ción que debe tomar el obispo. Tarea difícil, necesaria, comprometida y exigida por el espíritu y la doctrina del Concilio.

No recurramos, mis amigos, a autojustificar muchas veces la inoperancia y la insensibilidad de nuestras vidas a reales o supuestos defectos de la Iglesia, ni a supuestos conocimientos de lo que debe ser o hacer la Iglesia, encubriendo nuestra propia ignorancia del mismo misterio de la Iglesia o la falta de autenticidad para asumir las consecuencias de una fe intensamente vivida.

Confiamos en el Señor, quien no nos dejará faltar su luz y su gracia. Autoridades y pueblo, no bajemos nuestros brazos, urgidos por la tarea que debemos realizar en nuestra provincia. Aunemos esfuerzos y encendamos nuevamente la esperanza y el entusiasmo.

Ya declina la tarde. Con los discípulos de Emaús, le decimos al Señor Jesús que se quede con nosotros. Con Él, queremos seguir caminando para construir la felicidad de nuestro pueblo. Que su paz y su bendición nos acompañen. A San Nicolás le pedimos que siga protegiendo y caminando con el Pueblo de Dios.

19 de octubre de 1969
Homilía en el día de la Madre

Mis buenos hermanos y amigos. Alabado sea Jesucristo. Unidos en torno a la Palabra de Dios, que es su Mensaje de Buena Noticia y que hoy se actualiza en nuestra celebración dominical, y unidos en torno a la mesa de la Eucaristía, sintámonos, toda la diócesis, un único Pueblo que caminamos juntos hacia la Casa del Padre.

Hoy hacemos una recordación que nos llega muy cerca de nuestro corazón: es el día de la Madre. Despojados este día de todo el sentido comercial que se le suele dar a estas celebraciones, quedemos junto a esa figura de mujer, para el hijo la más buena del mundo, la más linda, el ideal de donación y amor, de ternura.

Y porque ella no está sola, centramos la mirada en la intimidad de nuestro hogar, quizás no aguantemos este momento y dos besos muy de adentro los depositemos en las mejillas de nuestros padres o una piadosa y sincera plegaria para los que se nos adelantaron en el camino.

Quisiéramos quitar de nuestro corazón todo egoísmo y todo aquello que nos separa los unos de los otros; la Mujer que celebramos es signo de encuentro, de diálogo, de construir juntos, de no condenarnos y

dividirnos los unos de los otros, de que las ideas, las diferencias sociales, los sentidos religiosos distintos que le damos a la vida, no pueden matar al hombre que, nacido en una comunidad como es la familia, debe ser como el del Hijo y la del Espíritu Santo, la del Padre.

Por eso hoy un matrimonio, dos laicos cristianos ungidos por su bautismo y su confirmación, junto conmigo, aunque de distinto modo, ejercerán su misión profética: anunciar la Palabra, que es Cristo, desentrañando desde el mismo seno familiar. Escuchen a una esposa y madre, luego a un esposo y padre.

(Hablan los laicos).

Conclusión de la homilía

Concluimos esta homilía. Dos textos de la Biblia nos han guiado a la meditación y al Encuentro con el Señor. Esta mañana, una mujer del Antiguo Testamento, Judith, y otra del Nuevo Testamento, María, la Virgen, madre de Dios y de los hombres. Dos cánticos cantados por dos mujeres que nos narran el Plan de Dios, dos actitudes de apertura total al requerimiento de Dios y dos respuestas de servicio y compromiso total para servir a sus hermanos. Porque María se hizo pobre interiormente, Dios obró maravillas de poner su casa con nosotros los hombres y llamarnos a construir en Él y con Él una familia humana nueva según su Plan, capaz de anidarse en ella la misma Vida que Cristo posee con el Padre y el Espíritu Santo. Una llamada de atención para indicarnos que Dios rechaza el corazón orgulloso, satisfecho de sí mismo y vuelto sobre su propio egoísmo; y, a la vez, contarnos que el Señor exalta a los humildes de corazón, a los pobres según la Biblia.

Este padre que nos acaba de hablar nos dijo: "La familia debe ser formadora de personas, no de cosas; formar personas significativas, ir modelando en ese fruto del amor matrimonial, la imagen viva de Dios". Padres, ¿advierten la grave tarea de esta responsabilidad? ¿La comunidad riojana ayuda a hacer personas y a que todos nuestros hijos riojanos se sientan realizados y tratados como personas?

Nos dijo también: "La Familia es educadora de la Fe. Significa que el hogar debe transmitir la Fe, no como un tradicionalismo sin compromiso con la vida; no solo nociones y verdades abstractas, sino la adhesión consciente a una Persona que es Cristo, a quien se debe acompañar, como lo hacemos en el orden biológico, todo el proceso de maduración, para que mañana no se sienta frustrado, desorientado, sin saber responderse qué sentido tiene su vida y qué le dicen el conjunto de palabras y ritos". ¿Los padres estamos preparados para responder, guiar, ayudar a madurar a nuestros hijos? La Fe ya se ha constituido como respuesta a la vida y cuestiona nuestros procedimientos diarios. ¿Somos simplemente testigos ante nuestros hijos de que la Fe no significa solamente unos cuantos acontecimientos religiosos en el año, sino el compromiso de toda una vida según el Evangelio, en las actitudes privadas y públicas?

Nos dijo: "promotora del desarrollo", ¿de qué desarrollo? Del que sea más y no solamente posea más (P.P.), del desarrollo de toda una comunidad que se personaliza cada vez más, se interrelaciona más entre personas integralmente logradas; del desarrollo que nos hace gritar en nombre del Evangelio, generador de personas y de auténticas comunidades hasta llegar a la comunión con el Señor, con la Eucaristía, como término de la marcha en comunión con los demás, con el

otro. Es decir, preparar hombres desde el seno familiar para ser promotores del desarrollo significa que la familia sea capaz de brindar hijos capaces de eliminar todo aquello que esclavice al hombre actual, que sea capaz de ser agente de cambios profundos; que sea un apasionado por la justicia, la paz en sentido dinámico; artífice del amor entre los hombres. ¿Hablar de las injusticias, de marginaciones, de hambre, de diferencias sociales irritantes está fuera del Evangelio? Reflexionémoslo; porque sus hijos, de distintas formas, aún las más exóticas, nos reclaman que la familia forme nuevos hombres para el futuro no lejano, ya avizorado desde este nuestro presente tensionado y en ebullición.

Qué difícil es la tarea; no nos asustemos ni tengamos reacciones tales que mañana nos arrepintamos; mañana es tarde. A usted, querida mamá o querido papá, los comprendemos y comprendemos sus reacciones y sus desorientaciones. La Iglesia Riojana quiere brindarle una mano amiga y materna para caminar junto a su hogar e iluminarle con el Evangelio cómo construir el Reino de Dios desde su mismo hogar; antes de rechazarla o verla peligrosa, reflexione serenamente.

A ustedes que son los hijos: ¿ven que no es fácil formar personas maduras en la Fe y promotoras del desarrollo integral? Y ustedes, ¿qué compromiso personal ponen para que ellos, aún desorientados, puedan un día cerrar los ojos con paz, serenos y llenos de esperanza de haber caminado juntos construyendo la felicidad a la cual somos todos llamados?

Que la Virgen Madre nos alcance de su Hijo Jesús la luz y la fortaleza necesarias para ser fieles a nuestra vocación de ser constructores de la felicidad según el Evangelio.

1969

Mensaje de Navidad

Isaías 9, 1-6 | Carta de San Pablo a
Tito 2, 11-14 | Lucas 2, 1-14

Hermanos y amigos, hombres todos de buena voluntad de la diócesis de La Rioja.

En el silencio fecundo de esta noche, estamos viviendo el misterio de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, "a quien todos los profetas anunciaron, la Virgen esperó con inefable amor de madre, Juan lo proclamó ya próximo y señaló después entre los hombres, el mismo Señor nos concede ahora vivir con alegría el misterio de su nacimiento; encontrándonos, así, velando en oración y cantando su alabanza".

Este mensaje y saludos navideños tocan lo más íntimo de mi ser como hombre y como Obispo de esta diócesis riojana porque, como les escribía el apóstol Pablo a los cristianos de Roma, siento en la debilidad de mi carne el ser servidor de Jesucristo, llamado a ser apóstol, en comunión con Pedro y el Colegio de todos los Obispos del mundo, unido a mi presbiterio y con él, elegido para anunciarles la Buena Noticia, su Evangelio, que Él había prometido anticipadamente en las Santas Escrituras, referentes a su Hijo Jesucristo, Nuestro Señor.

El mensaje que esta solemnidad pone en mis labios, para todos ustedes, no puede callar el augurio de paz, traído por Cristo a nuestra tierra riojana. La Navidad que estamos celebrando no es un simple recuerdo histórico de un acontecimiento estupendo y divino, que sucedió hace dos mil años en una aldea de la Palestina, llamada Belén, y que nosotros plastificamos en la rica tradición de nuestros pesebres hogareños donde contemplamos la imagen del Niño de Dios recostado en un pesebre, lugar donde se recogen los animales, donde junto a Él, cantando villancicos, el tradicional canto: "Noche de paz, noche de amor" o imaginamos escuchar el primer cántico de los ángeles "Gloria a Dios en los cielos y paz a los hombres que aman al Señor".

Por sobre el recuerdo de este acontecimiento histórico sentimos vivamente esta noche, que el misterio de Dios, hecho hombre como nosotros, es una realidad que nos sobrecoge, que se actualiza hoy, en el mundo, aquí en La Rioja, en esta Navidad. Toca nuestra carne, nuestra historia, la vida de nuestro pueblo. Esta Navidad está metida y encarnada en los acontecimientos de cada uno de nosotros, en la marcha peregrinante, sufriente y esperanzada de nuestro pueblo riojano. Esta noche pareciera que nosotros los hombres nos sintiéramos más hombres, porque sentimos que Dios, revestido de la carne y de toda nuestra realidad humana, menos el pecado, ha puesto su casa en medio de nosotros.

La Sabiduría y el Amor de Dios hecho uno de nosotros se llama Jesucristo. En el Niño de Belén adoramos y glorificamos al Padre de los Cielos, por la Alianza que ha establecido con el hombre, por el inefable, estupendo y maravilloso encuentro de Dios con los hombres.

En el Cristo de Belén descubrimos y contemplamos el rostro y la imagen de Dios, a la vez, el verdadero rostro e imagen del hombre, conforme al plan trazado por el Padre de los Cielos. Él es el Dios vivo anunciado por los profetas, preparado en la historia de un pueblo, Israel; es el hombre verdadero porque tomó la carne del seno purísimo de una mujer, María, por la acción misteriosa del Espíritu Santo.

Juan, el Bautista, nos vino diciendo durante el Adviento que prepararíamos los caminos del Señor, en cada uno de nosotros y en el corazón de nuestra comunidad; nos invitó a la conversión con voz austera y cuestionadora. Nos dijo que bautizaba en el agua solamente, pero en medio de nosotros estaba quien bautizaría en el agua y en el Espíritu Santo. Nos dijo que en medio de ustedes está alguien a quien no conocen. Este alguien es Jesús, quien anuncia la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo. El que por amor al hombre se entregó a la muerte de Cruz y resucitando destruyó la muerte y nos dio vida nueva. Este es Jesucristo, el Príncipe de la Paz, la Sabiduría de Dios, la Imagen y Sacramento del Padre, la Cabeza de la Iglesia de los redimidos y de los salvados, la Luz, la Vida, la Verdad, el Camino de los hombres.

Hermanos cristianos y hombres de buena voluntad: hombres que en el secreto de cada corazón buscan afanosamente, por caminos misteriosos, el encuentro con Cristo. Hombres que se plantean el sentido de la vida y la muerte; que interpelan a este Cristo para exigirle una respuesta acabada a sus interrogantes. Hombres que lo buscan con humildad de corazón y otros en la arrogancia de su corazón lleno de orgullo y egoísmo; hombres que no acaban de descubrir el contrasentido de un Dios que pone su casa en medio de los hombres

y que dice salvar y liberar al hombre en la pobreza y en el olvido de un pesebre o en la humillación de una Cruz. De un Dios que invita a la renuncia de sí mismo para ser sus discípulos, que dice que salva la vida el que la pierde y la pierde el que la salva; que llama felices a los limpios de corazón, a los que padecen persecución por la justicia; que llama dichosos a los pacíficos y a los misericordiosos. Que exclama que el hombre será juzgado por las obras de misericordia, por el servicio al hombre, que no se puede amar a Dios que no vemos si no amamos al hermano que vemos; que le da la verdadera dimensión e interpretación a la Paz, a la Justicia, a la Libertad y al Amor; que se constituye en signo de contradicción, cuestiona la vida de los hombres desde el Plan del Padre de los Cielos; que es profeta, sacerdote y rey; que invita a ser artífice de su propio destino, a construir un mundo nuevo que glorifique al Padre de los Cielos, a buscar el Reino de Dios y su justicia y lo demás se dará por añadidura.

De un Dios que condena al fariseo y elogia la actitud del pecador publicano, que le ofrece a la Samaritana agua, que salta hasta la vida eterna y le indica que el hombre que tiene no es su legítimo esposo, que tampoco Él condena a la adúltera si los demás no le tiran la primera piedra. Que deja las noventa y nueve ovejas y sale a buscar la perdida, que echa a los mercaderes del templo y enseña que su Casa es casa de oración, que elogia al samaritano que echa vino y aceite en las heridas del apaleado en el camino sin preguntar su nombre, raza o condición social. Que recibe con gozo al hijo pródigo a la casa paterna y recrimina al hijo mayor que permaneció en la casa, pero que las razones de su queja demuestran egoísmo, insensibilidad y autosuficiencia. Que aplaude la limosna de la viuda y enseña dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios; el que

multiplica los panes y los peces a los cansados y hambrientos por las largas jornadas andadas. El que cura a los enfermos y arroja a los demonios de los cuerpos y les anuncia, a la vez, que el Reino de Dios está entre nosotros y que el corazón del hombre ha sido elegido para ser morada de la Trinidad. El que condena un ritualismo externo y que no responde a un interior humilde y limpio, que tiene palabras duras: razas de víboras, sepulcros blanqueados, hay que tener en cuenta lo que se guarda o saca del interior del hombre. Que le dice a Pedro: hombre de poca fe, ¿por qué temes?; que siente compasión por el pueblo; que vale la pena vender todo para comprar la piedra preciosa.

Un Cristo que asume la condición del hombre concreto y le descubre todo el plan de salvación; que siente tedio, temor y angustia ante el vía crucis; que grita desde la Cruz que está todo consumado; que da el paraíso al buen ladrón y entrega su madre a los hombres; resucita al tercer día, catequiza a los discípulos de Emaús, sopla sobre los once para que reciban al Espíritu Santo, le dice a Tomás que no sea incrédulo. Que sobre el monte envía a sus discípulos a todo el mundo a anunciar la buena nueva, bautizar y enseñar todo lo que recibió del Padre de los Cielos, que perpetúen el Sacrificio de la Cruz en cada celebración Eucarística. Que envía al Espíritu Santo sobre la naciente Iglesia. Desde aquella primera noche de Belén, Él está en cada hombre, en cada angustia, esperanza de los hombres, que se manifiesta, que habla o grita en cada acontecimiento de la humanidad convirtiéndolo en signo de los tiempos; que nos da su luz y su gracia para que las sepamos leer o descifrar; Él, que está presente en las Santas Escrituras y en la tradición viva de la Iglesia; Él, que está en cada celebración eucarística y permanece entre nosotros hasta la consumación de los siglos; Él,

que está en medio de los hombres cuando nos reunimos en su nombre. Este, mis amigos, entre otras señales, es el Cristo de Navidad de esta noche.

Pero también, esta Navidad nos encuentra a los hombres tensionados, con guerras, situaciones de profundos desequilibrios. Los hombres no nos entendemos, en búsqueda dolorosa de los verdaderos fundamentos de la paz y de la justicia, junto a la sangre inocente derramada de nuestros hermanos⁸. Hombres y mujeres que, en su situación de postración humana, dejan escuchar el grito esperanzado de la liberación traída por Cristo.

Existen realizaciones laudables y esfuerzos y conquistas dignos de su condición de artífices de su propio destino. A la vez que le cantamos a la Vida y al Amor, que no somos vaticinadores de calamidades, nos sentimos avergonzados ante el Belén viviente de nuestro pueblo por situaciones inhumanas en que vive. Allí está Cristo, escondido y envuelto, no en pañales sino en la carne sufriente y en la mirada apagada de muchos que en esta misma noche nos están escuchando en la diócesis. Todos nos sentimos corresponsables de estas situaciones, muchos no podrán cantar esta noche: "Noche de paz, noche de amor". Porque quizás lo encuentren sin sentido o un sueño inalcanzable. No tenemos un ministerio de anunciar la desesperanza, el resentimiento, el odio o la desesperación. Anunciamos una Buena Noticia, engendradora de vida, de esperanza, de transformación, de lograr plenamente el sentido de la vida y de la muerte.

8. Se hace referencia a los conflictos sociales con características violentas, acaecidos durante 1969 en la Argentina y en los cuales murieron Cabral en Corrientes, Bello en Rosario y Máximo Mena, y otros, en "El Cordobazo".

Es esta Buena Noticia, el Evangelio de Cristo, el que nos urge y nos apremia, nos compromete a no desmayar para que el gran gozo anunciado por los ángeles en Belén se haga realidad en nuestro pueblo riojano. Seguimos creyendo en la Vida, que se llama Cristo, y a la vez sirviendo a nuestros hermanos, a ustedes, mis amigos, para que todas las limitaciones, marginaciones y esclavitudes de todo tipo, que impiden la plena realización de la vida en cada uno de nosotros, se vaya logrando en plenitud.

Esto es construir la verdadera paz. A la paz no se la encuentra, se la construye, es el don del Señor. Mantener situaciones que atentan contra el hombre es rechazar el don de la paz, es rechazar al mismo Señor.

1969

Mensaje de Paz a la Diócesis de la Rioja⁹

Pastor de Israel, escucha: tú que nos guías como a un rebaño, resplandece ante los ojos de tu Pueblo, manifiesta tu poder, ven a salvarnos (Sal. 79).

El Obispo, como servidor de Jesucristo, llamado para ser Apóstol y elegido para anunciar la Buena Noticia de Dios, conjuntamente con sus presbíteros, enviados a los distintos pueblos y comunidades de la diócesis, les anunciamos un gran gozo para ustedes y para todo el Pueblo... "Hoy en la ciudad de David, les ha nacido el Salvador, que es el Mesías, el Señor..." (Lucas 2, 10-11).

Hemos recibido la gracia y el apostolado, es decir, hemos sido hechos cristianos y llamados para ser servidores de nuestro pueblo en el ministerio sacerdotal, en virtud y por la gracia de este Niño de Belén. Fue a medianoche cuando todo comenzó: "...un profundo silencio envolvía todas las cosas, y la noche, siguiendo su curso, se hallaba en mitad del camino. Tu Omnipotente Palabra bajó del cielo y el Verbo de Dios, la Palabra de Dios, tomó nuestra carne y puso su casa en medio de

9. Existen dos versiones de este Mensaje de Paz, correspondiente al año 1969. Las diferencias más significativas –párrafos completos– entre ambas versiones serán transcriptas en estas notas.

nosotros... y los ángeles cantaron sobre el campo de los pastores: ‘Gloria a Dios en las alturas y Paz a los hombres de buena voluntad’, y ‘hallaréis a un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre’”. La Palabra que es Jesucristo debe ser escuchada en el silencio que desciende hasta los hombres, con un silencio de enamorados y no de indiferentes; con un silencio en la plenitud y no en el vacío; en un silencio que vuelque a la alegría, a la esperanza y a la adoración, porque ha llegado la plenitud de los tiempos según las Santas Escrituras.

La noche de Navidad se transformó para el mundo en la "nochebuena". Es la noche del encuentro del hombre con Dios; es la noche del diálogo en el corazón de cada hombre, reconociéndonos hijos de un mismo Padre del Cielo; es la noche de la conversión y de la alegría hecha Pascua; es la noche en que el Don de Dios, el Cristo, es dado a nosotros los hombres para que en Él encontráramos el sentido de la vida individual y social; es la noche en que toda la creación debe restaurarse en Cristo, porque Él es el principio y el fin de toda la creación para gloria del Padre; es la noche de la intimidad y no de la superficialidad; es la noche en que nosotros, hombres de nuestro tiempo, actores de la historia, asumamos y nos comprometamos con esta hora en que vivimos¹⁰ para darle sentido y plenitud en Jesús, el Cristo, el Señor, constituido en el Salvador y en el Liberador de todas las consecuencias del pecado individual y social.

Somos nosotros –como Iglesia, pueblo santo, raza sacerdotal, pueblo profético, pueblo anunciador de la Buena Nueva del Evangelio que es Jesús el Señor, piedra angular del Reino de Dios entre los hombres– los que debemos recoger esta noche en un silencio

10. La versión II expresa “con nuestro tiempo y las cosas de nuestro mundo”.

contemplativo ante el Hijo de Dios hecho niño, hecho carne nuestra y de nuestra condición humana, para sentir toda la dimensión humana y cristiana y comprender que, en virtud de este misterio del Dios hecho hombre, debemos renovarnos, convertirnos y actualizarnos en la Fe, la Esperanza y el Amor. Debemos ser sacramentos vivientes de Cristo, como Él lo es del Padre, para que todo hombre de buena voluntad sienta el gozo y reciba el anuncio de la Buena Nueva de Belén, que es la respuesta fundamental a todos sus interrogantes.

Porque esta Iglesia Diocesana¹¹ ha buscado y sigue buscando comprender con mayor profundidad y autenticidad este momento histórico del hombre riojano hacia el cual desea volcarse con mayor intensidad, consciente de que "para conocer a Dios es necesario conocer al hombre", como dice Pablo VI (7 de diciembre de 1965). No basta, por cierto, reflexionar, lograr mayor claridad y hablar: es necesario obrar. No ha dejado de ser esta la hora de la palabra, pero se ha tornado, con urgencia, en la hora de la acción. Es el momento de inventar, con imaginación creativa, la acción que corresponde realizar, que habrá de ser llevada a término con la audacia del Espíritu y con el equilibrio de Dios. Esto nos indica¹² que estamos en el umbral de una nueva etapa histórica en nuestra Provincia, llena de anhelo de emancipación, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración comunitaria inteligente y armónica.

En esta Navidad, nuestra Iglesia riojana, en la sinceridad del Espíritu, se pregunta qué es ella para el hombre riojano, qué significa su presencia para nuestro pueblo, cómo responde a sus inquietudes y espe-

11. Versión II: "porque la Iglesia, esta Iglesia Riojana".

12. Agregado de la versión II: "para ser fieles al Cristo de Belén".

ranzas, cómo realizar sus aspiraciones más hondas, qué aporta de "originalmente nuevo" a todo el proceso de transformación y desarrollo. También hoy, el pueblo riojano mira a la Iglesia y espera. La respuesta de la Iglesia es una sola: Cristo. Por lo mismo, se dispone a reflejarlo en la totalidad de sus miembros y de sus instituciones, lo cual exige un proceso de conversión. La renovación de la Iglesia es exigida por la vitalidad del Señor que opera en ella y por la ansiosa expectativa de los hombres que esperan su salvación.

Renovada en el espíritu y en profunda comunión con Dios, cuyo Misterio expresa, la Iglesia hará presente al Señor Jesús por la proclamación de la Palabra y la celebración de la Eucaristía, y el testimonio vivo de todos los cristianos, quienes manifiestan "su Fe con obras, su amor con fatigas y su esperanza en nuestro Señor Jesucristo con firme constancia" (1 Tim. 1,3).

La Diócesis, hecha comunidad de hombres nuevos, incesantemente animados por el mismo Espíritu, entra en salvadora "comunión" con este pueblo: comunión afectiva, en cuanto debe asumir sus angustias y esperanzas; comunión de palabra, en cuanto debe escuchar y leer sus acontecimientos diarios e interpretarlos a la luz del Evangelio; comunión de acción y servicio, en cuanto debe solidarizarse con la suerte de este pueblo y comunicarle la Ley nueva del Amor. Es así como toda la comunidad cristiana riojana se vuelve "signo" de la presencia del Señor (AG 15)¹³.

Hablar hoy en La Rioja de desarrollo integral es ser fieles a la Encarnación del Hijo de Dios, es escuchar el grito de los "signos de los tiempos" que vive nuestro pueblo y es responder a la Iglesia en su Magisterio Conciliar, particularizado por Medellín. Somos cons-

13. Todo este párrafo no figura en la versión II.

cientes de que es fácil hablar, señalar defectos e indicar soluciones globales; otra cosa es obrar, realizar planes concretos, hacer realidad los objetivos señalados. Existen mentalidades determinadas, costumbres ancestrales difíciles de superar, estilos de vida signados por la resignación, la no creencia en los hombres que dicen solucionar los problemas, esperarlo todo pasivamente de Dios; y nos explicamos por qué nuestro pueblo ha sido muchas veces engañado, burlado y usado para provecho de pocos, olvido y marginación de muchos.

Nuestro pueblo¹⁴ debe sentirse protagonista activo, artífice de su propio desarrollo, asumiendo en sus propias manos su destino, su crecimiento, su plenitud de vida comunitaria. Esta Navidad no nos lleva a ser vaticinadores de desgracias y a ser hombres negativos; todo lo contrario, nos impulsa a ser los hombres de la esperanza cristiana, del optimismo y de creer en la vida, y alentar todo esfuerzo noble, sincero, eficaz, que se realice en el bien integral de nuestro pueblo. Por eso, es necesario tener lucidez que los cambios no pueden consistir en reformas parciales, sino en remedios que lleguen a la raíz del mal. Así entendemos a Pablo VI cuando habla de cambios urgentes, audaces e innovadores.

Mientras bendecimos al Señor por las estupendas conquistas que el hombre hace del Espacio Sideral, llegando, en esta Navidad, hasta la Luna¹⁵, nos lacera el corazón cuando advertimos que muchos de nuestros hermanos riojanos realizan infatigables esfuerzos para lograr un nivel de vida digno, y otros, para sobrevivir

14. La versión II agrega este texto: "Hoy hablar de una Navidad en que se sigue actualizando el misterio salvador de Cristo para los hombres concretos de hoy en nuestra provincia, y no ser consecuentes en el obrar para que nuestro pueblo se sienta protagonista".

15. Esta introducción no figura en la versión II.

en condiciones inhumanas, acusando en sus rostros la inseguridad, el cansancio y la desesperanza. En estas condiciones¹⁶, lógicamente, el hombre va perdiendo su Fe, la contracción al trabajo, su pasión por la libertad y su confianza en la vida. Y si la vida es inficionada de un espíritu utilitarista, se convierte a los hombres en individuos aislados y antagonistas, carentes de sentido comunitario y de servicio.

El Apóstol Santiago nos amonesta: "Cuando un hermano o una hermana estén desnudos y necesitados del alimento diario, ¿de qué les servirá que alguien de vosotros les diga: 'id en paz, calentaos y comed a satisfacción' si no les dais lo necesario para el cuerpo? Así, la Fe, si no va acompañada de Obras, está muerta en sí misma" (c. 2,15). No es cristiana la solución y la respuesta no es integral, pregonando una visión de la vida puramente individualista a "tener más": llámese poder, influjo o bienes materiales. Nuestro pueblo quiere "ser más": más humano, más solidario, más artífice de su propio destino temporal y eterno¹⁷.

16. Todo este punto, hasta el final del párrafo, no aparece en la otra versión.

17. El párrafo que transcribimos a continuación no aparece en la versión I: "La participación progresiva en la gestión de los diversos sectores de la vida en sociedad es una forma concreta, explícita y necesaria del ejercicio de la libertad, es necesaria para la integración y es la fuente de hacer crecer y nacer la solidaridad. Esto supone entrar en relación personal con otros; así nace el conocimiento mutuo, el diálogo, la fraternidad para ser coronada por la amistad y el amor que hace compartir los destinos, los bienes, los sacrificios y la felicidad de un pueblo. Esta Navidad nos impele a afrontar con esperanza y decisión la ingente tarea que todos debemos realizar. Pero esta tarea requiere hombres nuevos para lograr estructuras nuevas. Entendemos por hombres nuevos el cambio de mentalidad, de criterios y de valores; una verdadera conversión interior. Esta es la contribución original de la Buena Nueva de Belén. Esta conversión nos hará volcarnos a nuestros hermanos, marcando nuestra presencia entre

Nuestra acción pastoral, a cuya colaboración llamamos a todos, especialmente a quienes se saben el Pueblo de Dios sellados por el bautismo, quiere tener el signo mismo de Cristo: el de la liberación y salvación: "liberación para los encadenados y luz para los ciegos". Libertad para los oprimidos¹⁸ y Año de Gracia del Señor como lo anuncia el Profeta. Exige en nosotros coherencia entre la vida que llevamos y los valores que queremos ver realizados.

Saludo en esta Nochebuena Riojana desde la Mesa Eucarística de la Catedral. El Obispo con su Presbiterio nos permitimos entremezclarnos con un Saludo de Paz y Bendición en cada hogar riojano, con un abrazo de hermano y de amigo para todos sin distinción, muy cerca de quienes no tienen un pan dulce para partir o una copa para brindar, junto a los enfermos y a los presos, a todas las comunidades parroquiales. A las autoridades de la Ciudad y de la Provincia, a las Instituciones, a todo el Pueblo de la Rioja, a los hermanos cristianos separados¹⁹.

aquellos que están sometidos a mayores injusticias, entre los que sufren, necesitados de nuestro amor, de caridad inteligente y eficaz”.

18. En la versión II dice “explotados”.

19. En el texto II agrega, para finalizar, el siguiente párrafo: “Y mientras vivimos nuestra Navidad, en algún pueblo no habrá Nochebuena porque está en guerra; en algún hogar no habrá Nochebuena porque está dividido; en algún corazón no habrá Nochebuena porque falta alguien”.

1 de enero de 1970

Clausura de las Fiestas de San Nicolás

Números 6, 22-27 | Gálatas 4, 4-7 | Lucas 2, 16-21

Saludos.

Cuando un pueblo detiene su marcha para meditar, durante varios días, en el sentido de la vida y a la luz del Evangelio, y busca realizarse mejor, como pueblo elegido por Dios, fijándose metas para alcanzar el término del camino de la vida como peregrino, estableciéndose además una despedida para seguir andando, no puede ser un discurso, sino una meditación a nivel comunitario.

Esto sucede esta tarde. Nos hemos convocado junto al Santuario de nuestro Patrono, de la Provincia y de la Diócesis. Anoche, en el filo mismo del año que pasó, hemos hecho vigilia en oración y alabanza al Señor. Hoy consagramos el año que amanece, a Cristo, Señor del tiempo y de la eternidad, en otro tradicional Encuentro del Niño Alcalde y San Nicolás. A Jesucristo, Príncipe de la Paz, el pueblo de La Rioja, en este primer día del año nuevo y comienzo de una nueva década, une su súplica a todos los hombres del mundo, que sinceramente buscan el don precioso de la Paz, se haga realidad en nuestro mundo actual, en guerras y luchas fratricidas. Nos unimos a las Jornadas Mundiales por la Paz, queridas e inspiradas por el Santo Padre, Pablo VI.

Nos sentimos interiormente un pueblo en marcha. Poseemos nuestra propia historia, un rostro e imagen definidos y características peculiares. No improvisamos las jornadas del camino, ni somos inexpertos en lo que suponen jornadas duras, difíciles, tejidas y amasadas con "gozos y esperanzas, angustias y dolores". En el corazón mismo de nuestra comunidad advertimos una reserva de virtudes auténticamente cristianas, aunque confesamos, humildemente, nuestras frecuentes deficiencias y debilidades en el compromiso de la Fe con la vida.

Esta Iglesia Riojana se siente muy unida, y obligada pastoralmente, para con todos sus hijos, sin distinguir alguno, ni diferencias sociales, aún más, a todo hombre de buena voluntad. A esto queremos llegar en nuestra intención y decisión pastoral.

Queremos contribuir cada vez más, a dar a nuestro pueblo una mayor comunión en sus ideales, una concepción en sus destinos comunes y una cohesión en los esfuerzos para alcanzarlos. Puesto que reconocemos y confesamos nuestra Fe en un solo Señor, Cristo.

Desde este primer día del año, debemos seguir bregando, a fin de que no exista dominación del hombre por el hombre. Otra debe ser la actitud: reconociéndonos de igual dignidad y del positivo aporte humano que cada uno debe hacer como protagonista de su propio destino, construir juntos nuestra promoción humana y cristiana, querida y exigida por la condición de cristianos de que somos revestidos por el Bautismo.

La Historia de la Salvación bíblica –realizada en Cristo– se realiza en nosotros, desde y en nuestra propia historia humana, como pueblo riojano. Porque Cristo, desde aquella primera Navidad de Belén, se dignó poner su morada en medio de las nuestras y

hacerse uno de nosotros, como hombre. La Iglesia, que aquí es riojana, su Cuerpo Místico y su pueblo Santo, quiere asumir todas las capacidades, riquezas humanas y cristianas y las costumbres de nuestro pueblo, en lo que tiene de bueno para lograr la realización y la expresión de comunidad o comunión en Cristo.

Además, a fin de no desconocer la verdadera naturaleza de la Iglesia, siendo ella una Institución Visible, distinta de la sociedad civil y del orden temporal, a la que pertenecemos como ciudadanos, ambas gozan de autonomía. Deben armonizarse permanentemente en el servicio al hombre y desde sus respectivas competencias. Ajena esta Iglesia a todo deseo de dominio le corresponde, sin embargo, por voluntad de Jesucristo, juzgar según los principios del Evangelio, de la vida y estructura de esa sociedad, para ofrecerle su luz, su cooperación, su paz y, a veces, su verdad, al señalar proféticamente las situaciones contra todo aquello que le impida al hombre ser más hombre.

Una vez más, nos urge nuestro deber pastoral: señalar que la Iglesia no puede ni debe reducirse al solo ámbito cultural; ella debe estar en toda la vida del hombre, privada y pública. Nos alegramos y alentamos, como parte de este pueblo, todos los esfuerzos, iniciativas y realizaciones que se vienen realizando en bien de nuestra provincia. Analizar, evaluar y reflexionar acerca de nuestra realidad riojana, desde distintos ángulos, es también construir y preparar un futuro mejor; supone un clima: diálogo, respeto mutuo, comprensión, tolerancia, adecuada información, nobleza de espíritu. Esto también supone renunciar a intereses mezquinos, ya sean personales o de grupos, ver con realismo los pasos que debemos dar para lograr la felicidad de nuestro pueblo.

Dijimos, mis amigos, que esta tarde es tarde de meditación y de despedida. Deberíamos aprender a guardar un profundo silencio, un silencio interior, que preceda a las palabras, para escuchar mejor al Señor que nos habla desde su Evangelio y desde la situación concreta de un pueblo en marcha. Así las palabras no se reduzcan a sonidos que lleva el viento, sino que sean el fruto maduro y experimentado en el silencio y la meditación, y vayan tomando formas concretas en las realizaciones de la vida. No es fácil poder decir todo lo que se guarda en esta Asamblea del pueblo cristiano de La Rioja. Durante nueve días nos hemos alimentado del pan del Evangelio; a su luz hemos juzgado la vida; la Eucaristía ha robustecido nuestras débiles fuerzas y cohesionado mejor la comunidad. Sentimos más íntimamente que Jesucristo es nuestro Pastor y nuestro guía para el camino que emprendemos nuevamente en el comienzo de este nuevo año.

Si llevamos con nosotros una tradición que nos ha legado reservas de virtudes cristianas, debemos también alertarnos, para que la Fe no sea solamente una hermosa herencia del pasado, sino un compromiso personal y comunitario, evidenciado en la vida diaria privada y pública. La Fe es vida y un compromiso con la vida. La Fe es comprometerse. Hoy la vida cambia de modo tan radical que no es posible atenerse a las formas con que ayer estaba modelada. No podemos ni debemos quedarnos anclados en el pasado. Antes bien, nuestro deber es acoger todo lo bueno que nos ofrecen los nuevos tiempos. Más aún, nosotros mismos debemos promover el progreso en todos los niveles y "acelerar la evolución que la prodigiosa civilización moderna ofrece al hombre, para que él sea más hombre y para que todos podamos gozar de los beneficios de un mundo mejor" (Pablo VI).

Necesitamos, como pueblo, expresar nuestra Fe de un modo simple, emocional y colectivo. Pero también es necesario renovarnos interiormente para poder ser hombres nuevos, eficientes y creadores de una Rioja nueva. Quizás haya quienes miren este acontecimiento religioso en la vida del pueblo riojano como expresión religiosa demasiado primitiva; claro que para una respuesta adecuada sería necesario fijar de antemano los criterios para juzgarlo. No es este el lugar, solamente nos preguntamos: ¿qué jerarquía de valores es necesaria tener en cuenta para personalizar y planificar la vida de un hombre y la de un pueblo? Si el pueblo riojano llega peregrinando cada año a este Santuario, trae ciertamente un sentido y un contenido.

Reflexionando, me parece descubrir lo siguiente: metido muy adentro, trae silencios elocuentes, gestos, esperanzas, frustraciones, pedazos de vida intensa y dolorosamente vividos, el sentido religioso de la vida y las defraudaciones por el egoísmo del hombre, que nos decimos hermanos. Sentido de solidaridad, hospitalidad y acogida a quien es capaz de brindar un amor sincero; sentido de búsqueda de todo lo que lo personaliza y lo realiza como hijo de Dios, sus estructuras concretas de vida, las promesas, el canto de los Allís en el Tinkunaco, todo el sabor bíblico en el Encuentro, una lección de la historia y un grito de esperanza, una interioridad contemplativa, guardada en sus silencios, gestos y miradas volcadas en el horizonte, por si las esperanzas que trae se convierten en realidad. Aunque su contenido evangélico está mezclado de motivaciones que no son auténticamente en el orden de la Fe, busca descubrir el rostro de Cristo y su presencia hacia una mayor madurez cristiana.

Nos hace falta amar muy seriamente para mirar interiormente todo lo que contiene y trae nuestro pue-

blo cuando viene en busca de respuestas vitales hasta este Santuario de San Nicolás. Si el Santuario es una iniciativa y una manifestación de Dios en busca de diálogo con el hombre, este pueblo busca ansiosamente respuestas. Por eso nos urge conocer mejor el Mensaje de Dios, cómo Él se revela y habla a su pueblo y, a la vez, adentrarnos en el corazón mismo de nuestro pueblo, en sus circunstancias históricas, para poder realizar nuestra propia historia de Salvación. Nuestra Diócesis Riojana quiere, con la gracia de Dios, seguir la marcha iniciada, tratando de ahondar en el mensaje vivo del Señor y responder desde el Evangelio a los múltiples interrogantes que el hombre riojano plantea y se plantea.

Esto nos lleva pastoralmente a que, en este año, Dios mediante, concretemos cuatro semanas pastorales a nivel decanal. Lo que hicimos diocesaneamente, lo realizaremos zonalmente²⁰.

Todo esto supone subrayar ciertos objetivos pastorales para el presente año. Conocer mejor y ahondar el Mensaje del Señor supone una catequesis intensa y renovada a todos los niveles de la comunidad. Una revisión y actualización de la pastoral sacramentaria. Una intensificación de la pastoral de la Caridad que no significa limosna, sino una presencia cristiana de todo el Pueblo de Dios para con nuestros hermanos que padecen necesidades. Atendiendo las necesidades inmediatas, como presencia asistencial, no se deberá perder de vista el gran objetivo de una presencia operante en la promoción humana y cristiana. Cáritas, con senti-

20. La Diócesis de La Rioja estaba organizada en cuatro decanatos: Decanato Norte (Parroquias de La Costa, Aimogasta y Los Sauces), Decanato de Los Llanos (Parroquias de Chamental, Olta, Milagro, Ulapes, Chepes y Tama), Decanato Oeste (Famatina, Chilecito y Villa Unión) y Decanato Centro (todas las parroquias de la ciudad de La Rioja).

do organizativo, deberá ser la respuesta diocesana del amor a nuestros hermanos, no excluyente, sino uniéndose a todo esfuerzo e iniciativa privada y pública que signifique concretar realizaciones.

Si se ha anunciado una Celebración del cincuentenario de la coronación de San Nicolás, no la queremos como simple conmemoración histórica, sino como reactualización de nuestra Fe y como presencia operante de una Iglesia Diocesana que busca renovarse conciliarmente y ser más fiel al Pueblo a quien debe servir. Tomaremos determinaciones pastorales que tocarán nuestra propia Catedral. El Laicado organizado, que ha iniciado en seriedad y profundidad su actualización y reestructuración, guiado por el magisterio conciliar, deberá seguir desarrollando su acción misionera y comprometida en organizaciones ágiles y abiertas a todos, poniendo especial énfasis en la pastoral de la juventud.

Quienes tenemos, por un llamado del Señor, la misión de ser servidores de nuestras comunidades, por el sacerdocio o la consagración en la vida religiosa, vale decir, el Obispo, los sacerdotes y las religiosas, nos obligamos, cada vez más, a ser testigos del Evangelio con la vida y a ser animadores de la renovación diocesana, querida por la Iglesia y exigida por las circunstancias históricas en que vivimos.

Mis amigos y hermanos, si la Iglesia ha puesto en la liturgia del primer día del año y en el comienzo de esta década, a Santa María, Madre de la Iglesia, queremos confiarle a Ella la vida y la marcha de esta Iglesia Riojana. Le pedimos a San Nicolás que nos siga ayudando a lograr todos los objetivos de la provincia para bien de todo el Pueblo Riojano. En la Paz y en la Bendición de Cristo, iniciemos las jornadas de este año 70.

1970

Homilía del 1º de febrero

Deuteronomio 18,15-20 | Corintios 7, 32-35 |

Marcos 1, 21-28

Estas son las lecturas bíblicas que debemos meditar esta mañana en esta homilía radial. Hay una actitud señalada en el salmo 94, que debe servirnos para preparar interiormente nuestro corazón, para que el Señor encuentre respuesta interior en cada uno de nosotros: "Ojalá escuchéis hoy su voz; no endurezcáis vuestros corazones". Como ustedes, sentimos nuestra debilidad, sentimos que el pecado y la infidelidad al Señor, al cegarnos y enmudecernos, somos propensos a cerrar nuestros corazones al Señor, no escuchar su voz, no cuestionar nuestra vida, no iluminar nuestros acontecimientos con la luz de la Fe.

Porque si sentimos interiormente un temor, es el no ser fiel a Cristo y al pueblo que se nos ha confiado por misteriosos caminos del Señor. Es sentir el temor de no ser el primer oidor de esta palabra que hoy les anuncio y fortalecido, convertido e iluminado por ella, que es estar y sentirse guiado por el Señor, ayudar a mis hermanos y confirmarlos a ellos, sacerdotes, religiosas y fieles cristianos, para que todos sepamos leer e interpretar como cristianos los acontecimientos que el Señor permite o quiere, para que despertemos, muchas veces, del letargo de la Fe. Optemos definitivamente

por asumir su Evangelio y traducirlo a la vida; descubramos con mayor profundidad qué es ser Iglesia y ser miembro de la Iglesia, Cuerpo misterioso y místico y vivo del Señor; qué es ser y saberse con nuestros hermanos en la Fe y con los que no la poseen, constructores activos y conscientes de la sociedad temporal.

En nuestros labios pecadores, el Señor ha colocado su Evangelio para que lo anuncie a la diócesis y sea testigo del mismo. Si le pedimos perdón al Señor es no ser, con la vida, testimonio del mismo, pero sentimos la urgencia del Espíritu Santo que nos impulsa a anunciarlo, oportuna e inoportunamente, porque sabemos que es medicina y salud para nuestro pueblo riojano. Si lo anunciamos, oportuna e inoportunamente, es para que los cristianos, que somos y constituimos la Iglesia, obremos y realicemos. Pero cristianos, no confundan ni se confundan. Quienes están llamados en la Iglesia a cumplir la misión de Magisterio, no se nos pida ser realizadores de obras técnicas. Son ustedes, comprometidos y consagradores del mundo, quienes tienen que ser miembros activos y operantes de obras y realizaciones.

Cristianos: es hora de reflexionar seriamente y hondamente qué significa ser cristiano hoy, en La Rioja. No podemos ni debemos mezclar ni confundir fines e intenciones políticas con la misión de la Iglesia exigida por el Evangelio del Señor. Tampoco podemos renunciar al destinatario de este Evangelio, de quien se enamoró el mismo Dios, con un amor de predilección, hasta entregarle a su propio Hijo Jesucristo. Ese destinatario es el Hombre. Parecería que nos duele, nos da fastidio, nos molesta, quisiéramos que no fuera así, que Cristo y su Iglesia se comprometan hasta la muerte con el hombre, o quisiéramos que fuera a algunos y para algunos hombres, no para todos sin distinción

alguna. Esta reflexión la hacemos especialmente para nosotros, cristianos.

Un pueblo bautizado, un pueblo sellado por el Sacramento del Espíritu Santo, es un pueblo profético, es decir, un pueblo que proclama y testifica, con la palabra y la vida, lo que el Señor ha realizado en el corazón de cada hombre y donde está la salvación para el hombre, Cristo.

Somos nosotros un pueblo profético, por tanto, elevándonos por sobre todo lo anecdótico, por sobre todo aquello que es el mundo chico "de intereses", "miedos", etc., la más estupenda tarea, la más difícil, es hacer que un pueblo que ha sido marcado para ser profético, santificado, guía y luz, lo sea de verdad, que sea interiormente nuevo, porque la vida de Dios crece abundantemente; porque su Fe es adulta; porque no se queda en las anécdotas de la vida, sino que sabe leer los acontecimientos y descubrir lo que el Señor quiere de él. Sabemos que esto es difícil, que más difícil es entender que es el mejor aporte para un pueblo. Somos inmediatistas, creemos que convertir a un hombre, interiormente mudo o interiormente en pecado, en un hombre interiormente "en santidad y justicia" no tiene importancia y es perder tiempo.

Comprenderán, mis hermanos y amigos, que si no nos disponemos todos interiormente con humildad, con sinceridad, aceptándolo o rechazándolo al Evangelio, seremos los hombres de corazón endurecido para con el Señor. Ahora, la conclusión es también lógica: quien tiene el corazón endurecido para con el Señor, lo tiene para con sus hermanos. Si algún día advirtiéramos no ser el pastor que orienta, entrega el Evangelio de Cristo y, dentro de sus debilidades, no da testimonio de Cristo, no lo duden, al cayado se lo daremos a

otro hermano. Comprendo que acontecimientos que salen de lo común desorienten, hagan vacilar la Fe o se encierren sentimientos poco cristianos²¹. Todos pongámonos ante nuestra conciencia y ante el Señor e, iluminados por el Evangelio, examinemos nuestra vida y saquemos sus consecuencias.

La Rioja tiene derecho y es urgencia que los cristianos (obispos, sacerdotes, religiosas, bautizados) hagamos un profundo cambio interno de vida, de mente y de corazón. De lo contrario, nos seguiremos quedando en anécdotas y no descubriremos la voz de Dios en los acontecimientos.

Que nuestra Madre Santísima, Madre de la Iglesia, bendiga nuestro Pueblo: gobernantes y gobernados.

21. Se refiere al conflicto con el gobierno, en enero de 1970. Ante la reacción adversa del gobernador de facto, Guillermo Iribarren, que acusó a la Iglesia de tener una “práctica negativa”, el Obispo y su presbiterio emitieron los documentos “La Iglesia habla” y “La Iglesia sigue hablando”. Cfr. Vida y Martirio de Mons. Angelelli, Luis M. Baronetto. Ediciones Tiempo Latinoamericano, Córdoba, julio de 1996.

5 de abril de 1970
Homilía del Segundo
Domingo de Pascua²²

Unimos con ustedes que están más solos, que por la radio están unidos a todos nosotros, enfermos y amigos de la cárcel.

Tres lecturas acabamos de hacer:

Hechos de los Apóstoles 4, 32-35.
Primera Carta de San Juan 5,1-6.
Evangelio de Juan 20,19-31.

Fenómeno de Hoy:

Ateos: los que niegan a Dios.
Crisis de Fe.
Los que no les interesa Dios.
Los que se fabrican un Dios a gusto. Los que creen y no dan testimonio.

Dichosos los que creen sin haber visto...

Aceptar a una Persona que me propone una nueva vida que cambia la mía. Creer es aceptar a Jesús que es el Enviado. Este que cree ha nacido de Dios,

22. Hacemos una transcripción textual de esta “ayuda memoria”, único material de la presente homilía.

Bautismo. Pedimos la Fe, la Fe da la Vida, la Vida exige: cumplir el Mandamiento del Amor.

Consecuencias de la Fe:

Una Comunidad (somos el Pueblo de Dios).

Pensar y sentir (un solo corazón y una sola alma).

La paz interior (en el corazón del hombre es donde nace).

Testimonio de la Resurrección.

Bien vistos.

Ninguno pasaba necesidad.

Vence al Mundo (la Fe).

El Espíritu da testimonio.

Enviados.

Cuestionar la Fe, el fenómeno del ateísmo...

¿Cumplir? ¿Adultos? Alimentar la escritura, oración, testimonio.

12 de abril de 1970

Día Mundial de las Vocaciones

Hechos de los Apóstoles 4, 8-12 |
Carta de Juan 3, 1-2 | Juan 10, 11-18

Saludos a los fieles, a los que están en las sierras de Chepes y en los puestos de las estancias.

Hoy dedicaremos la homilía al tema de las Vocaciones, por celebrarse en el mundo entero la Séptima Jornada Mundial de Oraciones por las Vocaciones. Quiere ser una respuesta sincera, leal, generosa a la preocupación del Santo Padre, por el aumento y santificación de dichas vocaciones. Esta Jornada debe constituir una auténtica "unión de oraciones de pastores y fieles, como una sola alma y un solo corazón". Porque encierra un profundo e insustituible contenido eclesial, como Iglesia Riojana, una porción del Pueblo de Dios, queremos unirnos a toda la Iglesia Universal.

Cuando hablamos de Vocaciones me refiero a los aspirantes al sacerdocio, a los religiosos y a las religiosas. Queremos reflexionar juntos sobre la múltiple realidad de las vocaciones en la Iglesia: sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, misioneros, contemplativos; hacer tomar más conciencia y empeño por una realidad que es vital para una diócesis y para la Iglesia. Que a nuestro pueblo no le falten los pastores y que la comunidad cristiana tenga miembros que, con una consagración total al Reino de Dios, sirvan a sus

hermanos en las variadas necesidades, por medio de un estado de vida que los hace signo de lo que será el encuentro definitivo con nuestro Padre de los Cielos.

(Religiosos). Uno de los signos de la madurez en la Fe y de la riqueza de vida cristiana es precisamente la respuesta de hombres y mujeres que, siguiendo un llamado del Señor, una Vocación, consagran sus vidas al total servicio de sus hermanos, los hombres. Si hoy constatamos y sufrimos la falta de pastores del pueblo de Dios, de hombres y mujeres que consagren su vida al servicio de sus hermanos, sería un error si esta constatación derivase en actitud de desaliento y pesimismo, puesto que el misterio de las vocaciones pertenece solo a Dios y de ningún modo se puede dudar que Dios quiera proveer el bien a su Iglesia, a la cual prometió su presencia y su asistencia hasta el fin del mundo.

Por tanto, es en nosotros mismos donde debemos indagar la causa de la situación actual de las vocaciones en el mundo. En nosotros decimos y no en el ánimo de los jóvenes, cuya generosidad hoy no es menor que ayer. Aunque su actitud frente a la sociedad contemporánea tome a menudo forma de rechazo o rebeldía violenta, debemos tener confianza en la juventud de nuestro tiempo, tan abierta a nobles ideales, tan ansiosa de autenticidad, tan dispuesta a socorrer a sus propios hermanos. Creemos que existen, hoy, numerosas vidas juveniles capaces de corresponder con grandeza de ánimo y fidelidad a un eventual llamado de Dios para la vida sacerdotal o religiosa.

Para que esto se consiga es necesario crear condiciones favorables, especialmente en el ánimo de los jóvenes, en el ambiente familiar, en la comunidad cristiana y en los mismos lugares de formación sacerdo-

tal y religiosa. Para hacerles aceptar con entusiasmo el don de la Vocación Divina es necesario que este ideal les sea presentado en su verdadera realidad y con todas sus severas exigencias, como donación total de sí al amor de Cristo y como una consagración irrevocable al servicio exclusivo del Evangelio en bien de sus hermanos.

Desde este sentido, un sacerdocio vivido ejemplarmente y el valor de una vida religiosa como realización de una existencia gozosamente vivida tiene un valor testimonial imponderable.

Además, es necesario disponer al joven para oír la Palabra de Dios que llama a dar su consentimiento. Aquí la responsabilidad de la familia es inmensa, porque depende del ambiente familiar la posibilidad de un fructuoso diálogo interno con Dios. Debemos reclamar la atención sobre la responsabilidad de la Comunidad Cristiana, parroquial o diocesana. "El deber de dar incremento a las vocaciones sacerdotales incumbe a toda la comunidad cristiana, que debe cumplir esta tarea ante todo con una vida perfectamente cristiana. La vida cristiana fundada en el Bautismo, en la Confirmación y en la Eucaristía, debe hallar su expresión y culminación en la vocación sacerdotal y religiosa".

Este es el índice de la vitalidad de cada comunidad parroquial o diocesana. Una comunidad que no vive generosamente según el Evangelio no puede sino ser una comunidad pobre en vocaciones. En cambio, donde el sacrificio cotidiano mantiene viva la Fe y sostiene en alto el amor de Dios y de los hombres, las vocaciones siguen siendo numerosas. Actualmente, en los países donde la Iglesia es perseguida es donde las vocaciones florecen sobreabundantemente. Pero no busquemos explicaciones a la crisis vocacional únicamente en las

motivaciones humanas, es más profundo el problema. Radica en la crisis de Fe que padece el mundo.

Este tema de la Vocación Divina es el tema fundamental de las Sagradas Escrituras. Toda vocación en las Sagradas Escrituras no es una fuga del mundo sino un camino de historia, una fuerza que arrastra con el hombre toda la creación. Abraham, para responder a Dios, va a una tierra desconocida. Moisés se hace guía de un pueblo y lo conduce a través del desierto. Isaías interviene decididamente en los asuntos estatales, prepara la defensa de su pueblo y lo invita a la resistencia. Aquí vemos que la vocación confiere siempre una misión a cumplir, a veces dolorosa, sacrificada, no entendida ni comprendida. Toda vocación es una separación, pero para confiar al elegido una misión más vasta, Abraham por ser fiel a la vocación es constituido padre de un pueblo, padre de todos los creyentes.

En la respuesta de un elegido se realiza el laborioso y lento progreso hacia la redención. La Palabra de Dios es Palabra que crea y Palabra que llama. Como Cristo es la Palabra, responder al llamado es responder a Cristo. Escuchar y comprometerse con el llamado de Cristo para el ministerio sacerdotal o la vida religiosa: aceptarlo es ponerse al servicio de un pueblo, de los hombres para que con ellos caminemos hacia Dios. Como el llamado o vocación de Pedro, Andrés, Juan, Felipe, Pablo es seguir a Cristo y ayudar a los hombres a seguir a Cristo.

La vocación en el Nuevo Testamento es solo un poder insertarse en Cristo, un poder identificarse con Él. Y esto se realiza en la participación de la vida y del Misterio de Jesús, que nos llega por la acogida que le damos cada uno de nosotros al Evangelio y por la vida nueva que se nos ofrece a través de los sacramentos,

especialmente por la Eucaristía. Para este estupendo y exigente ministerio y servicio es llamado el hombre a ser sacerdote o a testimoniar en la vida religiosa.

Mis hermanos y amigos, qué doloroso es para un Obispo cuando una comunidad le pide sacerdotes y uno debe decirle que no los tiene. Pero no depende del Obispo, es deber de toda la comunidad, de toda la diócesis. Todos supliquemos que no nos falten operarios en su mies; es decir, que tengamos en la diócesis los sacerdotes suficientes para que cada pueblo pueda recibir la proclamación del Evangelio y celebrar fraternalmente la Eucaristía.

Jóvenes riojanos cristianos: en nombre de Cristo les hago la invitación para ser servidores del Evangelio y de la Eucaristía en la vida Sacerdotal o religiosa. Diez seminaristas solamente tiene la diócesis. Sacerdotes venidos de otras comunidades diocesanas o religiosas están entregando sus vidas consagradas al servicio de nuestra diócesis. No lo dudo, con la gracia del Señor, la Comunidad Diocesana sabrá responder generosamente al llamado que Cristo hace a los hogares y a la juventud riojana para que a La Rioja no le falten pastores que, guiando al pueblo de Dios, sean a la vez testimonios vivos de vida evangélica.

Este tema de las vocaciones, que pudiera aparecer intrascendente para la vida y desarrollo integral de La Rioja, lo juzgamos de capital importancia, porque en la medida que ayudemos a nuestro pueblo a vivir la Fe en Jesucristo y a poseer abundante vida cristiana, será eficiente actor de su desarrollo y constructor de una Rioja nueva.

17 de mayo de 1970

Misa radial en el día de Pentecostés

Hechos de los Apóstoles 2, 1-11 |
Corintio 12, 3b-7; 12-13 Juan 20, 19-23

Mis hermanos y mis amigos radioyentes de L.V.14, alabado sea Jesucristo.

Llegue mi saludo a todas las comunidades parroquiales de la diócesis en este día en que celebramos la fiesta litúrgica de Pentecostés.

Mi saludo especial para ustedes, mis queridos enfermos, para ustedes los que se encuentran lejos de esta Catedral de La Rioja, para ustedes amigos de los barrios de nuestra ciudad. Acabamos de escuchar la lectura de tres pasajes de la Biblia: una tomada de los Hechos de los Apóstoles, la segunda de San Pablo a los cristianos de Corintio, la tercera, el Evangelio de Juan; guiados por estas lecturas haremos nuestra reflexión u homilía dominical. Tratemos de abrir con mucha sinceridad interior nuestra vida, para que la Palabra de Dios penetre en nosotros con toda la fuerza del Espíritu Santo.

Escuchen: según la catequesis que enseñaban los padres de la Primitiva Iglesia, Cristo muerto, resucitado y exaltado a la derecha del Padre, acaba su obra derramando el Espíritu Santo sobre la comunidad apostólica, es decir, sobre la comunidad de los creyentes

en Cristo Jesús. Pentecostés es la plenitud de la Pascua que acabamos de celebrar hace cuarenta días.

En la resurrección de Jesús se inicia una nueva "creación"; en esa creación nueva corresponde al Espíritu Santo la misión de dar vida. Decimos dar vida porque es la que por Jesús nos llega, la misma vida de Dios.

Pentecostés significaba para los judíos ofrecer al Señor la primicia de la nueva cosecha, se iniciaba una nueva etapa en los frutos de la tierra.

Cuando leemos en la Biblia los pasajes referidos al Espíritu de Dios, lo encontramos significado o representado de diversas formas: como principio de vida, como el agua que se agita, como el fuego que purifica o se asienta en las cabezas, como el viento que sacude y despierta, como una presencia misteriosa, pero real en el corazón del hombre que urge e invita a un cambio de vida o a tomar actitudes especiales. Lo encontramos como la voz que entrega una misión especial, como la fuerza que manda a los profetas a hablar a su pueblo, como el que siempre acompaña a la Palabra para que ella, penetrando en el interior del hombre produzca frutos y estos en abundancia, como el que unido a la materia de los sacramentos (pan, vino, aceite, gestos) produzca en el hombre la santificación y la plenitud de vida en Dios.

Es el que, por obra del Espíritu Santo, María concibe en su seno al Hijo de Dios hecho Hombre, es el que con el Padre y el Hijo forman La Familia Divina; es al que se refiere Jesús cuando le habla a Nicodemo: que es preciso renacer del agua y del Espíritu Santo. Es también el que en forma de lengua de fuego se asienta en la cabeza de cada apóstol y discípulo en el cenáculo; es el que siembra dones en cada hombre como quiere y a quien quiere; es el que reúne todo lo que está disper-

so y llama a la comunión entre los hombres; es el que, junto con el Padre y el Hijo convierten el corazón del hombre en su propio templo; es el que nos hace decir cada día: "Padre Nuestro".

Es el que en la Confirmación se derrama con sus siete dones para que nosotros, los hombres, podamos construir nuestra vida y la de nuestros hermanos para llegar a Dios; es el que da fuerza a los mártires, luz a los hombres que conquistan el mundo y la creación, que hace descubrir los secretos para dominar la creación y llegar a la luna; es el que nos hace resistir las injusticias, servir a tantos samaritanos en el camino de la vida, el que le da sentido al dolor y a la alegría, el que nos orienta secretamente en el camino para encontrar la verdadera felicidad y construir el auténtico progreso del hombre. Es el que nos hace sentir la presencia de Dios en cada gesto humano, en cada amanecer y en cada atardecer de cada día.

Pareciera que estamos haciendo literatura, sin embargo, estamos ante una gran verdad a la que los hombres debemos saber descubrir, el que hace nacer en el corazón de cada uno de nosotros la capacidad para amar y servir a nuestros hermanos. Es el que destruye el egoísmo, que es incapacidad para abrirnos a los demás; es el que nos injerta a Cristo en cada Bautismo y nos llama a vivir la fraternidad en cada Eucaristía que hacemos.

Pentecostés nos hace pensar y sentir apasionadamente el misterio de la Iglesia, de esta Iglesia, que es santa en su origen, porque nace en la Familia Divina, y pecadora en sus miembros, que somos nosotros. La que, movida por el Espíritu Santo, nos convoca en un Concilio y nos urge a que cambiemos nuestras mentalidades que estén en desacuerdo con el Evangelio

que, puesta en el mundo como luz y fermento, quiere que los cristianos seamos testigos de una vida nueva y construyamos nuestro mundo y nuestra historia como la quiere Dios. Nosotros somos la Iglesia, un pueblo de creyentes en Jesús, la primicia de la creación, el prototipo del hombre realizado, el anticipo de lo que deberá ser nuestro encuentro definitivo con Dios.

Nos asustamos ante las crisis, se sacude nuestra Fe, tememos a quienes no piensan como nosotros, olvidamos que la Iglesia es conducida por el Espíritu Santo que va llamando a los hombres a la santidad de vida. Dejamos de ser hombres de la Esperanza. Nos cuesta romper, muchas veces, la mentira de nuestras vidas, creemos que nos cambian la Iglesia si se sacude, por la fuerza misteriosa del Espíritu Santo, nuestra manera de vivir la Fe cristiana.

Amigos y hermanos queridos, ¿ustedes no creen que nosotros –Iglesia Riojana, sacerdotes, religiosas y laicos o cristianos simplemente bautizados– no debemos examinar, en la presencia de Dios y con la gracia del Espíritu Santo, cómo vivimos el Evangelio en la vida privada y pública? Comprenderán entonces que nuestro ministerio pastoral, igual al de los doce que recibieron al Espíritu Santo en aquel primer Pentecostés, tenemos que no escatimar esfuerzos para que ningún riojano, bautizado o no, sea respetado y considerado como un templo donde se encierra la presencia viva de Dios.

Todo lo que envilece al hombre, todo lo que impida a nuestro pueblo crecer y realizarse como persona y como pueblo es un atentado y una profanación a Dios presente en cada uno de nosotros. El Espíritu de Dios nos llama a ser hombres interiormente libres y capacitados para abrirnos a los demás y así, juntos, construir

lo que tan ansiosamente deseamos. No nos irrite mos porque señalamos situaciones que tienen mudo a nuestro pueblo por el temor de perder el pan de cada día. Todos sabemos que no es fácil solucionar los múltiples problemas de nuestra comunidad. Cambiemos de actitud si creemos que el precio que debe pagar nuestro pueblo es renunciar a ser hombres interiormente libres y aguantar ser manoseados en nuestra dignidad de personas y de hijos de Dios. ¿Creen que no es un auténtico servicio a nuestra comunidad ayudar a nuestros hermanos a que encuentren el verdadero sentido de su existencia?

No seamos ciegos, no sea que mañana tengamos que llorar lo que hoy no supimos ver o no quisimos asumir. Hoy también pidamos al Señor que no nos haga faltar los sacerdotes y las vocaciones religiosas que necesitan nuestras comunidades. Hoy nos dedicamos, en la diócesis, a pedir por las vocaciones sacerdotales y religiosas, que no le falten a la Iglesia Riojana pastores según el corazón de Dios. Hasta el domingo, Dios mediante, que la Virgen Santísima y nuestro Patrono San Nicolás nos sigan ayudando con sus bendiciones.

24 de mayo de 1970

Homilía de la Festividad de la Santísima Trinidad

Deuteronomio 4, 32-34, 34-40 | Romanos 8, 14-17
| Mateo 28, 16-20

Alabado sea Jesucristo, amigos y hermanos radioyentes de L.V. 14, radio Joaquín V. González.

Sea el saludo para todos ustedes, queridos diocesanos de La Rioja, llegue especialmente a ustedes, pequeña comunidad de Chañarmuyo, del Dpto. Famatina, en los 25 años de la celebración de la capilla del pueblo que, en estos momentos, está celebrando la fiesta jubilar. Al Dpto. de Arauco que, en este día, en Aimogasta se llevan a cabo las celebraciones de la fiesta nacional del Olivo. Y anticipándonos, nos unimos espiritualmente a las bodas de oro sacerdotales del Santo Padre Pablo VI; lo acompañamos con nuestra oración para que el Señor derrame abundante gracia y bendiciones del cielo sobre la Iglesia Universal y le dé luz y fortaleza para guiar la Iglesia como el Buen Pastor universal.

La lectura de los pasajes de las Sagradas Escrituras que acabamos de escuchar nos servirá para hacer nuestra reflexión dominical, en esta misa radial, dedicada a ustedes especialmente, que se encuentran apartados en el interior. Presten atención: hoy la Iglesia, en su liturgia, nos presenta para la meditación la Fiesta de la Santísima Trinidad. Al principio de la Cuaresma, la Iglesia nos fue guiando con las lecturas de la Biblia, a

descubrir a Dios, como Padre, como el creador de todo lo que existe, crea la luz, las aves, los animales. Quien separa el agua de la tierra, reviste de hermosura todo el universo. Decimos, en una palabra, la creación salió de las manos de Dios. Crea al Hombre, lo hace su imagen, lo constituye el señor de todo lo creado, lo crea pareja humana, hombre y mujer, le ordena que domine la tierra, saque de sus entrañas el pan, progrese, desarrolle todo lo que está escondido en la creación para su propia felicidad y para que todo glorifique a Dios. Quiere que los hombres vivamos fraternalmente unidos, que juntos progresems y desarrollemos la creación para bien de todos.

¿Recuerdan? Todo esto muy simplemente lo aprendimos cuando niños. Ustedes saben descubrir a Dios en la creación, mejor que muchos hermanos nuestros que viven en grandes ciudades.

Porque rompimos el diálogo con nuestro Padre, quisimos independizarnos de Él porque lo consideramos estorbo en la vida (a esto se lo llama Pecado). Comenzamos a matar el amor en el corazón de cada hombre. El egoísmo, la soberbia, el considerarnos pequeños dioses. Nace la muerte, el hambre, los individualismos, el dolor, las luchas fratricidas, las guerras, el odio, la violencia entre los hombres para salvar nuestra propia dignidad o para intereses de dominio, de dinero, de placer.

Llega la Semana Santa y la Pascua. En ella Cristo es la figura Central; en la Navidad, contemplamos a Jesús, nacido pobremente. Comienza una etapa nueva en la historia de los hombres, el mismo Dios envía a su Hijo para que en Él y por Él se inicie el diálogo de los hombres con Dios Padre; se hace uno de nosotros,

hombre como nosotros, siendo al mismo tiempo Dios, un Dios escondido en la carne humana.

Cristo nos enseña el camino y el sentido de la vida, a ser hombres realizados. Hay que convertirse, volver al Padre de los Cielos, hay que entrar en comunión de vida con Cristo.

Cristo en la Cruz y en la Pascua nos reconcilia con el Padre y nos da la misma vida de Dios, nos hace hijos de la Familia Divina, Padre, Hijo, Espíritu Santo. Cristo nos congrega en un pueblo, los creyentes de Jesucristo; nos regala el don de la Fe, de la Esperanza y el Amor. Nos capacita para romper el egoísmo y aceptar entablar el diálogo y comunión de vida con Dios; nos abre el sentido de la vida con la Esperanza. Pone en el corazón del hombre la capacidad para amar, con toda la vida, a Dios y a nuestros hermanos. Nos hace fermento para ir creando entre los hombres una sociedad nueva, una comunidad nueva.

Nos entrega todo lo que Él nos Revela del Padre; nos muestra quién es Dios, Padre, Hijo, Espíritu Santo. Nos enseña cuál es el Plan de Dios sobre nosotros y sobre el mundo. Jesús instituye la Iglesia; sobre ese puñado de hombres, los doce apóstoles, deposita y entrega la misma misión que Él recibió del Padre cuando se encarnó y se hizo hombre. "Yo he recibido plenos poderes en el cielo y en la tierra. Id y enseñadles a cumplir todo lo que yo he mandado... y yo estaré siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos".

Es entonces la presencia y la permanencia del Espíritu Santo en la Iglesia, misteriosamente presente, que va llevándonos y guiándonos para que todo lo que Cristo nos reveló del Padre lo comprendamos, y la vida que conquistó con la Cruz y la Pascua la hagamos nacer en nosotros para que podamos hoy, como en-

tonces, seguir siendo los cristianos Luz, Sal, fermento, Testigos de todo esto que acabamos de reflexionar.

Ahora entendemos mejor lo siguiente: todo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es que toda la vida de cada hombre, de todos los pueblos y de la comunidad de los hombres, toda la creación, todas las cosas, lo sepamos o no lo sepamos, están marcadas y se desenvuelven dentro del Plan de Dios, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Podemos decir que la Familia Divina del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es como la cuna de la humanidad y, especialmente, de la Iglesia. Claro que sí, ese es nuestro origen y ese es nuestro destino, como persona, como pueblo, como creación. Comprendan entonces que amar al hombre y servir al hombre no está fuera del Plan de Dios, no es desviarnos de lo que quiere Dios. Si sabiéndolo explícitamente o sin saber que se está realizando el Plan de Dios, cuando se trabaja por la realización plena del hombre se está colaborando con el plan amoroso de Él.

Comprenderán entonces que comprometernos con nuestros hermanos, con nuestro pueblo, comprometerse con la vida concreta de nuestra provincia, que es nuestra diócesis, compartiendo todo lo que ella vive en sus angustias y en sus alegrías, es ser fieles a lo que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo quiere.

También es bueno recordarlo: cuando el ministerio de la palabra es ejercido para señalar aquello que, tantas veces repetido, significa no silenciar lo que impide que el Plan de Dios se realice en La Rioja²³, es un

23. En enero de 1970, el gobernador Iribarren manifestó públicamente la “molestia” del gobierno que advertía a la iglesia riojana como “elemento de una práctica negativa”. Todo esto en alusión al documento del 27 de octubre de 1969 (Documento de Los Llanos: “Comprometidos con Los Llanos”). Como respuesta a la actitud gu-

valiosísimo aporte ir creando, aunque sea fatigosamente, la comunidad o comunión fraterna entre nosotros. Es construir una Rioja nueva, como el hacer ver que toda obra (desde el alumbrado de una calle, una sala de primeros auxilios en el interior, agua para una población, abrir caminos, poner fuentes de trabajo, educar a nuestros niños, lograr que grandes obras se materialicen) significa colaborar con la obra divina de desarrollar las potencialidades de la creación, es cumplir con el mandato divino de dominar la tierra y construir una comunidad fraterna entre los hombres.

Es glorificar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en el servicio a cada hombre. Es vivir en el amor de Dios concretamente; es seguir siendo auténticos samaritanos. Porque en ese hombre desconocido, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo ha querido poner su habitación y convertirlo en su templo. Profanar y manosear de distintas maneras al hombre, es profanar la obra del Señor, es ultrajar al Señor mismo. Trabajar por la solidaridad humana es ir realizando aquí la Familia Divina que se planifica en Cristo y por Cristo para reintegrarse a la Trinidad.

bernamental, surge el documento “La Iglesia Riojana habla y sigue hablando”.

28 de mayo de 1970

Homilía en el día de Corpus

Éxodo 24, 3-8 | Hebreos 9, 11-15 |

Marcos 14, 12-16. 22-26

Sentido de este cambio de la fiesta del Corpus... Catedral presbiterio comunidad.

Esquema

Circunstancias de esta Celebración, cotidianas e históricas.

Sacramento de lo cotidiano

Pan, cuerpo, vida, muerte, pan de vida eterna.

Vino, Sangre, Pan y Vino... Pan y Trabajo, Festín de la vida...

Cotidiano y el disfrute, reposo, descanso, ocupación, preocupación.

Pan es estar en el otro. El trabajo es con el otro, el reposo es con el otro...

Pan de la Palabra y de la Eucaristía...

La Eucaristía y lo cotidiano...

La Eucaristía y el amor...

Desarrollo

Mis buenos hermanos y amigos: en la Instrucción de la Sede Apostólica, sobre el culto a la Santísima Eucaristía, como sacramento permanente, se dispone que cada Obispo juzgará sobre la oportunidad de las procesiones, especialmente en el día de Corpus. Por eso, hemos juzgado, analizadas las circunstancias actuales, que el sentido de la procesión se va perdiendo paulatinamente en la sociedad actual.

Por eso se ha creído que en este día dedicado a la Acción de Gracias y a la adoración a Cristo Nuestro Señor en la Eucaristía, como fruto y relación con el Sacrificio Eucarístico, fuera en esta Iglesia Catedral, en la forma que lo estamos haciendo: una tarde de adoración y meditación guiados por la Palabra de Dios y su presencia real en el Sacramento Eucarístico, para concluir con esta celebración, que cobra todo su sentido de comunidad eclesial, por el lugar, la Catedral, donde la Eucaristía realizada aquí le da sentido a las eucaristías celebradas en toda la diócesis. Por el signo sacramental del orden sagrado, el obispo y su presbiterio, que la celebran en esta mesa eucarística; por la asamblea cristiana, de religiosas y laicos, donde todos sentimos, vivimos y actualizamos la comunión de personas por el Espíritu Santo, en Cristo y en Él reflejamos la vida y la comunión con la Trinidad.

Toda celebración con la Eucaristía, toda comunidad que la celebra, lleva consigo sus circunstancias de vida cotidiana y los signos de los momentos históricos en que vive. Es decir que no celebramos esta Eucaristía desconectada de la vida que a diario vivimos con las múltiples preocupaciones de cada día, ni desconectada como expresión de unidad y caridad, que como comu-

nidad o pueblo debemos dar en las circunstancias históricas en que nos toca vivir.

Profundicemos un poco nuestra meditación en este día de Corpus. La Eucaristía es el Sacramento de lo cotidiano. Lo primero que recogemos de nuestra experiencia es el Pan. Es lo cotidiano, lo decimos diariamente: "El pan nuestro de cada día". Él se ha constituido como símbolo del cuerpo, del cuerpo viviente, de la vida del hombre. El pan alimenta, da vida. Por contraposición a la vida está la muerte; no solamente porque hay pan que alimenta la vida manteniéndola en su propia debilidad, en su dimensión débil y mortal, sino porque no alimenta "para la vida eterna". El maná es un ejemplo de ello; es necesario un pan que pudiera convertirse, mientras vivimos aquí en la tierra, en el tiempo, de errante en peregrino. Un pan "espiritual", un pan que alimente para la vida definitiva, que lleve hasta el encuentro con el Padre de los Cielos.

La misma consideración podemos hacer con el vino; es símbolo de fortalecimiento, de alegría. Hay vino viejo y vino nuevo, vino adulterado y vino lleno de espíritu. También como en el pan, hace falta un vino que fortalezca para la vida eterna.

Pan y vino son símbolos del cuerpo y de la sangre. Unidos constituyen al hombre viviente. Pero pan y vino pueden estar separados, significa la sangre derramada y separada del cuerpo. Pan y vino separados se constituyen como símbolo de la muerte. El pan y el vino expresan que el vivir y el morir tienen carácter de lo cotidiano. Lo cotidiano es el cruce de la vida y la muerte; en otras palabras, el Paso de la vida a la muerte, pero lo cotidiano puede significarnos el paso de la muerte a la vida, la vida rescatada por la muerte y en la muerte.

Siguiendo con el símbolo del pan, en lo cotidiano nos puede faltar el pan. La existencia siente entonces que está expuesta y amenazada por el hambre, la enfermedad y la muerte; desfallece el hombre. Usando una imagen bíblica, a la vida se la compara con un banquete, el hombre viviendo participa del festín de la vida, en lo cotidiano hay quienes no participan o participan poco. El banquete en la Biblia implica una participación plena de la existencia, que le da el pan necesario para no desfallecer y el pan que nos da la plenitud de la vida en Dios. Pan y Trabajo: significa el pan el acto de comer cotidianamente, está en relación con la actividad mediante la cual se obtiene el pan, el Trabajo.

La vida se da como búsqueda y lucha diaria por el pan; supone el esfuerzo humano. De este modo, el trabajo es incorporado a la intención fundamental de la vida, la intención de mantenerse, conservarse y perpetuarse. Así adquiere dentro de esta intención un sentido y un gozo la vida. Manifiesta el aspecto penoso, por otra parte, el aspecto penoso del vivir. Esto requiere el esfuerzo del trabajo, el desgaste de la labor diaria; carácter aún más penoso cuando al hombre le falta el trabajo, cuando al hombre no le es permitido luchar por la vida. Aquí lo cotidiano se convierte en ausencia de pan y aparece la perspectiva de la muerte a través de la "experiencia" de la desocupación, que va más allá de la simple experiencia de no comer. Accede el desocupado al sentimiento de marginación (no participación en el banquete de la vida). La erradicación de no tener lugar en la existencia, a la amarga sensación de un mundo y de una sociedad que parece persuadirlo de que él está de "sobra".

Lo cotidiano es también el disfrute del trabajo y de los frutos obtenidos, disfrute que se traduce en el salario obtenido, en el acto de reponerse comiendo

pan, de saciarse y quedar satisfecho. Cada noche trae consigo el descanso; cada día adquiere una anticipación del domingo; cada día se anticipa algo del domingo. Pero el tiempo diario del reposo puede verse amenazado por formas de muerte: quien no trabaja, quien no tiene para comer, quien no tiene ocupación para interrumpir, descansando es invadido por la preocupación, en un ocio que consiste en impotencia, esterilidad; le anula el reposo interior.

Pero el pan no es solamente material que alimenta el cuerpo. En el lenguaje cristiano se habla del "Pan de la Palabra" y del "Pan de la Eucaristía". Ambos están en íntima relación. La palabra implica una búsqueda, un esfuerzo, un trabajo, una sabiduría. La Fe es comida, es alimento; debe ser asimilada por el hombre; preparación esforzada: el aprendizaje. Hay que ser iniciado en la sabiduría de Dios, hay que ser evangelizado y catequizado por la palabra de Dios.

Y tiene un reposo. El alimento de la Fe lleva a la contemplación gozosa, reposo espiritual, convierte a la vida del hombre en una celebración dominical, una celebración de la vida que no acaba, que se realiza plenamente porque estamos unidos a la misma Vida que es Cristo. Como en el pan material, la carencia del pan de la Fe, de la palabra puede convertir lo cotidiano en formas de muerte por no tener acceso al saber, no captar el sentido de las cosas y de la vida, por considerar la historia como un cuento y no saber leer interiormente lo que Dios va construyendo. El hombre no se logra con ser hijo (procreado) sino que requiere también ser discípulo. Lo cotidiano es pan, o sea, el vivir. Pero vivir es una forma de estar con el "otro", vivir es convivir, vivir es ser solidarios. Así como el pan se lo come con otro, se lo recibe de otro, se lo come conversando con otro. Comer el pan es un acto de participación en el otro.

El trabajo, cuyo fruto es el pan, es trabajo con otros; con otros que ayudan y son ayudados. El trabajo es camaradería, es esfuerzo común. En él se complementan las fuerzas y los esfuerzos. Nuestra vida moderna nos habla de la interdependencia de los hombres en el trabajo. Se trabaja para otros: para la esposa, los hijos, la nación, para el pobre, el necesitado; se trabaja para dar, para integrar los hombres a un grupo; para lograr la comunidad entre los hombres.

También el reposo, que es exigencia del trabajo, asume formas sociales, comunitarias. El domingo se da como fiesta, como tertulia, como encuentro.

Si el pan es el "otro", cuando falta el pan material o el pan espiritual sentimos la ausencia del otro, la falta de amistad, las diversas formas de las indiferencias, el odio. Aquí lo cotidiano aparece como soledad y aislamiento, la muerte cobra la forma de ruptura, desencuentro, egoísmo.

Hermanos y amigos, los hombres necesitamos darle sentido a todo eso que lo decimos con el concepto de lo Cotidiano. Cristo es el que le da sentido a lo cotidiano, que convierte la vida en una celebración, que pone en las manos del hombre el pan material y el Pan espiritual, para que los hombres sepamos convertirlo en comunión entre nosotros. Él es la Palabra, el Pan descendido. Esta conversión de lo cotidiano en celebración es lo que debe ser realizado a través de la historia a medida que avanzan los días. Es realizar en lo cotidiano la experiencia de una existencia vivida en la Fe, la Esperanza y la Caridad. A través de una expresión hecha comunidad eclesial, visible y testimonial.

Es realizar la gran novedad traída por la Pascua del Señor, en esta Iglesia Local Riojana, que se reúne en torno al Pan Eucarístico; Eucaristía que alimenta

y construye la Iglesia Local. Así la vida de cada día es asumida festivamente, a través de la vivencia de las virtudes teologales la vida se deberá ir dando como renovación. Así creemos que la vida vence a la muerte, así nace la esperanza, ahora se puede amar, sabiendo que el amor es más fuerte que la muerte. La Eucaristía se da como expresión de vida cotidiana, como exigencia y dinamismo que convierte y renueva la vida de una comunidad. La gracia eucarística se ordena a mantener viva la celebración cotidiana de la existencia convertida por el Bautismo, en criatura nueva.

La Eucaristía simboliza que Cristo ya ha venido y resucitado, pero que él debe aún retornar. Signo de anticipación que celebra que por la Pascua se ha introducido la vida nueva en la historia, como principio de transformación real del mundo. La existencia humana está aún bajo la ley de la imperfección, del límite y de la muerte; que Cristo se ha encarnado en lo cotidiano y que los cristianos debemos asumir las formas de la vida cotidiana que está ordenada a mantener una vida pas-cual puesta en riesgo por la vida de todos los días, expuesta a recaer en lo viejo, a hacer retornar al hombre a su antigua condición, sacramento de una vida que ha de ser cotidianamente rescatada de las cosas de cada día.

La Eucaristía construye la comunidad eclesial; reúne las conciencias, las intercomunica y mueve a salir al encuentro de nuevas conciencias a quienes se comunique la experiencia de la Buena Nueva, la experiencia de la Palabra, de la Sabiduría, engendradora de caridad, el sentido del servicio a los demás. Es la que nos empuja a la entrega a los demás, hasta el martirio, la que pone la vocación y las exigencias de seguir construyendo el Cuerpo de Cristo.

Mis hermanos, este año como el año pasado, la fiesta del Corpus está rodeada de tensiones y de acontecimientos dolorosos ante los cuales no nos es lícito ignorarlos o permanecer indiferentes.

Es la comunidad de los argentinos la que se resquebraja; la fuerza, el miedo, el choque de generaciones, hechos que no concuerdan con una sociedad que se dice civilizada, nos debe llevar a todos a hacer una seria y profunda reflexión para analizar las causas que llevan a este estado de cosas. No seamos superficiales en nuestros juicios y opiniones, no nos quedemos en el hecho o en la anécdota. Así no construiremos una comunidad de hombres libres, unida en la caridad de Cristo y expresión para nosotros los cristianos, en esta Eucaristía que celebramos, mientras un mundo se construye marginado del Evangelio, o por lo menos de la Iglesia. Revisemos nuestras actitudes cristianas como adultos y como jóvenes, si construyen un pueblo unido que sepa dar razones a las generaciones venideras de sus acciones y de su existencia.

Dios nos está reclamando algo por medio de la juventud. En la juventud encontramos valores y contravalores. La impaciencia de los jóvenes, ¿no estará despertando nuestra somnolencia? La protesta de los jóvenes, ¿no estará sacudiendo nuestro excesivo estatismo, nuestra resistencia a los cambios auténticos y verdaderos que hoy impone la sociedad y la misma Iglesia? La agresividad de los jóvenes, ¿no estará alertando nuestro conformismo y nuestro aburguesamiento en la vida? El excesivo idealismo de los jóvenes, ¿no estará llamando a un mayor realismo y testimonio de vida evangélicos?

7 de junio de 1970
Homilía Radial²⁴

Saludos:

Periodista: fidelidad a la Verdad
objetividad del acontecer
servidor de la liberación
leer los signos
constructor de la comunidad

1. Semana marcada: Periódicos - Radios - T.V.

- Desencuentros
- Desequilibrios
- Juventud
- Miedo
- Marginamientos
- Esperanzas
- Esfuerzos

2. Iglesia S. Nicolás

- Una Palabra que señala los desequilibrios
- Una Palabra que brinda la solución: Fe – Cristo
- Una Palabra exigente - conversión
- Una Palabra que engendra comunidad y Encuentro Esperanza
- Una Iglesia: que se hace Mensaje

24. Transcripción de manuscrito.

- Diálogo
- Comunicación (Pablo VI)

3. Una técnica

- Un poder
- Desarrollo
- Dolores
- No somos culpables; son otros
- Nuestros hermanos son cosas...
- La semilla evangélica

4. Respuesta

- La Fe es: reintegrar en la unidad de Cristo lo desintegrado por el pecado
- La Fe es: Alguien, el Señor
- Respetuoso de la libertad
- Ofrecimiento liberador
- Responsabilidad ante Dios y la Historia
- Es opción de cada día
- Es certeza
- Molesta – inquieta
- Sentirse pecador y salvado
- Certeza del Reino
- Adhesión de todo nuestro ser
- Es entrar en comunión con Cristo
- Que acepta este hecho: Cristo
- No solo creer en Dios sino servir al hermano
- Rezar con la Biblia
- Madurarla
- Comprometerse

5 de julio de 1970
Fiestas Cincuentenarias de San Nicolás

Hermanos y amigos. Peregrinos venidos de otros lugares de la Patria, peregrinos de Cruz del Eje, para ustedes riojanos que siguen esta clausura de las Celebraciones de San Nicolás, desde el interior de la provincia, a través de los micrófonos de L.V. 14 de la Rioja.

En un día como este, hace veinticinco años, el entonces primer Obispo de La Rioja, nuestro hermano en el episcopado, Froilán Ferreyra, le decía a este mismo Pueblo Riojano: "Venid, ensalcemos al Señor... Aclamemos a Dios Nuestro Salvador, dándole acciones de gracias por haber favorecido nuestra ciudad y provincia con tan prodigioso protector y padre –San Nicolás–, sensible a nuestras súplicas y custodio admirable de todo un pueblo".

Era el mismo San Pio X quien obsequiaba a La Rioja la aureola que lleva hoy esta venerada imagen de San Nicolás, por medio de un riojano, Juan Abel Bazán y Bustos, Obispo de Paraná.

Porque, hermanos, en el afecto y en la Fe en Jesucristo, estas celebraciones que hoy vivimos, junto a esta Santa Iglesia Catedral y Basílica de San Nicolás, son un signo elocuente de que San Nicolás ha pene-

trado profundamente en el alma del Pueblo Riojano y se glorifica de tenerlo por Patrono de esta diócesis riojana. Perdura a través del tiempo como si llevara la sustancia de algo permanente, a pesar de los cambios profundos y acelerados que sacuden los cimientos de nuestra sociedad contemporánea. El secreto está en la permanente actualidad y frescura del Evangelio. Simbolizado en el libro que sostiene esta imagen de San Nicolás, respuesta siempre actual como Buena Noticia, diálogo de Dios Padre, por su Hijo Jesucristo con los hombres de todas las épocas y de todos los momentos más difíciles de la historia.

No celebramos un acontecimiento histórico que poco le diga a nuestra generación presente y actora de una sociedad distinta de aquella de Pio X, Bazán y Bustos y Froilán Ferreyra. Para reinterpretar su significado y su contenido, buscando una respuesta a nuestros problemas y modo de vivir, nos hemos hecho guiar por la misma Palabra de Dios, por el mismo Evangelio de Jesucristo, al que San Nicolás modeló su vida de hombre y cristiano, y sirvió a su pueblo con profunda santidad y sabiduría, como Obispo de la Iglesia de Cristo, dejándose poseer por el Espíritu Santo para poder ser el Buen Pastor que reclamaba su pueblo.

No celebramos el encuentro con la Imagen milagrosa, con el San Nicolás poderoso, ni con el Santo extraordinario que pareciera hacernos perder su dimensión de hombre como nosotros. Tampoco rendimos adoración a una criatura, aunque santa, adoración que es debida al Padre de los Cielos por Jesucristo en el Espíritu Santo.

La meditación de la Palabra de Dios contenida en la Biblia nos hace redescubrir y actualizar hoy, en nuestras propias vidas, como personas y como comu-

nidad, que a ejemplo de los profetas del Antiguo Testamento, de la misma vida de Pablo, Nicolás y de todos los santos, debemos partir de la pobreza de nuestra condición humana, de nuestras limitaciones y debilidades humanas, de nuestra condición de hombres frágiles, para que en la aceptación y fidelidad a la intervención de Dios en nuestras vidas, nos convirtamos en hombres interiormente libres, actores de las maravillas que Dios obra en nosotros, cuando convertimos la vida en un permanente servicio a nuestros hermanos, sin distinción alguna.

Estas celebraciones nos han llevado a peregrinar por los caminos de nuestra historia y de nuestra tradición. Si lo hemos hecho, ha sido para recoger las lecciones del Evangelio vividas por este mismo pueblo, con todas sus luces y sombras; con sus realizaciones, debilidades y fracasos; con su grado de madurez en la Fe y compromiso cristiano.

Porque hablar de San Nicolás, encarnado en la vida y fisonomía del pueblo riojano, es evaluar la experiencia realizada por un pueblo que asumió al Evangelio y a la Fe de Cristo como lo constitutivo de su ser, traduciéndolos en su cultura, instituciones y formas de vida. ¿Fue ineficaz el Evangelio? ¿Sus exigencias fueron asumidas en todas sus consecuencias en la vida privada y pública? Nos toca a nosotros recoger las lecciones y reflexionar para construir nuestro futuro.

Si San Nicolás está enraizado en el corazón de nuestro pueblo, lo ha sido porque la Iglesia acuñó su historia, la iluminó y la sigue iluminando según el Plan de Dios, interiorizando en cada riojano la semilla de la Palabra de Dios, convocándolo a construir una comunidad de hombres nuevos, regenerados por las aguas del bautismo y haciéndolo descubrir el Amor de Padre

para con todos los hombres. Amor operante cuando nos comprometemos con cada hombre, asumiéndolo como es, y con él celebramos la Pascua en cada ceremonia eucarística, celebrada en esta bendita tierra desde que Ramírez de Velazco la fundara y hasta hoy, que la celebramos en cada rincón de nuestra provincia y con sabor a fiesta grande en este acontecimiento.

Si miramos con ojos un poco de niños, las páginas sencillas y heroicas de nuestra tradición, lo hacemos para reactualizar nuestra propia fisonomía e identidad, como pueblo riojano. No lo hacemos ni lo debemos hacer para dar las espaldas a nuestra hora presente y a nuestra sociedad actual, marcada por la técnica, la ciencia y el progreso en todos los campos de la actividad humana. Queremos asumir nuestro presente con la misma valentía y bravura de aquellos hombres que se supieron jugar acertados o no, no importa, por un ideal y por una causa grande. Como San Nicolás la tuvo para su tiempo, también nosotros queremos tener la misma fidelidad a un Evangelio y a una Fe cristiana, que no sean reducidos a los recintos de los templos ni para usarlos, ni para hacer bellos discursos.

Porque llevar el Evangelio con la vida, más allá de los muros del templo, significa asumir la misma misión y tarea de Jesucristo para con nuestros hermanos los hombres, como pueblo, como comunidad cristiana, comprometida con toda la situación de nuestra provincia. Esto implica hacer grandes opciones en la vida de cada uno de nosotros, sacerdotes, religiosas y laicos, diría más, en cada hombre que busca a Dios con sincero corazón.

Esta opción nos debe llevar para ser luz, sal, fermento, signo, servicio al otro, conversión de mente y corazón, compromiso personal. Qué difícil es tener un

interior evangélicamente disponible a las exigencias de la Fe y a los reclamos y necesidades materiales y espirituales de los demás. Mientras sigamos buscando mil razones para no romper con nuestro aburguesamiento, nuestros propios criterios y nuestro egoísmo, seguiremos buscando respuestas para darle sentido y justificativo a nuestra existencia y nuestros hermanos, esperando descubrir el signo vivo y traducido de que Jesucristo es el Salvador y Liberador del hombre. Porque tuve hambre y no me diste de comer, tuve frío y no me vestisteis, fui peregrino y no me acogisteis, ignorante y no me enseñaste, enfermo y no me visitaste. Porque si el sarmiento no está unido a la vid, hay que cortarlo, porque para nada sirve, porque sin mí nada podéis hacer, porque el que dice que ama a Dios y no ama, es decir, sirve, se juega por el hermano, es un mentiroso y homicida.

Porque amar no es quimera, no es sentimentalismo, no es palabra de enamorados. Amar es comprometerse, es caminar juntos, es saber renunciar a lo mío en la medida que descubra la verdad en el otro. Amar no es tener miedo a descubrir las situaciones de nuestros hermanos, si ellas son indignas del hombre, ya sean en lo material o en lo moral. Amar es ser hombres de oración y buscar juntos las soluciones a los problemas que nos agobian. Amar es saber descubrir en cada riojano la presencia del Dios invisible.

San Nicolás se constituye en ejemplo de actitud cristiana y pastoral en sus relaciones con quienes tenían la responsabilidad de la comunidad temporal. Es bueno y necesario decir una palabra a este respecto. La Iglesia riojana se ha trazado una definitiva orientación y líneas pastorales que quieren cada vez más ser fieles al Concilio Vaticano Segundo y al compromiso que

asumimos los obispos latinos americanos en nuestra Segunda Conferencia realizada en Medellín.

Concretar esto en nuestra Diócesis, a nivel de Pueblo de Dios y como respuesta efectiva a la situación de nuestra provincia, suponen trabajo, no de un día, sacrificios, tensiones y cambios de actitudes, no fáciles de lograrlos.

Lo que no podemos aceptar, por fidelidad a la misión encomendada por Jesucristo, es renunciar a hablar cuando es exigido por el Evangelio para el mejor servicio a nuestro pueblo. Lamentamos mucho que quienes no comprenden la misión de la Iglesia ni les interesa, que quienes desconocen –aun en medio de sus tensiones purificantes dentro de la Iglesia– el contenido Conciliar y del Magisterio, la consideren como obstáculo, traba y entorpecimiento de la acción del Estado en todas sus formas y dimensiones. La Iglesia no quiere dádivas ni ser silenciada por privilegios.

Nuestra tarea es ayudar a que el hombre se realice como tal. No tenemos ningún derecho de privárselo al hombre riojano, son limpias nuestras intenciones, no queremos buscar la solución a nuestros problemas por la violencia, en cualquiera de sus formas. Pero no seamos ciegos ni le neguemos los derechos fundamentales a nuestro pueblo, porque de lo contrario se verá forzado a buscarlos en la violencia.

Sabemos que es relativamente fácil denunciar, pero también esto es una forma de servir a nuestro pueblo y concretar su promoción con la acción. Por eso alentar las esperanzas, que tienen su fundamento en Cristo, aunar esfuerzos, convocar a todos sin distinción, para que juntos labremos las soluciones a nuestros problemas, es exigencia de la hora en que vivimos. Con resentimientos, halagos y engaños de nuestra real

situación no construimos, destruimos. Salva una vida el médico que, diagnosticando el mal, no se deja llevar por consideraciones superficiales e inconscientes, y aplica el bisturí y no aquel que renuncia al cumplimiento de su misión profesional por escuchar voces que lo llevan a ser infiel a su responsabilidad ante la salvación del enfermo.

No pretendemos imponer la Fe Cristiana por decreto. La Fe es la respuesta libre que el hombre debe hacer a Dios en el secreto de su conciencia, usando la prerrogativa que Dios le ha dado, la Libertad. Tampoco es tarea y misión de la Iglesia ni de los cristianos entrar en una acción competitiva con las obras del Estado o de las entidades intermedias. Como cristianos debemos unirnos con nuestros hermanos y con todo hombre de buena voluntad para construir juntos la felicidad de la comunidad de los hombres en su integridad.

Cree esta Diócesis que el esfuerzo que están realizando ustedes cristianos en las jornadas pastorales en los distintos decanatos²⁵ es un valioso aporte a la solución de los problemas en que está empeñada la provincia. Esperamos que así sean interpretadas. Mientras no exista una elemental actitud de buena voluntad en todos, gobernantes y gobernados, detendremos el desarrollo integral de nuestro pueblo.

Es hora de clausurar estas Celebraciones Cincuentenarias de San Nicolás. Esta sea nuestra sencilla y sincera oración: Te pedimos que nos sigas acompañando como pueblo que aún peregrina, que el Reino del Padre de los Cielos se realice en plenitud en esta tierra riojana, que no nos falte nunca la luz, la fortaleza y la

25. En estas "Jornadas pastorales" se convocaba a todos los sectores de cada comunidad a realizar un buen diagnóstico de las situaciones locales, en el intento de concretizar los lineamientos de las jornadas diocesanas de mayo de 1969 (Documento del Carmen).

gracia de Jesucristo para continuar trabajando por el desarrollo de La Rioja. Que autoridades y pueblo seamos fieles a los designios que Dios Nuestro Padre tiene trazados en nuestra provincia; que esta Iglesia Diocesana se siga renovando, según el Evangelio, interior y exteriormente, que con nuestras vidas seamos siempre el Signo claro y sencillo de la Liberación que Cristo nos trajo. San Nicolás, bendice a tu Pueblo Riojano.

9 de agosto de 1970

Sentido de la Colecta Nacional

Saludos a los peregrinos venidos de las otras provincias a la fiesta de San Francisco Solano en las Padercitas. A los enfermos del Hospital Plaza, Sanatorios y otros hospitales.

Alabado sea Jesucristo. Amigos y hermanos:

Hoy, en todo el país, se realiza una colecta para constituir un Fondo Nacional para ayudar a las Diócesis del País que se encuentran en lugares necesitados y subdesarrollados. Una Campaña Nacional titulada: Más por menos, es decir, que los que tienen más presten su apoyo no solo material sino espiritual a los que tienen menos, en el deseo de ayudarlos en su promoción integral como verdaderos hijos de Dios.

Si alguien entiende el pedir limosna como un querer sacar dinero, que humilla al que la pide y cree quedar tranquilo el que la da, sin comprender el cristiano sentido de la comunicación de bienes para que todos los hombres seamos un poco más felices, le sugiero que no dé un centavo. Sé que hablar de colecta es un tema odioso, y lo comprendo, porque pocas veces hemos pensado que somos solamente administradores de los bienes que nos da Dios y no dueños; que los que

tienen menos o los que no tienen nada, quien se halla en situación de necesidad extrema, tiene derecho a tomar de la riqueza ajena lo necesario para satisfacer sus elementales necesidades. Así nos hablan los Antiguos Padres de la Iglesia y el Magisterio de la Iglesia. Si se pudiera pensar que “los curas siguen pidiendo plata”, les rogaría, con todo respeto, que no pongan un centavo.

Dejemos de lado si nuestro país es un país pobre o sociológicamente subdesarrollado. Lo cierto es que es un país donde la riqueza está mal distribuida, concentrada en manos de pocos y absorbida en grandes centros urbanos y en determinadas regiones favorecidas por climas y tierras prósperas.

Pero sigue clamando al cielo las situaciones in-frahumanas, por ejemplo, en nuestro norte argentino y, concretamente, en nuestra provincia. Por supuesto que nuestra diócesis es una de las que necesita ser ayudada por quienes más tienen, pero no nos exime de partir nuestro único pan con quienes no tienen ningún pan para comer.

Todos somos culpables en nuestra sociedad actual de tales situaciones, la culpa es proporcional a la responsabilidad que tenemos y al acceso a los bienes que poseemos. Describir en nuestro caso situaciones de extremas necesidades, no solo en nuestra ciudad sino también en el interior de la provincia, sería caer en repetir lo que tantas veces hemos dicho. Cerrar los ojos a estas realidades es entristecer al Espíritu Santo de Dios que nos ha marcado con un sello de redención y de liberación gozosa, para ser felices. Pienso que, para muchos, el hablar hoy de una colecta está fuera de lugar, cuando cada día leemos en la prensa que crece la violencia, que sacerdotes y laicos toman diversas pos-

turas ante la realidad de hoy; que, aun quienes no tienen autoridad para hablar en nombre del Evangelio, de la Iglesia de Cristo, del Divino Maestro (como se lo ha leído en estos días), se han convertido en paladines de la Fe, de la caridad cristiana, de la paz y de la justicia²⁶.

Este Fondo Común que queremos constituir, que no será sino una gota de agua para solucionar los gravísimos problemas de nuestros hermanos necesitados de tantas cosas y sobre todo de un amor efectivo y auténtico de hermanos, nos debe llevar a cuestionarnos muy seriamente, desde la Fe y desde el Evangelio, nuestra manera de vivir como cristianos y como argentinos frente a las situaciones inhumanas de nuestros hermanos. Claro que no queremos la violencia, que vivamos desencontrados y divididos los argentinos, pero tampoco queremos perder el tiempo en discusiones, si la violencia es lícita o no, y con el silencio cómplice o con actitudes no comprometidas desde nuestra Fe cristiana.

Porque, amigos y hermanos, en la amargura, en las actitudes cerradas para ver qué nos quiere decir Dios Nuestro Señor, en todas las situaciones en que vive nuestro País, en la desconfianza, en los insultos y toda clase de mentiras, como dice San Pablo, no se puede construir. Necesitamos actitudes nuevas, disponibilidad personal y comunitaria para responder con obras a las necesidades de quienes sufren; salir del egoísmo, cambiar maneras de pensar y estructuras que oprimen; no defender nuestros propios intereses, si ellos detienen el cambio y la liberación querida por Dios.

26. Monseñor Angelelli, como responsable de la fe en la diócesis, desautoriza al gobernador Iribarren que, a través de la prensa, había utilizado referencias evangélicas a la “corrección fraterna” para criticar el documento “La Iglesia Riojana habla y sigue hablando”.

Se dan cuenta que el sentido de esta colecta va más allá de juntar dinero, nos lleva a una conversión de vida. Gobernantes y gobernados, no nos engañemos a nosotros mismos. Esto supone mucha sinceridad, humildad, honestidad en nuestro proceder. Las generaciones jóvenes no quieren más la mentira, buscan la verdad y la autenticidad vividas y hechas testimonio de vida. En el fondo de cada grito, de cada violencia, de cada acontecimiento lamentable, está el silencio y la desesperanza de miles y miles de hermanos que no creen en la vida y en nuestras declamaciones. Está la voz de Dios que nos sacude y nos despierta para que amemos de verdad e imitemos a Dios Padre, como hijos suyos muy queridos.

Si nos perturban los acontecimientos que a diario leemos en los medios de comunicación social, está la amonestación de Jesús a los apóstoles, en el lago de Tiberíades: “Hombres de poca Fe, ¿por qué teméis? Tenemos la fuente de donde sacar la luz y la serenidad para ver y obrar. Es Cristo, el Pan vivo bajado del cielo, quien nos da la fortaleza para seguir caminando”. No perdamos las esperanzas ni nos asustemos por las dificultades del camino de la vida. Somos invitados al convite de la vida, no de la muerte. Ayudemos a nuestros hermanos a que se puedan sentar todos en el convite de la vida; en la medida en que lo hagamos iremos quitando las causas que originan violencias y muerte.

Hermanos, mientras el Señor nos da la vida, administrémosla bien. Mientras tengamos el tiempo a nuestra disposición, practiquemos el amor. Romper el propio egoísmo, comprometernos con quienes necesitan de nuestro dinero, de nuestra palabra, de nuestra sonrisa, de nuestro esfuerzo, de nuestra vida hecha servicio a los demás. Os aseguro que el que cree, tiene la Vida Eterna. Creer es tomar en serio la Fe que recibi-

mos en nuestro Bautismo. Esta semilla de Vida Eterna sembrada en nuestro interior por este bautismo es la que seguirá cuestionándonos todos los días. No apaguemos su voz, porque es la voz de Dios. Arriba, porque nos falta mucho camino por hacer.

30 de agosto de 1970

Homilía Radial

Deuteronomio 4, 1-2. 6-8 | Santiago 1, 17-18. 21b.
22. 27 | Marcos 7, 1-8a. 14-15. 21-23

Amigos radioyentes de L.V. 14. Alabado sea Jesucristo. Saludos a las Comunidades y Pueblos que hoy celebran las fiestas patronales de Santa Rosa de Lima: Patquía, Auanco, Anguinán, Nacate, Ñoqueve.

Celebraciones: Día del Ferroviario - Joc internacional.

Homilía - Domingo vigésimo segundo

No podemos leer y meditar la Palabra de Dios y ser indiferentes ante lo que pasa en la vida, como si esta Palabra no tuviese nada que decirnos hoy. Otro hecho doloroso y lamentable acaba de sacudir nuestra Patria²⁷. Más que nunca es preciso no perder la serenidad de espíritu ni la dimensión de los hechos violentos que están sucediendo. Todos anhelamos encontrar juntos los

27. "Otro hecho": podemos suponer que se refiere al secuestro y posterior ejecución del ex presidente de facto, Pedro E. Aramburu (mayo - julio de 1970), y al asesinato reciente (27-08-70) del dirigente gremial, José Alonso, Secretario General del Gremio del Vestido.

caminos que nos lleven a reconstruir una comunidad, entre nosotros argentinos, con los verdaderos fundamentos de la Paz.

Quizás nos sobren demasiado los juicios apresurados para condenar y nos falte mayor reflexión, serena, objetiva, hasta audaz, para profundizar, analizar y descubrir las causas que nos llevan a tales extremos. Moisés en la Primera lectura de esta celebración, nos dice: "Escucha los mandatos y decretos que yo os mando cumplir", es decir, escuchen lo que el Señor les habla y les dice que cumplan. Estos mandatos serán nuestra sabiduría e inteligencia a los ojos de los pueblos. La nación que los pone en práctica será un pueblo sabio e inteligente. Santiago nos dice: "Acepten la Palabra de Dios que ha sido plantada y es capaz de salvarlos, llévenla a la práctica y no se limiten a escucharla; si solo la escuchan se engañarán a sí mismos".

Y si nos detenemos un poco en la tercera lectura, el Evangelio de Marcos, qué duro se muestra con los fariseos y los letrados que se escandalizan porque los discípulos comen sin lavarse las manos: "Bien profetizó Isaías de vosotros, 'hipócritas', este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí, el culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos, dejan de lado los mandamientos de Dios. Lo que sale del corazón del hombre es lo que hace impuro al hombre". Y detalla: "del corazón del hombre salen los malos propósitos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad".

Otros son los criterios que Cristo nos deja para regular nuestra conducta privada y pública, los encon-

tramos en las Bienaventuranzas, el llamado Sermón de la Montaña (Mateo cap. 5).

Y otras son las actitudes en la conducta diaria que nos señalan la religión pura y verdadera a los ojos de Dios, y que según ella seremos juzgados: las llamadas Obras de Misericordias corporales y espirituales. Concretamente, el servicio a nuestros hermanos.

Si hay una palabra dura en el Evangelio, es aquella de Cristo a quienes escandalizan a los niños, a los pequeños, a los débiles, a los pobres. "Más le vale que le echen una piedra de molino al cuello y lo echen al mar" (Lucas 17, 2). El mismo será un escándalo: "todos ustedes se escandalizarán de mí" (Mateo 26, 30). "Feliz el que no se escandalice de Mí" (Mateo 11, 6).

Hay un solo modo de no escandalizarse de Cristo: hacerse como los niños, sencillos, pobres interiormente. Es decir, que Cristo llegue de tal manera a cuestionarnos nuestra vida, que arranque de nosotros la decisión de convertirnos de mente y de corazón. ¿Ven? Hace falta ser Hombres Nuevos, rehechos en la santidad y en la justicia según Dios, y no según la medida de nosotros los hombres.

Hoy también, cuando los hombres somos cuestionados por el Evangelio, nos escandalizamos; muchas veces es la lucha interior para dejar una vida e iniciar otra según las exigencias de la Fe. Se escandalizaron de Juan XXIII, porque convocó el Concilio. Se escandalizaron de Pablo VI, porque entregó al mundo una Encíclica *Popularum Progressio*, porque se abrazó con el Patriarca Atenágoras o porque los Bonzos Budistas envían mensajes secretos de esperanza a Pablo VI.

Entendámonos bien: Bendito sea el Señor que nos da su gracia para que no nos escandalicemos de un Cristo, Dios y Hombre, crucificado en la Cruz y resuci-

tado para entregarnos el verdadero sentido de la vida y el fundamento de la esperanza y de la Paz.

Hoy parecería que hablar de vida, esperanza, Pascua, fuera una cosa de otras épocas, porque los cristianos hoy no seguimos siendo los testigos apasionados de la vida. Hace poco un joven me preguntaba: "desearía saber por qué usted se ha hecho sacerdote y qué significa la Fe en su vida". Es una pregunta que cada uno la puede responder, testigo y servidor-ministro de la Vida y del sentido de la existencia.

Hoy creo que seremos testigos de esta vida nueva, de la Fe que transforma y ayuda a caminar a nuestros hermanos, si sabemos advertir que lo que necesitan para conocer la luz de la verdad sea la mirada amiga y caliente de su prójimo, sentir la esperanza y el bien en nuestras manos abiertas a la generosidad y en nuestro corazón cargado de comprensión, de capacidad de diálogo, de amistad, de confianza. Quizás nuestros hermanos, los débiles, los niños, los pobres, los que buscan sinceramente, reclamen de nosotros cristianos, especialmente si en la vida hemos tenido la gracia de tener caminos abiertos para encontrarlo, que no seamos duros en los juicios, cerrados y vueltos sobre nosotros mismos, sin reflejar en nuestros rostros la serenidad que nace de la presencia de un Dios vivo, escondido en nuestro ser.

Rompamos nuestros pequeños mundos, muchos de ellos prefabricados, mezquinos, egoístas, faltos de caridad y sin fundamento en la verdad, para dilatar nuestro corazón y nuestra mirada al gran mundo, al de todos los hombres, al que quiere Dios que seamos servidores y constructores y no sembradores y vaticinadores de pesimismo, desgracias, rencores. Ayudemos a construir, no a tensionar.

Muchas veces pienso: qué corazón noble y bueno tienen ustedes los del interior, con reducidas posibilidades de medios para una mayor formación cristiana, y qué responsabilidad ante Dios tenemos a quienes se nos ha brindado hasta en abundancia. ¿No será que aún nos falta convertirnos de verdad?

Que María nos ayude a crecer en la Vida y en la Esperanza.

12 de setiembre de 1970

Homilía Radial

Sabiduría 7, 7-11 | Hebreos 4, 12-13 |

Marcos 10, 17-30

Saludos Alta Rioja. A los nuevos egresados de Ciencias Económicas y de la Escuela de Asistentes Sociales de la Rioja. Comunidades, pueblos y enfermos, sindicatos de trabajadores provinciales. Estas son las reflexiones que nos sugiere la Palabra de Dios, como Buena Noticia, para ser meditada junto con ustedes.

Es bueno que lo recuerde nuevamente, como lo hice en otras ocasiones. Escuchar la Palabra de Dios supone condiciones y actitudes necesarias para que Ella produzca el fruto que todos buscamos. Es una palabra viva, dirigida a mí hoy, es Cristo a quien escucho. Ella debe iluminar mi conducta para rectificarla en aquello con lo que no está de acuerdo el Señor respecto a mi vida. Supone crear en nosotros un clima sereno y de oración, porque es un diálogo personal con Él.

Y el diálogo de toda una comunidad para nuestra marcha como Pueblo de Dios supone humildad, ya que el Señor resiste a los soberbios, como dice María en su Cántico, El Magnificat. Es dejarnos cuestionar por el Señor para descubrir mejor cuáles son los auténticos criterios y exigencias que nos llevan a una santidad de vida (L.G. cap. 5). Es renunciar a nuestra autosuficiencia para que, por el ministerio sacramental de la

palabra desde la Celebración Eucarística, se opere en nosotros la verdadera conversión en la inteligencia y en el corazón.

Amigos del interior de la diócesis, ustedes que siguen esta celebración desde lugares apartados, desde el alero del rancho, o desde la cama porque tienen derecho a un descanso reparador. Ustedes, de la condición social que sea, que buscan sinceridad con Dios, por caminos diversos, preocupados por el bien del hermano, por todo lo que es recto, justo, constructivo, comprometido con los demás: debemos agradecer al Señor por este medio moderno de comunicarnos a través de esta Radio amiga L.V.14.

Muchos de ustedes, ajenos a tantos intereses mezquinos, preocupados por los grandes problemas de la vida diaria, sabemos, porque lo hemos recogido de ustedes mismos, lo que les significa el poder semanalmente unirse a toda la comunidad diocesana junto a esta mesa de la Palabra y de la Eucaristía en esta Catedral y Santuario de San Nicolás. El estar espiritualmente unidos, como pueblo, a sus hermanos para sentirnos todos hijos de un mismo Padre que está en los cielos, que nos habla y nos entrega esta Palabra de vida. Pienso en ustedes, hermanos cristianos, atormentados, desorientados, tensionados, insatisfechos, escandalizados, sorprendidos ante tantos acontecimientos que, a diario, como el pan de cada día, nos da nuestra sociedad actual, atormentada, desequilibrada, en profundos cambios, con una gama de hechos que va desde la sangre hasta los actos hermosos, heroicos y emotivos.

No todo es negación, pesimismo, destrucción, calamidad. Cuántas cosas hermosas y dignas de publicidad se realizan en el silencio de cada hogar, en cada hospital, en la búsqueda responsable y constructiva

para hacer de nuestra manera de vivir otra cosa distinta, feliz, fraterna; búsqueda de un mayor acercamiento entre los hombres, respuestas concretas al dolor físico y moral de tantos hermanos que sufren. No es fácil responder a cada uno, por el tiempo y por el lugar. Una cosa fundamental se nos exige a todos: tener un sereno respeto por la persona del otro, una positiva y noble comprensión, un convencimiento de que juntos debemos buscar y construir un mundo mejor del que vivimos. No asustarnos porque estamos en búsqueda de formas nuevas de vida, más de acuerdo a lo que el Señor quiere, y a reflexionar juntos para no constituir nuestros criterios personales como la única verdad y toda la verdad.

Aprendamos de la misma Iglesia, Madre y Maestra de la humanidad; que se ha hecho coloquio y anunciadora de la humanidad, no para dominarla sino para servirla desde la Fe, es decir, desde la Palabra viva contenida en las Santas Escrituras y garantizada y retraducida por el Magisterio Vivo de la misma Iglesia a lo largo de toda su riquísima tradición, convertida en guía auténtica por la asistencia del Espíritu Santo en el Concilio Vaticano Segundo.

Esta Iglesia que no reniega del pasado, sino que asume todo lo que la misma Iglesia ha elaborado desde siglos, desde la Palabra de Dios, asume toda la vida testimonial de los mártires, santos y cristianos anónimos, para redescubrir desde esas mismas fuentes, con lenguaje y actitudes nuevas, la misma misión confiada por Jesucristo para que la descubra, la asuma y la comprenda el hombre de hoy. Signo y Sacramento universal de salvación debe seguir siendo la Iglesia para los hombres de nuestro tiempo, especialmente para la juventud que, como hecho social nuevo, le toca asumir la conducción de una sociedad nueva.

Por eso pienso en ustedes, cristianos, a quienes la Providencia Divina les ha brindado posibilidades de profundizar en la Fe y de vivir más de cerca y frecuentemente la vida sacramental. Así como ha sido abundante en ustedes la Palabra y la Gracia Sacramental, es mayor también la responsabilidad en esta hora confusa en que vivimos, aunque llena de signos esperanzadores de algo nuevo que, dolorosamente gestado, se avecina en los Planes amorosos del Señor.

Así pienso en ustedes que no alcanzan a comprender este Misterio desconcertante que es la Iglesia. Pienso en ustedes que los desconcierta porque la Iglesia habla mucho del hombre y de los pobres y necesitados de Pan, de cultura, de Dios. Pienso en ustedes jóvenes, ávidos de guías, de orientadores verdaderos, sinceros, rebeldes, insatisfechos o ya conformistas por haber optado por el camino de la evasión personal.

Cristo mismo es desconcertante: habla de negarse a sí mismo, tomar la propia cruz para identificarse como su discípulo; reprende a Pedro porque no quiere que hable de un Cristo que debe ser ejecutado, perseguido; muere en una Cruz, resucita para poder salvar al hombre. Se espera un Cristo poderoso, triunfalista y, sin embargo, Cristo contesta que su triunfo y la salvación de los hombres está en la Cruz para que pueda ser auténtica y verdadera la Pascua.

Aquí tiene su fundamento nuestra Fe, Fe viva, operante de obras nacidas de un hombre nuevo. Testificar que somos hijos de la Luz, de la Esperanza en Cristo, de la vida nacida en la resurrección de Cristo, comprometida con la construcción de un mundo nuevo, porque el Reino de Dios ya está iniciado en el corazón de cada hombre, desde que Él se hizo hombre.

Hace poco la tapa de una revista de nuestro medio traía una imagen sugestiva²⁸: Iglesia destruida, imagen llena de significado para reflexionarla serena y profundamente, para saber descubrir a la luz de la Fe, qué es construir y qué es destruir la Iglesia. Iglesia es convocación de hombres, es comunión con la Trinidad y con la Cabeza del Cuerpo que es Cristo; es Comunión en la Fe, en la Caridad, en el Testimonio del Amor.

Pedro nos dice que debemos ser piedras vivas de cada miembro de este Cuerpo. Juan XXIII convocaba un Concilio para que la Iglesia apareciera ante el mundo como la Luz de las Gentes, para que se purificara en sus miembros con una mayor santidad de vida, para que fuera servidora de los hombres, para que resplandeciera en cada uno de nosotros los cristianos y en toda la comunidad la Imagen viva del Dios Invisible.

Otra vez más se reedita en la historia el escándalo y la irritación de Pedro. Asusta la Cruz, la purificación y la conversión de la mente y del Corazón. De qué nos servirían los bellos muros de un Templo si no tuviésemos una comunidad de Piedras vivas que testimoniásemos con la vida. El Papa Juan advirtió sobre los vaticinadores de calamidades; otra es y debe ser nuestra actitud. En nuestra Iglesia local, asumiendo el precio doloroso, con la gracia y la fortaleza del Señor, seguiremos trabajando por construir una comunidad viva, madura en la Fe y comprometida con las exigencias de la hora presente. Esto porque el Evangelio anima y el Magisterio de la Iglesia, a quien amamos así como es, con luces y sombras, nos lo exige porque la sabemos

28. La publicación a que se hace referencia se llamaba “Don Joaquín” (en relación con Joaquín V. González). Esta revista, de carácter más bien literario, llegó a constituirse en vocera de los sectores de la oposición conservadora al Obispo Angelelli, como así también de algunos sacerdotes y grupos de laicos.

santa en su origen y pecadora en sus miembros, que somos nosotros, que nos cuesta tanto ser las Piedras vivas de este edificio espiritual que es el mismo cuerpo de Cristo, su Pueblo Santo.

20 de setiembre de 1970

Homilía Radial

Isaías 53, 10-11 | Hebreos 4, 14-16 |

Marcos 10, 35-45

Amigos y hermanos radioyentes de L.V. 14 Radio Joaquín V. A González de La Rioja.

Hoy estas lecturas sacadas de la Biblia que acabamos de escuchar nos llevan, como tomados de la mano, para que meditemos sobre la vida, en esta víspera de la primavera, signo de vida y que simboliza a nuestra juventud.

Jóvenes, les decía el Concilio en el Mensaje a la Juventud del mundo, cuando cada Padre Conciliar dejaba el aula Conciliar y regresaba a su respectiva comunidad diocesana: son ustedes jóvenes los que van a recibir la antorcha de sus mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia.

Es para ustedes, jóvenes, que la Iglesia acaba de alumbrar en su Concilio una Luz, que alumbrará el porvenir; confía en que sabrán afirmar la fe en la vida y en lo que le da sentido, la certeza de un Dios Padre que es justo y bueno. Edifiquen un mundo mejor con entusiasmo. La Iglesia los mira con confianza y con amor. Ella posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud, la facultad de alegrarse con lo que comienza,

de darse sin recompensa, de renovarse y de emprender la marcha cada día que amanece para nuevas conquistas. En ella encontrarán la presencia y el rostro del eternamente joven, el que es la vida misma y que hace nacer la vida que no muere en cada hombre que acepta su Pascua, que acepta renacer de nuevo en el Agua y el Espíritu Santo.

Ese eternamente joven es Cristo. El que aprendimos a descubrir en nuestro catecismo cuando niños y que fue creciendo nuestras ansias de encontrarnos con Él a medida que íbamos caminando la vida.

Porque ustedes, jóvenes, simbolizan la frescura de la vida, la plenitud y la esperanza, los que buscan e intuyen el futuro. Hoy, cuando todo pareciera cantarle a la muerte, a la desesperación, al cansancio y al pesimismo, a la incomunicación y al egoísmo entre los hombres, al odio que divide y a la violencia que destruye, se oye por ahí un canto moderno que sintetiza a todos los buscadores de la vida. Son niños que declaran la guerra a los adultos, cargan sus cañones, no con balas que matan sino con pan y flores, que es lo mismo que cantarle a la vida.

No son simples loas que quiero hacer por el día de la primavera. Es una profunda meditación que la debemos hacer todos, grandes y jóvenes. Me imagino que ese canto del pan y de las flores lo están silenciosamente cantando esos niños que aún están durmiendo en sus cunas o, quizás, envueltos en trapos en el suelo. Qué difícil es ser transparentes, sencillos y limpios como los niños. Ellos han creído en mí, dice Jesús, todos los demás nos escandalizamos de Él, cuando exige cambiar la vida o quitar todo aquello que en nosotros mata la vida y engendra en los demás el sufrimiento

y los gérmenes de la muerte, simbolizada de muchas maneras.

¿Se dan cuenta por qué hablamos tanto, hasta el cansancio quizás, de que no nos es lícito excluir a nadie del banquete de la vida? Cristo es el que nos envía a anunciar la Vida que hace feliz a los hombres, a ayudar a liberar a nuestros hermanos de toda servidumbre física y moral, de todo aquello de que nos habla hoy el Apóstol Santiago en su Carta, tan concreta y exigente.

Pío XII, con visión profética, anunciaba en el Año Santo de 1950 el amanecer de una primavera para la Iglesia y no se equivocaba, aunque se nos pueda considerar ilusos. Sin embargo, hoy creemos firmemente en esa primavera para la Iglesia y para el mundo nuevo que está naciendo; su precio es duro y cargado de sufrimientos, es la purificación que exige ir quitando todas las causas que engendran todo tipo de muerte y de envilecimiento del hombre que ha sido llamado por Nuestro Padre del Cielo a que tenga Vida y la tenga en abundancia.

Nos escandalizamos de hechos reales o supuestamente dolorosos, pero advertamos también que el Espíritu Santo está suscitando hombres nuevos con la misma pujanza de los cristianos de la Primitiva Comunidad Cristiana.

Ustedes, mis amigos, son ese signo, quizás silencioso pero que es indicador de que algo nuevo está naciendo. Aprendamos la lección de los Apóstoles, que no entendían que el Cristo debía padecer y morir, y que resucitaría el tercer día; estaban escandalizados de este lenguaje. No sigamos haciendo el camino de nuestra vida discutiendo quién será el más importante, ni nos sintamos excluidos de la búsqueda en común y de

brindar a nuestros hermanos los talentos que el Señor nos dio, pocos o muchos.

Los criterios de Cristo son otros: quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Hermanos cristianos, seamos hospitalarios y acogedores de todo hombre de buena voluntad que busca en nosotros encontrar el rostro de ese Cristo que sigue siendo el eternamente joven. El que busca es como el niño, de la condición social que sea. No es lo más importante sus ideas, aunque no piense como nosotros, lo más importante es él, como persona y con él se nos exige que lo sirvamos en la verdad y con la verdad, amándolo. Caminando con él, ayudarle a descubrir el verdadero sentido de la Vida. Porque si lo acogemos a él, lo acogemos a Cristo y si acogemos a Cristo, acogemos al Padre de todos los hombres, que hace nacer el sol para justos y pecadores. No perdamos el tiempo con quienes siembran calamidades y no ven más allá de las anécdotas; también ellos necesitan de la Luz y de nuestra ayuda para ver. No perdamos la serenidad interior: como fruto de la Sabiduría que viene de arriba, es de Dios. Ella es pura, amante de la paz, comprensiva, dócil, llena de misericordia y buenas obras, constante y sincera.

Sigamos creyendo en la Vida, porque la Vida es Cristo y en Él tenemos puesta nuestra Esperanza.

1 de noviembre de 1970

Homilía Radial

Apocalipsis 7, 2-4. 9-14 | San Juan 3, 1-3 |

Mateo 5, 1-12a

Saludos a la Escuela Mitre en sus Bodas de Esmeralda al cumplir 80 años.

Mis buenos hermanos y amigos: después de haber participado en la Asamblea Nacional del Episcopado Argentino durante diez días, nuevamente nos encontramos espiritualmente unidos en esta Misa Radial de los domingos. Dos celebraciones de un profundo sentido nos llevan a la meditación y a la reflexión personal y comunitaria: hoy, la fiesta de Todos los Santos. Mañana, la conmemoración de todos los Fieles difuntos. Los Santos ya son glorificados contemplando a Dios Uno y Trino, tal cual es y con gran piedad el recuerdo de los difuntos ofreciendo sufragio por ellos, porque es santo y saludable el pensamiento de orar por los difuntos para que queden libres de sus pecados (2 Mac. 12). Nosotros, la Iglesia de los Peregrinos en unión con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera se interrumpe, antes bien se fortalece con la comunicación de los bienes espirituales.

Quienes aún peregrinamos y quienes ya duermen en la paz del Señor formamos la única Iglesia de Jesucristo, cantando el mismo himno de gloria a nuestro Padre de los Cielos. Solamente están separados

del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, quienes, en el momento supremo de pasar del tiempo a la eternidad, recayeron sobre ellos la condenación eterna. Unos son lo Benditos del Padre y los otros los Malditos. Verdades de ayer, de hoy de siempre que nos llevan a una reflexión muy seria y a pensar en nuestra propia vida.

Los pasajes de las Sagradas Escrituras que acabamos de escuchar nos enseñan que no tenemos ciudad permanente y definitiva aquí en la tierra. El Pueblo de Dios es un pueblo en marcha que peregrina hasta el encuentro definitivo con Dios en la eternidad. Juan nos habla de una innumerable muchedumbre de marcados y sellados con el sello de Dios que son llamados a cantar eternamente la Gloria del Padre de los Cielos. Juan en su carta nos dice que somos los hijos de Dios, los hombres de la Esperanza. Y en el Evangelio de San Mateo, Jesús nos enseña las condiciones y los criterios para la vida que nos lleva a ser contados entre los santos y marcados para gozar de la vista y presencia del Señor.

Amigos, el llamado Sermón de la Montaña nos debe hacer pensar a todos cómo examinar nuestra vida y nuestra conducta. Si dijimos que no tenemos ciudad permanente, también es verdad que el Reino de Dios ya ha comenzado en la Tierra, que estamos llamados a una permanente conversión personal. A examinar nuestras actitudes, nuestros proceder, nuestra conducta personal, privada y pública. Examinarnos en nuestra vida de Fe, examinarnos como hombre de Esperanza en el mandamiento grande que es la caridad o el amor a Dios y a nuestros hermanos. Seremos juzgados por las obras de misericordias materiales y espirituales. Venid benditos de mi Padre, id malditos al fuego eterno.

Cada uno de nosotros seremos juzgados según los dones que se nos han dado y según las responsabilidades que tuvimos en la vida. Si los tiempos en que vivimos son difíciles, como tantas veces se ha dicho, sepamos descubrir en la vida diaria la Voluntad de Dios, su Presencia y su Voz, para no equivocarnos.

Hermanos cristianos: somos hijos de la luz, no sembremos tinieblas. Brille en cada uno de vosotros la luz de vuestras buenas obras, de manera que quienes nos vean glorifiquen al Padre de los Cielos. Si en este momento nos encontráramos en el momento supremo de la muerte para presentarle al Señor los años de nuestra vida, ¿tendríamos paz en nuestra conciencia para presentarnos al Señor? ¿Seríamos los señalados para ser llamados al gozo eterno? ¿La muerte sería para cada uno de nosotros el paso a la vida que no tiene término? Este examen lo debo hacer yo como Obispo con la gravísima responsabilidad de guiar esta diócesis, mis hermanos sacerdotes, las religiosas, ustedes laicos asociados o no, cristianos llamados a ser fermentos, luz y sal en la sociedad en que vivimos. Ustedes amigos que, por circunstancias de la vida, no creen o viven una aguda crisis de fe, ¿no se han planteado el sentido de la vida y de la muerte? Los invito a que lo hagan, vale la pena hacerlo, porque está en juego el sentido de la propia existencia.

Es verdad que hoy vivimos horas de desorientación, confusión y manoseo de las cosas y personas. Comprendiendo el dolor y la angustia que todo esto trae consigo; sin embargo, permítanme que los llame a la reflexión. Si la Iglesia vive el tiempo de la purificación y de la búsqueda para adecuarnos mejor a los tiempos cambiantes en todos los órdenes, no cubramos la propia ignorancia, la falta de decisión a la conversión de la vida, la actitud cerrada y poco cristiana

a saber acoger al hermano, la insensibilidad frente al dolor ajeno con actitudes de custodios de la doctrina cristiana, el manoseo al orden sacerdotal, el desprecio por el Magisterio de la Iglesia, universal o local, de quienes están destinados a ser pastores de la Iglesia de Dios. No desconocemos, debidamente fundamentados, de la campaña sistemática que se viene haciendo en nuestra Patria para desprestigiar a la Iglesia, confundir a nuestro pueblo y dividir a pastores y fieles, sacerdotes y pueblo.

La meditación de la fiesta de nuestros hermanos que ya han llegado al término del camino de la vida de esta tierra nos fortalece a que no renunciemos a las exigencias del cumplimiento de la delicadísima misión pastoral. Si en todos los santos contemplamos a hermanos que han realizado la Pascua del Señor en sus propias vidas, que significa la gran liberación del pecado y de toda atadura de pecado, aunque el precio exigido sea el sufrimiento, no renunciaremos a ser fieles a Jesucristo y al hombre concreto de nuestro Pueblo, a quien tenemos que anunciarle permanentemente el Evangelio. Esta actitud no significa otra cosa sino ser fieles a lo que la hora en que vivimos nos reclama y esto desde nuestra competencia irrenunciable como pastores de la Iglesia.

Porque tenemos puesta nuestra mirada en esa innumerable muchedumbre de santos que unidos a Cristo cantan eternamente la gloria de Dios Padre, pedimos insistentemente la luz y la fortaleza del Espíritu Santo para caminar junto a nuestro pueblo y con nuestro pueblo, no buscando poder humano alguno, sino ser servidores de los hombres, sin atadura alguna, por encima de grupos e intereses particulares, sin atadura interior que la sola que viene de Dios, para ayudar a todos con la luz y con la gracia de Jesucristo e invitando

a todo hombre de corazón recto a ser servidor de su hermano, deponiendo toda actitud que separe, ahonde la incomunicación entre los hombres, divida o sea sembradora de desorientación. No amemos solamente de palabra sino de obra, dice el Apóstol Pablo.

Los momentos de crisis y sufrimiento en la Iglesia son momentos providenciales, porque la purifican, la robustecen y la hacen más agradable a los ojos de Dios. Por eso, concluye el Evangelio de hoy: "Dichosos vosotros cuando os insultan y os persiguen y os calumnian de cualquier modo por mi causa, dice el Señor; estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo".

15 de noviembre de 1970

Homilía

Daniel 12, 1-3 | Hebreos 10, 11-14. 18 |

Marcos 13, 24-32

Mi saludo a ustedes, queridos enfermos, hombres de corazón recto que escuchan la Palabra de Dios con sencillez de corazón, amigos de los pueblos y puestos olvidados de la provincia. Recordando el día de mi llegada a La Rioja, les decía:

Queremos, Obispo, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles cristianos de la diócesis, asumir con fidelidad, madurez, equilibrio, corresponsabilidad y coraje, la renovación del Concilio Vaticano Segundo. Para ello necesitamos seriamente antes de ayudar a renovar a los otros, convertirnos a Jesucristo por una mayor vivencia de la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Este es el primer y fundamental punto de partida para elaborar toda acción pastoral que responda a las exigencias del Concilio. Y leyendo una de las catequesis semanales de Pablo VI, encontraba lo siguiente: "El Concilio no nos ha dado, por ahora, la tranquilidad deseada; todo lo contrario, ha suscitado problemas, tensiones, algunos de ellos no sin importancia para el crecimiento del Reino de Dios. Pero será acertado recordar que este es el momento de prueba; quien es fuerte en la Fe y en la caridad puede gozar de este riesgo".

Quizás ni nosotros mismos, los obispos, que aquel 8 de diciembre²⁹ dejábamos concluidas las deliberaciones, descubríamos todas las consecuencias que el Concilio suponía, cuando el Papa Pablo nos despedía: "Hoy comienza el Concilio, vayan y tradúzcanlo a la vida de cada Diócesis".

Quizás no advertíamos todas las exigencias que el mismo Espíritu de Dios obraría en cada hombre y en cada comunidad diocesana. Quizás obispos, sacerdotes, religiosos y laicos no advertimos lo suficiente, la profunda conversión de mente y corazón que esto supone. El mismo Papa lo decía en el discurso citado. Para algunos, hoy, el mismo Concilio puede estar pasado de moda; para otros solo sirve para destruir y no para construir. Pero quien quiere ver en el Concilio la Obra del Espíritu Santo y de los órganos responsables de la Iglesia, con aquella seguridad apostólica del Primer Concilio de Jerusalén cuando los apóstoles dijeron al finalizar: "Ha aparecido al Espíritu Santo y a nosotros", tomará en sus manos con asiduidad y reverencia los documentos conciliares y procurará convertirlos en alimento y en ley para su propia vida y para su propia comunidad.

Doloroso camino es el emprendido para hacerlo realidad en La Rioja, pero camino lleno de esperanza y de vida. Hace falta robustecernos con la fuerza de Dios, que significa una oración filial, liberadora de ataduras interiores, alma y corazón abiertos para decirle al Señor como el niño: "Señor ¿qué quieres que haga?", y no condicionar la voluntad del Señor a nuestra indecisión de conversión.

29. El 8 de diciembre de 1965 concluía el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Debemos, sí, ser hombres de oración, pero sin perder tiempo de retacearle a Cristo la respuesta personal, libre y consciente de la dolorosa tarea que debemos ir realizando. Y esta tarea dolorosa y a la vez llena de esperanza, porque es buscadora de caminos nuevos, de respuestas concretas a las situaciones de nuestro pueblo, supone revisar, analizar, evaluar, desde nuestras propias vidas personales hasta las formas asociativas que tenemos. En otras palabras: ¿por qué asustarnos y reaccionar negativamente porque la diócesis debe someter a un serio y profundo análisis a sus mismas instituciones o asociaciones pastorales y apostólicas?

¿No comprenden que es exigencia de la realidad que tenemos y de un Concilio que no puede seguir siendo tema de conferencias solamente? Que no lo entiendan quienes no comprenden a la Iglesia como realidad divina ni descubran las dimensiones de la Fe es perfectamente comprensible. Pero quienes habiendo mamado de la misma Iglesia la leche de la Palabra y el alimento eucarístico, no solamente no es comprensible sino escandalizante, para quienes quieren descubrir o buscan descubrir en los cristianos la Presencia Viva de Cristo entre los hombres.

Las distintas jornadas pastorales realizadas en la diócesis nos entregan un precioso elemento de reflexión para posteriores decisiones pastorales. La Iglesia Riojana no ha cambiado su Evangelio por otras ideologías, pero tampoco quiere guardar el Evangelio en la Sacristía para ser leído solamente en las ceremonias litúrgicas. El Evangelio tiene un destinatario, es el hombre riojano, aun cuando pudiese fastidiar este insistir en lo del hombre. En atención de este hombre, deberemos revisar toda nuestra pastoral de la administración de los sacramentos (desde el Bautismo hasta el

Matrimonio), nuestras celebraciones Eucarísticas y la presencia cada vez más efectiva de la Iglesia con nuestro pueblo, no para dominar sino para servirlo mejor. La presencia de nuestras religiosas no debe extrañar que tengan una presencia en medio de nuestro pueblo. Las Instituciones y Asociaciones laicales deberán adecuarse a las exigencias reclamadas por el análisis de nuestra realidad, para que brillen en ellas una Iglesia más misionera, servidora y abierta a todos los valores de nuestro pueblo³⁰.

Amigos y Hermanos, cuando pienso en ustedes que se encuentran solos, perdidos en la inmensidad de nuestra provincia, me pregunto muchas veces, el dolor y la soledad de ustedes ¿no servirá para que nos haga seriamente reflexionar y asumir los sentimientos y las actitudes de Cristo a nosotros, quienes tenemos la posibilidad de alimentarnos diariamente de la Palabra de Dios y participar de la fuente de la Gracia de Cristo en la Eucaristía? Sintiéndonos más hermanos, seguir trabajando por la liberación querida por Cristo para todos ustedes, ¿construir una paz que no signifique condenar y excluir a nadie!

¿Qué ejemplo nos dan muchos de ustedes que, tomando el Nuevo Testamento o los Santos Evangelios, se juntan en la cocina o debajo del alero del rancho y meditan juntos la Palabra de Dios hasta que llegue un sacerdote y les celebre la Eucaristía y les administre los sacramentos!

30. El 11 de noviembre de 1970 renuncia como Vicario General de la Diócesis Monseñor Alberto, “discrepando fundamentalmente en la forma de conducir la diócesis”, según reza textualmente en la nota de dimisión. Este hecho obra como detonante para que algunos dirigentes del laicado asociado presenten al Obispo Angelelli, el martes 17 de noviembre, un memorial, pretendiendo imponerle condiciones para mantener el diálogo.

Amigos, aunque duelan las situaciones en que nos toca vivir, o no comprendamos la voz de Dios que se nos manifiesta de diversa manera, aun en acontecimientos violentos o dolorosos, no perdamos la serenidad, ni la visión de Fe. Porque entonces, ¿qué le entregaremos a nuestros hijos? ¿El temor, el miedo, el pesimismo, el conformismo o, por el contrario, la esperanza, el esfuerzo por un mundo mejor, el testimonio de una vida de Fe más sincera y comprometida con la vida?

Lo repito una vez más: no cerremos nuestra mente y nuestro corazón de tal manera que mañana tengamos que llorar lo que hoy no supimos o no quisimos ver.

Los cristianos tenemos la obligación, por nuestro bautismo, de seguir anunciando la muerte y la resurrección del Señor; cada día hay algo que muere y algo que nace, nace una esperanza, algo de vida hasta llegar a la Vida que no terminará nunca, el encuentro definitivo con Dios.

Amigos: ustedes, especialmente chicos que me escuchan; ustedes, enfermos en los hospitales o en las casas particulares; ustedes, que meditan durante el día en el contacto directo con la naturaleza; ustedes, que se reúnen por la noche para rezar juntos; ustedes, que le hablan a Dios nuestro Padre de las cosas y de los problemas de cada día, pídanle a Cristo Nuestro Señor, por intercesión de María y de Nuestro Patrono San Nicolás, que sobre La Rioja haga descender su Bendición para que todo riojano se sienta feliz, con esperanza de seguir viviendo en nuestra tierra y que nunca le falte el pan de cada día ni la Fe en Jesucristo alimentada por la Palabra de Dios y la Eucaristía. Y, que cada uno sepamos compartir los dolores y las alegrías de los demás.

22 de noviembre de 1970

Misa Radial

Daniel 7, 13-14 | Apocalipsis 1, 5-8 |

Juan 18, 33-37

Saludos a los músicos de la banda y a cuantos se dedican a este noble arte; a las enfermeras de toda la provincia que, con abnegación, sirven a nuestros enfermos en hospitales, clínicas y casas particulares; a los chicos que han finalizado su primaria.

Hoy celebra la Iglesia la Fiesta Litúrgica de Cristo Rey y pone fin a todo el tiempo llamado después de Pentecostés, que nos ha llevado a meditar sobre la Iglesia y su misión en el mundo de hoy. Los textos leídos en la Biblia nos dan el alimento para nuestra meditación dominical; Jesús le dice a Pilato que Él es el Rey que anuncia el Reino de Dios entre los hombres, que el Reino ya ha comenzado con Él desde su Encarnación en el Seno de María, la Virgen. Conocer a Jesús es conocer el Reino del Padre de los cielos. Este Reino es: Reino de Verdad, de Vida, de Paz, de Justicia, de Amor. No es de este mundo, ¿por qué?, porque su contenido lo trae del Padre: es la misma vida de Dios presentada a nosotros los hombres. Es la Vida, la Comunión, el Amor, la Misión salvadora que Jesús trae del Seno de la Santísima Trinidad. Es para todos los hombres, sin distinción alguna. Para eso vino al mundo, para ser Rey, no para dominar, sino para servir.

Amigos: el Papa Pablo VI nos decía a más de seiscientos obispos latinoamericanos el 24 de noviembre de 1965, sobre nuestra Misión Pastoral: "América Latina presenta una sociedad en movimiento, sujeta a cambios rápidos y profundos. En el Pastor se determina una primera actitud: defender lo que existe. Pero esto no basta, ya sea porque lo que existe no es adecuado a toda la población y a todas las necesidades, ya sea también porque aun lo que existe está compenetrado y arrastrado por el movimiento y la transformación. El Pastor debe advertir –continúa el Papa– que no faltan, lamentablemente, quienes permanezcan cerrados al soplo renovador de los tiempos y que se muestran faltos, no solo de sensibilidad humana, sino de una visión cristiana de los problemas que se agitan a su alrededor".

Se diría que la Fe del pueblo latinoamericano debe alcanzar todavía una plena madurez de desarrollo. El Pastor debe advertir que el momento es propicio: el Concilio ha suscitado un fuerte despertar de energías que hay que saber alimentar y poner en acción. Ha producido una esperanza ardiente que es preciso no defraudar; deberá tener siempre abiertos los ojos sobre el mundo, porque la observancia y la vigilancia evangélica deben continuar, porque el mundo cambia y es necesario satisfacer las crecientes exigencias e interpretar las nuevas necesidades. Él sabrá servirse de la ayuda de especialistas en la reflexión teológica y sociológica. El Pastor hará uso amplio e inteligente de los datos sociológicos y elaborados acerca de las condiciones religiosas de su diócesis. Invitará a sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos con espíritu de fraternal entendimiento a la renovación querida por el Concilio, partiendo del exacto conocimiento de las situaciones y de la urgencia del trabajo. La conciencia de ser y de

querer ser hombre de nuestro tiempo nos hará conocer también la necesidad imperiosa y la medida exacta de nuestra participación humilde, pero sincera, en la solución de los problemas humanos y de la hora actual.

Como decíamos el domingo pasado, el mismo Pablo VI nos despedía, a los Obispos, aquel 8 de diciembre del 65 para que, cargados cada uno con el fruto de las deliberaciones conciliares, lleváramos la doctrina católica auténtica del Concilio, confirmada por la asistencia del Espíritu Santo, a nuestras diócesis para que fuera alimento y fermento de un nuevo rejuvenecer de la Iglesia en el mundo actual.

Medíamos y medimos la responsabilidad de sucesores de los apóstoles y de maestros auténticos de la Fe, en comunión con los demás obispos y con Pedro.

Toda la Iglesia, por fidelidad a su pasado, a su historia y a la Tradición Viva a través de los siglos, debía entrar en una profunda, equilibrada y madura revisión y renovación interior en todos y cada uno de los cristianos, sus hijos, para que aparezca como Signo de Salvación puesto por Dios entre los hombres. Este hecho auspicioso y cargado de esperanzas traería y trae consigo el precio de toda verdadera renovación y rejuvenecimiento: la Cruz, el Dolor purificante de toda redención capaz de engendrar vida nueva, que es la vida de la pascua del Señor.

El Concilio no trae solo cambios de métodos sino algo mucho más profundo, cambios de mentalidad, de actitudes, actitudes nuevas, que responden mejor a un genuino espíritu evangélico; actitudes que lleven a una Fe adulta, responsable de los compromisos asumidos en el Bautismo. Porque la Iglesia no sigue los criterios y los módulos humanos, sino aquello de Pablo que, en la debilidad y en la escoria, construye su Reino. Doce

hombres pescadores son elegidos para hacer los fundamentos de su Iglesia. Son débiles, el que será cabeza le negará tres veces; esperan un Reino Temporal; son miedosos ante el escándalo de la Cruz, huyen, son incultos. Pero para hacer brillar la fuerza que viene de Dios los confirmará con el Espíritu Santo y hará de ellos testigos, hombres comprometidos, que sellarán su testimonio de anunciadores de la Muerte y Resurrección del Señor con la propia vida.

Se necesita, amigos, ser muy sencillos de corazón para entender a Jesús, que se proclama Rey. Este Jesús no condena a la Pecadora si los otros no le tiran la primera piedra. Acoge a Nicodemo y le explica que tiene que nacer de nuevo en el Espíritu Santo; no teme echar a los mercaderes del Templo; denuncia la hipocresía de los fariseos; alaba al publicano; siente todo el peso de la Pasión que se avecina; a Pedro lo reprende como hombre de poca Fe; a la Samaritana le describe toda su historia personal, pero al mismo tiempo la llama a que tome el agua viva que salta hasta la Vida Eterna.

Que les dice a los de Emaús que son tardos y duros de entendimiento al no entender que Cristo tiene antes que morir en la Cruz para resucitar, que si el grano no muere no da fruto; que quien a vosotros escucha, a Mí me escucha, quién a vosotros persigue a Mí me persigue; que llora sobre Jerusalén porque no recibe al Señor, y le sobrevendrán ruinas y destrucción; que condena a quienes cuelan el mosquito y por dentro son sepulcros blanqueados y lobos rapaces. Que nos describe la Paternidad de Dios y su gran Misericordia en la acogida del hijo pródigo y no aprueba la conducta arrogante, mezquina y cerrada al hermano, en el hijo mayor de la parábola; que deja a las noventa y nueve ovejas para ir a buscar a la perdida, para que sea acogida con gozo y alegría por quienes están en el corral.

Así Jesús anuncia su Reino. Reino de Verdad y de Vida, Reino de Paz y Justicia, Reino de Amor. No teme hacerse hombre, mezclarse con los hombres, tomar todo lo nuestro menos el pecado. Pero cargará el pecado de los hombres, que lo acusarán de endemoniado y amigo de juntarse con pecadores y publicanos, hombres mal vistos por quienes creían tener el monopolio de la verdad y de la virtud. Y por amor al hombre, para y por el hombre herido por el pecado, irá hasta la muerte en la cruz. Esta es la prueba más estupenda del amor y del servicio al amigo. Nos convoca a ser perfectos, como el Padre de los Cielos.

Amigos: las características del Reino traído por Cristo deben hacernos reflexionar seriamente a todos nosotros. No podemos construir el Reino del Señor, hacerlo crecer entre nuestros hermanos, si excluimos, condenamos, nos alimentamos con el comentario fácil, superficial. “Temo al Señor que pasa”, decía San Agustín. Es hora de despertar de nuestro letargo, si la Fe nuestra ya no nos hace hacer opciones en la vida. La Fe es operante, transformante, comprometedora, signo de contradicción. Mientras muchos hermanos nuestros riojanos se debaten en la extrema necesidad material, espiritual y moral, no escandalicemos con nuestras actitudes que contradicen a la Verdad, a la Vida de Dios, a la Paz, a la Justicia y al Amor, característica del Reino de Dios.

Padres y Madres de Familias: piensen en sus hijos cuando asumen determinadas actitudes, ¿son verdaderamente cristianas, justas, fruto de la caridad? Démosle a nuestra juventud y a nuestros niños el testimonio de que vivimos una Fe sincera y madura.

Amigo, usted que me escucha, si ama a su Iglesia y la quiere de verdad, no mezclemos criterios pura-

mente humanos y personales con los criterios que da la Fe Cristiana para discernir cualquier acontecimiento de la vida diaria. Escandalizamos y cerramos la puerta de quienes, con corazón recto y comprometidos con la suerte de sus hermanos, buscan descubrir el rostro y la Voz de Dios en el clamor justo y legítimo de los que sufren, de los que tienen hambre de pan, de cultura y de Dios. Abramos los ojos y dilatemos el corazón para saber percibir que una sociedad nueva se está gestando y que la Iglesia, nosotros los cristianos, debemos acompañar este doloroso alumbramiento para que nazca con el sello de Dios.

¿No le parece, amigo, que no hay tiempo que perder?

29 de noviembre de 1970

Homilía Radial

Jeremías 33, 14-16 | Lucas 21, 25-28. 34-36 |
Tsalónica 3, 12-4, 2

Alabado sea Jesucristo, por siempre sea alabado. Saludos amigos enfermos, especialmente quienes están más solos, amigos de la cárcel, pueblos y puestos del interior.

Hagamos nuestra reflexión dominical, a la luz de las lecturas de la Sagradas Escrituras que acabamos de escuchar. Como otras veces lo he dicho, los invito a que nos pongamos en actitud de escuchar al Señor, ver qué nos dice, tratemos de abrirnos interiormente, no le pongamos resistencia a su Palabra, porque desde allí encontraremos el camino de la verdadera paz interior. El Domingo pasado, dijimos, acabábamos toda una larga serie de domingos, llamados de Pentecostés, donde la idea central fue desentrañar el Misterio de la Iglesia, ver la fuente y el origen de la Iglesia (la Santísima Trinidad) y la misión de la Iglesia en el mundo. En una Palabra: Cristo, cabeza de un cuerpo, de un pueblo.

Hoy, primer domingo de Adviento, la mirada se vuelca en el Misterio de la Navidad, un Dios que se hace hombre como nosotros para traernos la Salvación y la vida de Dios, y caminando con nosotros y con toda la creación, llevarnos al Padre de los Cielos.

Son domingos de esperanza, de espera de un gran acontecimiento, un acontecimiento que salva, libera, trae Vida, trae sentido a la vida del hombre, descubre su gran dignidad y su vocación de ser convocado para ser feliz y hacer felices a todos.

Se le llama Gran Acontecimiento Salvífico, o sea, acontecimiento que trae salvación, liberación, felicidad. Por eso Jesús es la gran Noticia Feliz para todos los hombres, la Buena Noticia, esto significa el Evangelio de Jesucristo. Como en todo acontecimiento, necesitamos prepararnos y prepararlo, no será la Navidad Próxima un recuerdo más, depende de nosotros, de cómo nos preparemos. Deberá ser una Navidad Viva, actualizada en cada hombre y en cada pueblo; es una invitación a caminar juntos para quitar todo lo que nos ata, nos margina, nos esclaviza, nos impide ser interiormente libres, necesitados de Él para cambiar nuestra vida en la Vida Nueva que Él trae.

La Palabra de Dios se hace carne y habita entre nosotros. Ven, para que podamos entender y escuchar a Dios y comprender lo que Él nos invita. Por eso el Hijo de Dios se hace Hombre verdadero, así hablará como nosotros, nuestro propio lenguaje, nuestro idioma. Porque Jesucristo es el gran acontecimiento, la Palabra, hecha carne, hecha vida, hecha Luz y Camino. Todos los acontecimientos de la vida nuestra, alegres o dolorosos, todos los acontecimientos de un pueblo y de una comunidad deberán ser vistos, leídos, interpretados a la luz de esta Palabra, que es la Palabra del Padre de los Cielos y que se llama Jesucristo. Esto significa ver las cosas y la vida con toda su historia, con los ojos de la Fe, a la luz de la Buena Noticia, que es el Evangelio.

Esta Semana hemos vivido, o mejor estamos viviendo, acontecimientos que deben ser reflexionados

en profundidad y a la luz de la Fe. También estos acontecimientos son salvíficos, porque en ellos debemos descubrir la Voz y el mensaje de Dios que nos habla a través de estos hechos.

Primer acontecimiento: la Huelga³¹, vale decir, la mayoría de nuestro pueblo riojano, que detiene su marcha. Hace un alto en sus tareas, con una actitud firme, usando un legítimo derecho; usa un instrumento de fuerza para reclamar no solo un salario más justo, sino que lleva su reflexión a una postura que toca a la dignidad humana de cada trabajador, de cada empleado, de cada jefe de un hogar.

Después de un diálogo prolongado, de un tratar con seriedad el contenido de un justo reclamo, toda la provincia por varios días vivió una realidad que es bueno sirva de tema para muchas reflexiones desde diversos ángulos. Se rechaza la violencia; un ejemplo de dignidad y nobleza; respeto por los bienes ajenos; se echa por tierra los consabidos y superficiales recursos que, con frecuencia, se hace de reducirlo todo a un grupo de agitadores que responde a ideologías extremas. Un pueblo convocado, más que a hacer una huelga, a hacer una fiesta, a devolverle a La Rioja su sonrisa, como se ha dicho. Un pueblo que tiene respeto humano de conjugar el entusiasmo con el gesto sincero de su gratitud a Dios Nuestro Señor y Padre; un pueblo que ha sacado de sus alforjas toda su riqueza interior, amasada con largas vigilias y de mostrar al País como ejemplo todo el Evangelio que mamó desde niño; que busca la Paz.

Un pueblo que quiere seguir construyendo y que es signo de convocación, sin excluir a nadie que es signo de ruptura, de incomunicaciones; que muestra un alma fresca y capaz de gestas mayores, que hoy tie-

31. Huelga de la Asociación de Trabajadores Provinciales (A.T.P.).

ne un nombre y se llama desarrollo; que muestra su hidalguía hasta en la búsqueda de mediadores y que, por otra parte, ha dado testimonio de comprensión y compromiso para buscar las soluciones justas y pacíficas. De este acontecimiento debemos sacar todas las lecciones que nos lleven a seguir construyendo juntos la felicidad de nuestro pueblo. Me permito señalarle a este pueblo que ha dado este gesto positivo y constructivo: sepamos desechar de nuestro corazón, para no empañar lo que se ha vivido, todo resentimiento que pueda significar herir a personas privadas o constituidas en autoridad; no miremos lo negativo sino todo lo positivo en realizaciones concretas, en bien de la Comunidad Riojana. Si se ha buscado tener más para que no falte el pan de cada día ha sido para ser más y crecer en humanidad, que es crecer también como hijos de Dios.

El otro acontecimiento salvífico: una porción de la Comunidad Eclesial se ha tensionado; algunos viven una sincera desorientación, se les plantea una visión de Iglesia que, a medida que la profundizan, experimentan interiormente lo mismo que se planteó en el Primer Concilio de Jerusalén, leído en el Libro de los Hechos, y lo que se planteó en la Caridad y en el Espíritu Santo, en el Concilio Vaticano Segundo: Iglesia, ¿qué dices de Ti misma? Iglesia, ¿cuál es tu misión en el mundo de hoy, guardando la fidelidad a las fuentes de donde nace y es instituida por Jesucristo?

Quienes están representados por el hijo mayor de la parábola del hijo pródigo, ven con desagrado que el padre de familia acoja al hijo menor que, reflexionando su propia vida, comienza el camino de una ruptura definitiva para reencontrarse consigo mismo y con su Padre. El hijo mayor teme que se manche el Padre y la

casa del Padre con todas "esas cosas" que trae el pobre muchacho menor.

Aquí hay que discernir las actitudes de ambos hijos y ver cuáles son semejantes a las de Cristo. Existe un tensionamiento de todos los miembros del Pueblo de Dios, como en el Vía Crucis del Señor... Hay quienes se preparan para la Pascua, asumiendo el dolor como redención y conversión, y hay quienes no descubrirán que Cristo, cabeza de un Cuerpo Misterioso y Real, es el hijo de Dios. También aquí los personajes, como en el camino al calvario, manifiestan lo que son y lo que sienten con palabras, opiniones, juicios y gestos. Las imágenes vivas cobran diversos matices, desde un dolor verdadero y auténtico, desde un descubrir un preanuncio de la Pascua, hasta manifestar el no poseer una libertad interior que debe caracterizar a los hijos de Dios. Así comprendemos la murmuración, la calumnia, el comentario ligero y superficial, hasta tocar con baja a personas consagradas e Instituciones que la Iglesia aprueba y bendice para el servicio de los hermanos.

Amigos, todo esto es una gran gracia del Señor. Es una invitación amorosa para que lo reflexionemos con los criterios de Él y de su Iglesia, y no solo con los nuestros que son mezquinos. No hacerlo así sería ignorar o desechar el ministerio inagotable de la Iglesia.

La verdadera dimensión de hechos como estos solo se los puede iluminar, para asumir y descubrir su rico contenido, desde la Palabra de Dios, dejándonos penetrar por Ella. Solo se la puede descubrir y comprender si asumimos la actitud del pobre del que nos habla la Biblia, y apoyados en el Señor, discernir lo que es verdadero de lo falso; lo que es desorden interior y cerrazón para con Dios y para con el hermano, de lo Nuevo del Mandamiento Nuevo; lo que engendra vida

de lo que engendra muerte; lo que es permanente de lo que es transitorio; lo que es sentirse verdadero hijo de la Iglesia, que la ama y la respeta tal cual es –porque como peregrinos somos pecadores débiles y nos esforzamos para ser perfectos como el Padre de los Cielos–, de quienes, a sabiendas o sin advertirlo, la usan, la hieren, la profanan, la hacen infiel a su misión querida por Jesucristo.

Mientras un mundo cambia y vive vertiginosamente acontecimientos los más encontrados, existen hombres que buscan fatigosamente el sentido de la vida y de la muerte, existen imágenes de cristianos y de creyentes que desfiguramos o profanamos en nosotros mismos el Rostro del Dios Vivo. Existen hermanos nuestros que buscan, en la sinceridad de sus corazones, asideros, imágenes vivas, testimonios de vidas comprometidas con la Fe, para dar el salto de la oscuridad, de la duda o de la noche, a la Luz transformadora del Cristo de la Pascua.

Nosotros, ¿escandalizamos, debiendo ser sacramentos vivientes de la Buena Noticia del evangelio, con nuestras actitudes personales o de grupo, con nuestros juicios condenatorios y faltos de la más elemental caridad y amor al prójimo? Esto no significa hacer un maridaje entre lo verdadero y lo falso, entre la verdad y el error. Pero Cristo no vino a salvar verdades, sino hombres que, convocados a la verdad, al camino y a la vida que es él, fueran capaces de renacer por el agua y el espíritu santo en hombres nuevos.

Cristiano es el hombre que se compromete a renovar el mundo desde el esquema de la Resurrección de Cristo; el hombre nuevo va haciendo su propia historia en permanente evolución creadora, en esencial relación con los otros, en profunda relación e in-

timidad con Dios. El hombre es plenamente hombre cuando tiene capacidad para proyectar su futuro, de ir haciéndolo desde la riqueza del presente y el pasado. A este hombre nuevo se le exige que se purifique del hombre viejo (Ef. 4, 24) que llevemos todos adentro, que se purifique de la levadura vieja para ser masa nueva (1 Cor. 5).

Es la totalidad del hombre el que se hace nuevo, por el Espíritu Santo que se nos dio en el bautismo, el hombre nuevo es el hombre de la Pascua; es el hombre de la vida y de la esperanza; es el hombre convocado por Dios para ser libre; es el hombre de la luz y de la sal; es el hombre hermano para el otro hombre; es el hombre hecho otro Cristo viviente en medio de sus hermanos.

Amigos, hago una invitación a esta estupenda y difícil misión apostólica; se la recuerdo a todos los cristianos, invito a todo hombre de Buena Voluntad, sean cristianos o no, a unir esfuerzos para que todos seamos hombres nuevos. Me permito pedir una cosa: quienes no se sientan con las fuerzas suficientes o la opción hecha en la propia vida para esta esperanzada tarea, por las razones que fueren –sin que esto signifique relegarlos, todo lo contrario, los asumimos con fraternal acogida y en el amor de Cristo–, no entorpezcan los caminos del Señor, en esta hora difícil en que se nos convoca a apresurar la marcha, porque la claridad del día ya aparece en el horizonte para que la Iglesia Diocesana recorra los caminos de los hombres, cualesquiera sean, caminando con ellos y mezclados, uno más con ellos. Como lo hace el Santo Padre Pablo VI, por los caminos difíciles de este mundo en cambio, con riesgos para la propia vida y despertando con esperanzas volcadas en una Iglesia que está haciendo el

gigantesco esfuerzo de interpretar, desde su Evangelio, "los signos de los tiempos en que vivimos".

Como Pablo y con Pablo, cabeza del Colegio de los Obispos, queremos, en la debilidad de nuestras fuerzas, pero apoyados en Cristo y en un gran amor a nuestro pueblo que se nos ha confiado, ser pastor y misionero de Jesucristo. Salir al encuentro de tantos hombres, de tantos pobres, de tantos hermanos que buscan el reencuentro con Dios en el reencuentro con sus hermanos, de la juventud que reclama de nosotros adultos, la veracidad y autenticidad de nuestras vidas, y que no detengamos la marcha hacia una sociedad mejor a la que con derecho reclaman de nosotros los mayores, que buscan encontrar una comunidad eclesial, renovada, purificada, convertida, rejuvenecida que empuja y que convoca a vivir en la verdadera justicia y en la santidad de vida.

Queremos salir a buscar, para caminar juntos, a quienes tienen hambre y sed de justicia; a quienes sufren; a quienes se sienten lejos espiritualmente, no importa su clase social; a quienes se sienten rechazados por sus mismos hermanos porque traen sus manos metidas en las angustias y en las alegrías de sus hermanos los hombres. No excluimos a nadie, pero también queremos interpretar el silencio fecundo y cargado de esperanza de muchos lejanos o cercanos que miran asombrados, hasta con lástima, con qué miopía contemplamos y reflexionamos el contenido de nuestra Fe y los acontecimientos de los hombres.

6 de diciembre de 1970

Homilía Radial

Baruc 5, 1-4 | Filipos 1, 4-6. 8-11 | Lucas 3, 1-6

Saludos: Alabado sea Jesucristo.

A la juventud secundaria que finaliza sus estudios. Amigos y hermanos, después de escuchar las lecturas de la Biblia, la Profecía del Profeta Baruc, la carta de Pablo a los Filipenses y el Evangelio de Lucas, con la figura central de Juan el Bautista, meditaremos hoy sobre el tema central de la Conversión.

Dios llamó a los hombres a entrar en comunión con Él por medio de Jesucristo. Pero se trata de hombres pecadores; la respuesta al llamamiento de Dios le exigirá, por tanto, en el punto de partida, una conversión y una actitud penitente. Por esto, la conversión y la penitencia ocupan un lugar considerable en la revelación bíblica. La Biblia usa diversas maneras de expresar la conversión del hombre. "Buscar a Dios es buscar su rostro, humillarse delante de Él es fijar su corazón delante de Él".

Pero la idea de conversión nos lleva a entenderla mejor diciendo que es un cambiar de rumbo, de volver los pasos andados, de volver atrás, reconstruir el amor roto para con Dios y para con nuestros hermanos; ruptura de un pasado que nos desvía de nuestra plena

realización como hijos de Dios. Ratificar de nuevo la condición que aceptamos el día de nuestro Bautismo para que se nos entregara la Fe que es la vida nueva que nace por el agua y el Espíritu Santo. Esa condición era amar a Dios con todo lo que somos y con la misma fuerza amar a nuestros hermanos. El Apóstol Juan nos dirá: "No amemos solo de palabra sino con las obras".

En el Evangelio de Lucas aparece la figura de Juan que llama a la conversión. El último de los profetas, Juan el Bautista, que llama a los judíos a penitencia, que anuncia la aproximación del Reino de Dios entre los hombres, que anuncia la inminencia de la llegada de Jesús, el Mesías, que sumerge a los pecadores en el agua del Río Jordán para que esa levadura exterior fuera como principio de la purificación interior. Hijo de la vejez y del milagro fue desde su nacimiento consagrado a ser Nazareno, puro, limpio, envuelto en una piel de camello, ceñida a su cintura con una correa de cuero, con el cuerpo quemado por el sol del Desierto y el alma quemada por el deseo del Reino de Dios. Es el anunciador de la Luz, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, el que traerá otro bautismo, el bautismo del agua y del Espíritu Santo para hacer hombres nuevos, un pueblo nuevo, un pueblo sacerdotal y profético, anunciador de las maravillas que Dios realiza entre los hombres.

Este Juan, que no es ni Elías ni Cristo sino una voz que clama en el desierto, que anuncia que en medio de ustedes hay uno a quien ustedes no conocen y a quien no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias. El que viene...

Y este Cristo ya está en medio de nosotros. El Hijo de Dios se hizo hombre y habita en medio de nosotros. Seguimos con la mirada fija en la Navidad, esa

Navidad está en cada hombre, en cada pueblo; es decir, Cristo está en el corazón de cada hombre que se alegra o sufre, rico o pobre, sabio o ignorante. Este es el Gran acontecimiento de que hablamos el domingo pasado; cada Adviento es un llamado a nosotros, los cristianos, a ayudar a nuestros hermanos para integrarlos plenamente en Jesucristo, porque en Él encontrarán su plena realización humana.

Así comprenderemos mejor a Pablo VI, el Santo Padre, que hecho peregrino apresurado, misionero y apóstol, por los caminos del lejano oriente, nos enseña que esta es la Iglesia que sale, consciente de saberse misionera y apostólica. No puede quedarse encerrada sobre sí misma, sería infiel a su Divino Fundador Jesucristo, sino que debe ir donde están los hombres, con respeto, con amor, con misericordia, con acogida fraternal, con actitud de sirvienta y experta en humanidad brindarle con toda fidelidad todo lo que posee, íntegramente, sin claudicaciones, el Evangelio, Jesucristo, revelación del Padre de los Cielos, Camino y Vida, y Luz para que los hombres logremos nuestra total e integral realización.

Fue otro Juan, el Bueno, como le hemos llamado, Pastor Supremo de este Pueblo de Dios, quien convoca a este pueblo para la Conversión. Es necesario presentar a nuestro mundo una Iglesia con un rostro limpio y sin mancha, como enseña el apóstol Pablo. Hoy, después de varios años de un Concilio hecho para que resplandezca mejor en Obispos, sacerdotes, religiosos y fieles cristianas, la fuerza y la vitalidad, siempre joven y llena de vida del Evangelio de Jesucristo, vivimos el proceso del camino del Éxodo, cuando el pueblo elegido debe salir a Egipto para emprender la marcha del desierto, rumbo a la Tierra Prometida. Camino duro y difícil, hecho con rupturas interiores y sacrificios ex-

teriores, con la sola confianza puesta en el señor. Con la sabiduría y la Luz del Concilio, sentimos en carne propia las exigencias que este camino de conversión supone, de dolor y alegría a la vez.

En cada uno de nosotros, y en la comunidad eclesial, entra la tentación del miedo; nuestra Fe se ve seriamente replanteada e interpelada por el Señor y por quienes nos ven obrar cada día. Parecería que, a veces, no advirtiéramos que el Señor está haciendo el camino con nosotros. Nuestra debilidad humana, nuestras pasiones desordenadas, cobran, por momento, toda la fuerza del hombre viejo que se resiste a la conversión, que debe ser de mente y corazón como lo hemos dicho hasta la saciedad. Caminar como Iglesia mezclados con un mundo que aceleradamente cambia y sufre toda clase de tensiones es correr los riesgos humanos de equivocarnos y de no tener miedo de meter nuestras manos para ayudar a nuestros hermanos, con quienes hacemos el mismo camino. Como lo acaba de hacer el Papa Pablo, para asumir todas las alegrías y esperanzas, los dolores y sufrimientos que a diario pesan sobre la vida de cada hombre concreto.

A todos nos cuesta cambiar nuestro ritmo, a veces rutinario. Quizás escondemos, en nuestras agresividades, un sentido hondo de frustración personal, de miedo a asumir nuevos compromisos exigidos por la Fe y la Vida. Quizás escondemos, en la falta de cordura y madurez personal en nuestras actitudes cristianas, la debilidad de nuestra carne, la poca solidez de nuestra Fe, sentimientos encontrados, para ser acogedores y simplemente amar y no vivir condenando. Quizás nuestra falta de valentía para tomar en serio nuestra conversión haga aparecer en aparente postura de firmeza o reacciones incontroladas la pobreza de nuestro espíritu.

Amigos, los invito a que piensen seriamente, no se alimenten con la murmuración y la falta de nobleza de espíritu; a Usted y a mí, San Pedro nos dice que debemos ser piedras vivas del edificio espiritual que es el Cuerpo de Cristo. Pablo, el apóstol, a Ud. y a mí, nos dice que no profanemos el Templo del Espíritu Santo; a Ud. y a mí, si nos decimos buenos hijos de esta Madre que es la Iglesia, que con la fuerza del Señor renovemos nuestro interior y aquellas instituciones que ya no sean capaces de engendrar vida.

La Conversión pedida por el Concilio exigirá todavía muchas renunciaciones y rupturas interiores y exteriores. La redención y la salvación se hace con sangre, sangre de nuestro corazón y si fuere necesario, y lo considero una gracia de Dios, con la misma vida. No nos engañemos, si no somos hombres nuevos, seguiremos mintiendo a nuestro mundo que busca apasionadamente hombres capaces de testificar con la propia vida lo que dicen y creen para no hacer detener la marcha de un pueblo que grita su propia dignidad y que no cambia el Evangelio por cualquier otra cosa, porque los cristianos no somos capaces de asumirlo, en medio de nuestras debilidades, con alegría, esperanza y firmeza.

El Evangelio, la Fe cristiana en serio, actitudes nuevas que rompan con ese hombre viejo que todos tenemos dentro. Cristo ha resucitado, Él es nuestra fuerza, Él quiere que todos los hombres seamos hermanos, felices y nos ayudemos los unos a los otros para construir una comunidad de hombres que nos amemos de veras y no un conglomerado de individuos que perdemos el tiempo jugando con la vida a lo francotirador, mientras existe todo un pueblo que espera, acusando el cansancio de la espera y el descreimiento a todo llamado para que juntos caminemos.

Amigos, ustedes los del interior y que viven en los suburbios de nuestra ciudad, o Ud. que vive la soledad de saberse ignorado por sus hermanos, aprendan la lección en la debilidad y en el pecado de quienes nos decimos cristianos comprometidos que, si no nos convertimos en serio a Jesucristo y somos verdaderos hermanos, mentiremos en la próxima Navidad cuando partamos el pan en la mesa familiar a la luz de un Pesebre improvisado en nuestra casa o en un rancho. Acuérdense, como lo debo recordar yo también, el día de nuestro Bautismo le aceptamos a Cristo la condición que nos puso para darnos la Fe, si éramos capaces de amar, no de condenar. Pensemos...

1970

Mensaje de Navidad

Isaías 9, 1-6 | Tito 2, 11-14 | Lucas 2, 1-14

Mis Hermanos y Amigos:

Cuando todo guardaba un profundo silencio, al llegar la noche al centro de su carrera, tu omnipotente palabra, Señor, bajó del cielo... Y el verbo se hizo carne y habitó entre nosotros a quien todos los profetas anunciaron, la Virgen esperó con inefable amor de madre, Juan lo proclamó ya próximo y señaló después entre los hombres... Nos encontramos velando en oración para vivir con alegría el misterio del Nacimiento del Hijo de Dios... Y el Niño fue envuelto en pañales y colocado en un pesebre. Y unos pastores de la cercanía escuchaban este canto: "Gloria a Dios en los cielos y paz a los hombres de corazón recto".

Qué hermosos son los pies del mensajero que anuncia la paz... Que trae la Buena Nueva... Que pregona la victoria de Nuestro Dios.

Mientras en nuestra Santa Iglesia Catedral está celebrando la Eucaristía de esta Navidad un presbítero de nuestra comunidad, y preside la asamblea cristiana en la Iglesia Madre de la Diócesis, he querido elegir este año, para celebrar la misa de esta Nochebuena, este humilde Barrio de San Vicente, y por templo el

alero de este rancho. Estoy acompañado por cristianos vecinos de este lugar; desde aquí les hago llegar el saludo navideño. Desde esta sencilla mesa familiar quiero esta noche unirme a todos ustedes, especialmente con quienes se encuentran más solos; quiero sentirme muy hermano con todo hombre de corazón recto que le dé acogida en su corazón a la verdadera Paz.

También aquí, la Omnipotente Palabra de Dios, hecha carne en el Hijo de María la Virgen se hará presente sacramental en la Eucaristía de esta noche convocándonos a vivir el amor a Dios y el amor a los hombres, nuestros hermanos. En estos bordos de San Vicente, suburbios de la ciudad de La Rioja, queremos vivir en la fe, lo que vivieron en la gruta de Belén los sencillos pastores de la comarca, cercana también Belén a la ciudad de Jerusalén, donde no pudieron José y María encontrar alojamiento.

Hermanos y amigos, escuchen: Esta Nochebuena nos convoca a todos los hombres del mundo entero, a deponer toda actitud que mate la paz y el amor entre los hombres. Se hacen treguas y cesa el fuego en los campos de batalla. Porque hoy nace el autor de la vida que destruye la muerte, el odio y toda forma de esclavitudes. Hoy, los hogares necesitan encontrarse en torno a una mesa íntima y familiar. Los hombres nos saludamos augurándonos paz y felicidad y tratando de cortar las incomunicaciones entre hermanos. En los hogares, en las plazas, en los cruces de los caminos donde transitan los hombres, en los templos y en las vidrieras comerciales, en las ciudades y en el campo, reeditamos el pesebre de Belén. Colocamos estrellas en los lugares altos de nuestras ciudades, como signo de paz, de anuncio de un gran acontecimiento de gozo y esperanza. Se oyen en todas partes los cantos navideños y el anuncio a los pastores: "Gloria a Dios en los

cielos y paz a los hombres de corazón recto". ¿Vivimos un simple recuerdo? ¿Vivimos, actualizado en cada uno de nosotros y en nuestra sociedad, el misterio del Dios Encarnado?

Amigos, dispongámonos a tener alma de niños para dar acogida en nuestro corazón al don de la paz, que en esta Nochebuena toma un nombre y se hace regalo para los hombres: Jesucristo, salvador de los hombres. Porque si el cristiano cree en la fecundidad de la paz para llegar a la justicia, cree también que la justicia es una condición ineludible para la paz.

Ustedes que están alrededor de la mesa familiar, amigos, les sugiero que no partan aún el pan. Miren, ahí están sus hijos, no es sentimentalismo, miren los ojos cargados de esperanzas y de ilusiones.... Son niños... En la ciudad o en el campo. Si Ud. se siente con un corazón libre y limpio, son jóvenes. Si Ud. tiene resentimiento, frustraciones, odio, si Ud. está solo, los invito antes a que recemos. Como les salga, con tal que sea sincero. Desde aquí, con quienes me quieren acompañar, les vamos a hacer esta oración a Cristo, hecho Niño, hombre como nosotros, sin dejar de ser el Dios Altísimo, que ya ha puesto su vivienda entre las nuestras.

Antes de darnos un abrazo de paz, es necesario pedirle perdón: Jesús, estamos con vergüenza ante este pesebre; no podemos partir el pan, ni darnos un abrazo ni mirar los ojos de nuestros niños. No nos atrevemos a cantar el canto de los ángeles a los pastores; nos sentimos sucios, manchados, pecadores. Te pedimos perdón, como los niños, por las guerras que hacemos los hombres; por tantos hermanos nuestros y tuyos que mueren de hambre; por el sufrimiento que causamos a nuestros hermanos por nuestro egoísmo y soberbia; porque te usamos, muchas veces, para lograr los inte-

reses nuestros, que son mezquinos, ruines, mentirosos. Perdón, Jesús, porque no creemos con madurez y sinceridad de corazón en tu persona, Hombre-Dios, plenificadora y salvadora. Porque nos refugiamos frecuentemente, cuando Tú nos llamas a la conversión, en el miedo, en la cobardía y en la agresividad. Perdón, Jesús, por nuestras infidelidades y pecados como pastores de tu pueblo... Porque a veces a los cálculos humanos los hacemos prevalecer al anuncio de tu Buena Nueva, que es el Evangelio.

Perdón, Jesús, por nuestros hermanos que, de buena voluntad, así lo suponemos, porque a las intenciones las juzgas Tú, Señor, rompen la comunión en sus corazones y en sus inteligencias con quienes, ungidos y unidos a tu sacerdocio, don y regalo para el pueblo de Dios, reconocen a tu Iglesia, que es tu propio Cuerpo. Perdón, Jesús, porque amamos más a las cosas que a las personas; porque condenamos a quienes te buscan con sincero corazón. Perdón, Jesús, por el pecado de los padres y de los hijos; por tantos hermanos nuestros que profesan de distintas maneras en el hombre la imagen tuya y el templo del Dios vivo. Perdón, Jesús, porque tantas veces impedimos que los hombres se liberen de sus ataduras y marginaciones y esclavitudes para que se realicen y se plenifiquen en Ti, Salvador y Libertador de los hombres. Perdón Jesús por las infidelidades y pecados de quienes tienen la responsabilidad de conducir los pueblos a una mayor justicia y paz fundadas en Tu Evangelio; por quienes matan el amor verdadero en tantas formas, por quienes siembran y matan la esperanza con la cizaña del odio y del resentimiento.

Jesús, no dejes a tu pueblo sin sacerdotes, anunciadores de tu Palabra y realizadores de tu Encarnación, si en un momento de debilidad humana despreciamos

este don hecho al pueblo riojano... Perdón, Jesús... por quienes desprecian a la mujer consagrada. Perdón Señor, por todos los pecados de nuestro pueblo riojano. Jesús, te das cuenta, te traemos en esta Navidad todo esto que te acabamos de decir y mucho más que Tú lo sabes mejor que nosotros, porque lees en el secreto de cada corazón. Te traemos todos los esfuerzos y realizaciones hechos en nuestra Provincia y Diócesis de La Rioja para lograr un mayor desarrollo y felicidad de nuestro pueblo, según tu voluntad.

Quédate con nosotros, con nuestro pueblo riojano. No te vayas, no nos dejes librados a nuestras propias fuerzas, somos incapaces de construir una Rioja nueva en la paz y en la justicia verdaderas, sin tu ayuda. No queremos mentirte en esta Navidad... sentimos que renaces en el corazón de cada riojano. Estamos tomando cada vez mayor conciencia de la dignidad de hijos de Dios que Tú nos diste. No permitas que seamos infieles al sople renovador de tu Espíritu Divino.

Mis amigos, para todos y cada uno de Uds., autoridades y pueblo, que la paz y la comunión en Jesucristo nos haga mejores servidores de nuestros hermanos, por el amor y la esperanza.

27 de diciembre de 1970

Misa Radial

Eclesiástico 3, 2-6. 12-14 | Colosas 3, 12-21 |

Lucas 2, 41-52

Alabado sea Jesucristo.

Saludos al Distrito de Malligasta. Enfermos, cárcel, feliz año nuevo.

Mis amigos y hermanos: hace apenas dos días, les decía en el saludo navideño, dirigido a todos sin distinción alguna, lo siguiente: "Amigo: lo invito a que no parta aún el pan de la mesa de nochebuena, mire los ojos de sus hijos cargados de esperanzas e ilusiones" y luego lo invitaba a que hiciéramos una oración, conversáramos con Jesús, hecho Niño, hecho Hombre, recostado en un pesebre, en una cueva donde comen los animales. Con Ud. le pedíamos perdón por muchas cosas que Ud. y yo sentimos desde lo hondo de nuestra conciencia. No podíamos cantar el cántico de paz, ni partir el pan, si nos sentimos culpables. Podemos engañar a los hombres, pero a Cristo no. Usted lo sabe bien como lo sé yo también.

Y seguimos viviendo todo este ambiente que crea en torno nuestro cada Navidad; parecería que los hombres, por una fuerza interior irresistible, nos sintiéramos más hombres, más hermanos, más buenos. Como si estuviésemos cansados de tanto condenar, vivir mar-

linándonos los unos de los otros, encasillados en estúpidas posturas de egoísmo. Parecería que la necesidad de volcar, a veces, toda la hiel de nuestro corazón en los demás, este sencillo y a la vez profundo Misterio de un Dios hecho Niño para hacernos felices, fuese como una bofetada dada por el Señor para que despertemos de nuestra ceguera, de ese mundo chico que nos fabricamos para seguir viviendo nuestro egoísmo. Nuevamente es el Señor que pasa por cada una de nuestras vidas, por cada hogar, por nuestra ciudad y por cada uno de nuestros pueblos del interior.

No puede ser una Navidad más que desaparezca con el apagón de las luces del arbolito de Navidad que hemos construido en nuestras casas o en las plazas. No puede ser que este encuentro con la Palabra de Dios y las fuentes de la Gracia sacramental, en esta Novena de nuestro Patrono, no nos diga nada y no nos convierta a Cristo haciéndonos cambiar de actitudes en la vida.

Y junto al Pesebre del Niño Dios, envuelto en cantares populares que les llamamos Villancicos, la Liturgia de la Iglesia pone la fiesta del triunfo de un primer mártir de Cristo, San Esteban. Desde el Pesebre, ese Niño Dios será puesto como signo de contradicción. Habrá hombres que responderán en la Fe, adhiriéndose a su Persona Divina, y habrá hombres que no lo vean, no lo descubran, le teman, les estorbe, y desde la Cuna de esa Cueva le preparen dos maderos para crucificarlo. Porque cuestionará a la sociedad, llamará a la conversión profunda de la vida de cada hombre, porque no se puede amar a Dios, que no vemos, si no amamos a nuestros hermanos, a quienes sí vemos.

Con Esteban comienza en el mundo el escándalo de la Cruz y que en la Cruz nacerá la Vida. Y hoy la misma Iglesia nos pone textos bíblicos para que medi-

temos en la familia. Por eso hoy es el día de la Sagrada Familia. Nos dice el Libro Bíblico del Eclesiástico: "El Señor honra al Padre por medio de sus hijos, y asegura los derechos de la madre sobre ellos. El que honra a su Padre expía sus pecados y el que respeta a la madre es como el que adquiere un tesoro. Hijo, cuida de tu padre en su vejez y no le causes tristeza mientras viva. Sé indulgente si declinan sus fuerzas y no lo desprecies cuando todavía eres joven".

Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión –nos sigue diciendo Pablo–, practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura y la paciencia. Sopórtense unos a otros, perdónense mutuamente siempre que tengan motivo de queja contra otro. Sepan que el Señor los ha perdonado, hagan lo mismo ustedes, sobre todo tengan caridad, que es la síntesis de la perfección. Que la Paz de Cristo reine en los corazones de ustedes, esa Paz a la que han sido llamados porque formamos un solo Cuerpo de Cristo. Que la Palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza; instrúyanse en la verdadera sabiduría, corrijanse unos a otros. Maridos, amen a sus mujeres y no le amarguen la vida. Mujeres, amen a sus maridos como corresponde a los discípulos de Cristo. Hijos, obedezcan siempre a sus padres, porque esto agrada al Señor. Padre, no exasperen a sus hijos, para que ellos no se desanimen.

Y este Niño de Belén es el que nos trae y nos manifiesta toda la realidad de la Familia Trinitaria: Padre, Hijo y Espíritu Santo; la realización en plenitud de cada persona divina; la plenitud de vida, de amor, de diálogo, la plenitud de donación, de entrega y de felicidad. Y en la tierra otra familia: un Dios hecho hombre y hecho hijo de María, una mujer, Madre del Dios hecho hombre. José, asociado como padre, sin comprender

que la concepción del Hijo fue obra del Espíritu Santo. Ambas realidades: la Familia Trinitaria en los cielos, la Sagrada Familia de Nazaret en la tierra y este niño para ser fiel a la misión que trae de Su Padre de los Cielos causará dolor a su Madre María y a José. Tendrán que huir a Egipto porque su presencia molesta a Herodes, que gobernaba la Judea. Quedará tres días en el templo, porque "no sabíais, dice Jesús a su Madre, que debo ocuparme en los asuntos de mi Padre"; y María, conservaba todas estas cosas en su corazón, y una espada de dolor atravesaría su corazón cuando, al pie de la Cruz, su Hijo redime al mundo con su muerte de ajusticiado en una Cruz.

Cuánto hay para meditar y reflexionar, amigos que me escuchan, ustedes padres e hijos. Los cambios y las transformaciones que sufre la sociedad actual repercuten en nuestras familias, ya sea que aceptemos o rechazemos el cambio vertiginoso en que vivimos. Ustedes lo saben y lo sufren en carne propia. Qué difícil es ser esposo y padre, mientras tanto, la familia sigue siendo la célula primera y viva de la sociedad; misión recibida directamente de Dios. Y en una sociedad así deben seguir, ustedes padres, creando un ambiente de familia animado por el amor, por la piedad a Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra, personal y social de los hijos, creando un clima de confianza, de intimidad, de respeto y libertad, de tal manera que la familia se vuelva capaz de plasmar personalidades fuertes y equilibradas para la sociedad.

Además, como esposos cristianos, son para sí mismos, para sus hijos y demás familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la Fe. Son, para sus hijos, los primeros predicadores de la Fe y los primeros educadores.

Y esta misión de la familia los lleva a que sea la primera escuela de las virtudes sociales que necesitan todas las demás sociedades. La experiencia la deben hacer en el propio hogar, para ir introduciéndose poco a poco en la sociedad civil y en la Iglesia. Qué difícil tarea, los comprendo, por los problemas sociales, económicos, culturales y aún religiosos en que viven, se les hace casi imposible lograr este ideal. Las confidencias diarias, la observación de nuestra realidad familiar actual en quienes se preparan al matrimonio, en quienes, al poco andar, se resquebrajan; en quienes, acosados por el problema diario económico, sufren una permanente angustia y frustración de no lograr el bienestar exigido como personas dignas, siendo hijos de Dios. Él nos hace vivir, junto a ustedes, las preocupaciones y las desesperanzas para lograr una situación más digna.

Porque pienso en ustedes y en sus hijos, niños o jóvenes, llamados a reflejar, en lo posible, el ideal de la familia trinitaria y la de Nazaret, no escatimaremos esfuerzos, aunque ello suponga asumir el precio de la cruz. Cristo Encarnado me lo exige a mí y a ustedes. Con su fuerza y con su Luz seguiremos caminando.

Predicar un anticomunismo estúpido y negativo, sembrar el odio y la cizaña, acusar al Obispo y a los sacerdotes que, puestos por el Señor, debemos ser los pastores de nuestro pueblo³². Amigos, padres de familia, hombres que tienen que rendir cuenta a Dios de una grave misión encomendada, no construyen; destruyen. El Señor no permita jamás para nuestro pueblo riojano que los hijos de ustedes, un día, nos acusen de infieles porque no supimos asumir con valentía la

32. Hace referencia al conflicto intraeclesial suscitado con algunos dirigentes laicos al disponer Mons. Angelelli el estado de asamblea en todas las instituciones y movimientos eclesiales para su renovación.

responsabilidad de ayudar a remover todas aquellas causas que llevan a que sean marginados material o espiritualmente, a que sean frustrados o irrealizados como personas e hijos de Dios. Que un día, esos mismos hijos, opten por la violencia a la que desaprobamos y rechazamos como medio eficaz para construir una Rioja nueva.

Las anécdotas, los resentimientos, el miedo, las agresividades se irán a las tumbas con nosotros. Lo importante es haber visto a tiempo, con sentido de esperanza y de hombres de Fe, lo que Cristo nos dice por su Palabra y por los acontecimientos que vive la sociedad actual, cuáles son las obras que debemos dejar como herencia para nuestros hijos.

La poesía de Mons. Enrique Angelelli

Prólogo

Para la mayoría, esta publicación será una novedad: ¡Monseñor Enrique Angelelli poeta! Aunque si analizamos con detención sus mensajes, su predicación, su conversación descubrimos que tenía “alma de poeta”, de hablar fresco y ameno, profundo y sentido, personal y nacido de la vida.

No escribió sus versos para publicarlos, ni siquiera los daba a conocer, salvo a los más allegados. Los que hoy publicamos fueron encontrados entre sus apuntes y reflexiones personales; algunos de ellos inconclusos o sin título.

La poesía fue para Mons. Angelelli casi una necesidad, un suspiro de su espíritu siempre inquieto, un medio para decirse a sí mismo sus secretos y dar rienda suelta a los sentimientos que no alcanzaba a comunicar a los demás. Entre sus apuntes encontramos esta frase: “la copla no tiene palabras; es un trenzado de lo que uno siente”.

En aquel 24 de agosto de 1968 al hacerse cargo de la Diócesis, comenzaba su primer mensaje diciendo: “Le acaba de llegar a La Rioja un hombre que quiere identificarse y comprometerse con ustedes... que quie-

re ser un riojano más”. Sus versos y su vida lo dicen: se hizo miembro de un pueblo contemplativo, artista, poeta y cantor.

Un amigo suyo, el “chayero” José Luis Oyola, dice: “las coplitas que yo canto no son de casualidad; me las enseñó mi tierra, yo soy mensaje nomás...” y otro folclorista riojano, Juan Carlos Soria, añade: “cada hombre tiene en sí un mensaje; ayudémonos a descubrirlo...”. Así, muchos de sus versos nacerán del contacto con la naturaleza o serán un eco de sus encuentros con la gente de pueblo.

Un grupo de amigos hemos recopilado estos poemas de Mons. Angelelli y creemos rendir un justo homenaje, a quien fuera el tercer Obispo de La Rioja, publicando su secreto poético.

Juan Aurelio Ortiz

La Rioja, 9 de octubre de 1976,

a los 27 años de su ordenación sacerdotal.

Canto a la luz³³

Voy buscando una luz en el cerro...
con senderos... silbidos... silencios
mi guitarra sueña un encuentro
en cada piedra preñada de eco.
Llora el algarrobo su secreto
me cuenta el arroyo su pena...
la vida madura en la cuesta
la esperanza termina en el cerro.
Andar y andar... me grita el arroyo
el sol ya caliente... ¡Qué dura es la cuesta!
Arriero amigo, camina hasta el cerro
hay música en la pirca... ecos de fiesta.
La luz hace día en el sendero,
música y canto el lamento,
la marcha se convierte en término...
hay un abrazo en la punta del cerro.

33. Versos escritos en enero de 1968, en una hoja con el membrete que usaba su gran amigo y poeta, P. “Pepe” Echeverría. En el original también se lee: “Año de la Fe – versos inspirados junto a los cerros de Calmayo” (Sierras de Córdoba). Una frase encontrada entre sus apuntes dice: “hay que ir limpiando la sombra para desenterrar la luz”.

El valle está preñado de luz
con rumbos de marcha hacia el cerro,
cada pirca es una meta
y la tranquera, un encuentro.
La luz se esconde en el cardón
la quebrada es su misterio
el silencio es fecundo en el cerro,
el agua canto en el encuentro.
Hay una tranquera abierta
en cada punta del cerro
la luz se hace silencio,
la marcha acaba su término.
Cada valle es un misterio
y cada marcha un despego,
el arriero silba en el monte,
la luz le sale al encuentro.
¡Aleluya! Cantan los cerros
¡Aleluya! Canta el arriero
la luz se hace silencio
con música de cencerros.

Búsqueda³⁴

¡Señor! Déjame que te cuente...
qué dura es la cuesta... llega la tarde
las piedras lastiman... espero que hables,
yo busco la Luz para poder amarte.
¡Señor! Déjame que te cuente...
qué dura es la cuesta... qué dura es la gente...
las piedras lastiman... espero que hables,
voy buscando la Luz para poder mirarte.
Los hombres me hablan de técnica y artes,
no quieren la paz, no quieren amarse,
la noche los envuelve, no saben jugarse,
están tristes... ¡pobres!... y sin coraje.
Porque no saben que el Evangelio del Pobre
es buena noticia... vida y coraje...
Juan, el Profeta, gritó el mensaje:
agua, pan, vino, luz, el Cordero...
¡que se salven!

34. A estos versos que aparecen en la misma hoja del “Canto a la luz” bajo el título de “Encuentro” los revisa y corrige en La Rioja. De allí que comiencen con dos estrofas similares. La primera escrita en Calmayo; la segunda, en La Rioja.

A La Rioja querendona³⁵

En cada chaya escondes tu dolor hecho
harina y albahaca...
los del puerto te han amordazado para
que no grites...
ya tus tientos se cortan y caen
tus machetes;
solo te quedan ranchos tristes...
y tierra caliente.

Los de afuera, Chango, te han robao
las vacas;
Tu Tata ha quedao' solo... y la Mama
un recuerdo
El Estargidio se fue lejos, a juntar petróleo
allá en Comodoro... rumiando nostalgias
y a la Rita la llevó el Patrón para que
la comediera
dicen que a Buenos Aires donde todo
es mentira;
tienen que hacer todo, aunque no lo

35. Es muy posible que sean sus primeros "versos riojanos". En un principio los llamó: "Rioja soñadora".

pueda,
total, es riojana, lo mismo que... ¡nada!
Pero el sol está sangrando allá en
Los Mogotes,
y en La Cueva de adentro se oyen galopes;
se acercan pasos por los caminos llaneros
y el Chacho amanece con sus montoneros.
Y por la Quebrada que le dicen de
Chuquis
unos loros del cerro se gritan contentos
hay olor a racimos y a vino nuevo,
y Don Aurelio, ya calienta la pava en
el fuego.
¿Por qué no quieren que diga lo que
siento...
es que es mentira hablar del silencio...
no escuchan el grito de los de
tierra adentro?

El hombre proyecto de pueblo³⁶

Mezcla de tierra y de cielo,
proyecto de humano y divino...
en cada hombre se hace rostro
y su historia se hace pueblo.
Es barro que busca la Vida,
agua que mezcla lo Nuevo,
amor que se hace esperanza
en cada dolor del pueblo.
El pan en el horno florece...
¡es para todos, amigos!
Nadie se sienta más hombre,
la vida se vive en el pueblo.
Porque el proyecto se hace silencio,
porque la vida se hace rezo,
porque el hombre se hace encuentro
en cada historia de pueblo.

36. Sin duda fueron escritos antes de 1973... recuerden aquello del Mensaje de los Obispos Latinoamericanos en Medellín: “Por la fidelidad al plan divino, y para responder a esperanzas puestas en la Iglesia, queremos ofrecer aquello que tenemos como más propio: una visión global del hombre y de la humanidad...”.

Déjenme que les cuente
lo que me quema por dentro;
es amor que se hizo carne
con chayas y dolor de pueblo.
¿Saben? Lo aprendí junto al silencio...
Dios es trino y el uno,
es vida de Tres y un encuentro...
aquí la historia es camino
y el hombre siempre un proyecto.

Tinkunaco riojano³⁷

Ya se oyen galopes en la quebrada
del cerro,
las cajas peregrinan una marcha de
encuentro
y en las Padercitas un fraile prepara
la Pascua
para la raza india, americana y diaguita.
Un Niño vestido con la carne nuestra
es encuentro del cielo y de Mama tierra;
los cerros le cantan con voces de estrellas,
y en la Quebrada, cuajada de flor,
una Luz se hace huella.
La caja diaguita cargada de penas
galopa en el tiempo cantando
la chaya llenita de harina, llenita de albahaca,
con color de vino y coraje de guapa.

37. Fueron los primeros versos que dio a conocer cuando quiso ayudar a terminar el audiovisual (“La Rioja: historia, vida y mensaje”) que la Junta Diocesana de Catequesis llevó como aporte al Encuentro Nacional de Posadas. Los escribió el 18 de febrero de 1973, oportunidad en que reveló su secreto de poeta. Fueron recitados por una joven en la Misa de su entierro (6 de agosto de 1976).

Ya son las doce con rumbos de encuentro,
los “Aillis” ya llegan en el filo del tiempo,
y el Niño, vestido con carne de pueblo,
lo adornan los “Alféreces” en la Casa
de Gobierno.

Incienso y silencio se queman en la calle,
no es farsa... mito... recuerdo... es mensaje
con gritos de pena y esperanzas de sangre...
Así reza la caja del “Inca” que de nuevo sale.
Porque el Santo lo espera con carne
de pueblo,
la misma del Niño que viene de “Alcalde”.
Y cuando la campana canta Tinkunaco
grande,
La Rioja florece en historia, vida y mensaje.

Oración de mi sacerdocio³⁸

Siento que mi tierra dolorida y
esperanzada, reza y canta
con su historia, vida y mensaje...
Peregrina conmigo en mi carne
y mi sangre,
me parece escucharla con su chaya.
En esta Roma pecadora y fiel,
un día floreció en mí una Unción...
“Sacerdote para siempre
me dijiste entonces Señor”.
Veinticinco años vividos por esos caminos
de Dios,
con mañanas de Pascua y tardes de dolor,
con fidelidades de hijo y debilidades
de pecador,
con las manos metidas en la tierra
del hombre...
de este pueblo tuyo que me entregaste
Señor.

38. Terminó sus estudios eclesiásticos en Roma, donde se ordenó sacerdote el 9 de octubre de 1949. A estos versos los escribe en octubre de 1974, en Roma, cuando realiza la “**visita ad límina apostolorum**”.

la Nueva Carne de Amor.
Pablo, tu Vicario, me sale al encuentro
como un hermano mayor...
me dice al oído: “Hermano,
confirмо tu Fe y tu Misión,
recibe el ósculo de la paz
y lleva a tu pueblo mi bendición”.
Y... mientras se encienden las estrellas...
Allá, lejos, sigue floreciendo el amor.
Por este sacerdocio tuyo
que es mío y de tu pueblo,
muchas gracias, Señor.
Es hora que me despida
de esta Roma que me ungió,
con un Credo agradecido
a la Iglesia que me engendró...
con la esperanza de María,
¡hasta La Rioja, Señor!
La Patria está gestando un hijo
con sangre y con dolor...
lloran los atardeceres
esperando que el hijo nazca
sin odios y con amor.
Mi tierra está preñada de vida
en esta noche de dolor,
esperando que despinte el alba
con un hombre nuevo, Señor.

*Temas para versos nuevos*³⁹

El cardón

Silencioso vigía de los cerros,
amigo del hombre de mi tierra,
envuelto de esperanza sufriente,
canto florecido en mi guitarra.
El viento se hace música en tu cruz,
el silencio se hace amigo en tu flor,
los cerros te cuidan por la noche
y el coplero te arrebató tu canción.
Te siento cerca, hermano, cardón,
me cuentas las cuitas del hombre
que solitario madura su dolor...
el silencio se esconde en tus fibras
cuando siento arrancarte tu amor.

39. Por lo que se ve, tenía pensado escribir sobre varios otros temas: al cardón, canto al agua, al reaccionario, desovillando a mi pueblo, noches de chaya y serenata, algunos de los cuales no terminó y hasta dejó otros sin “bautizar”.

Canto al agua⁴⁰

Agüita clara hecha perla,
canto alegre en cada piedra,
te haces vino en cada viña
y esperanza de tierra nueva.
Te mezclas de harina en la chaya,
juguetona en cada mañana.
Por la tarde perfumas los cerros
con la jarilla recién mojada.
Te haces mensa y te haces plegaria
en cada arroyo y en cada cascada,
te haces música y haces canto
en cada noche estrellada.
Te haces vientre fecundo de vida,
niña virgen y enamorada...
en cada fuente te haces Pascua
en la carne resucitada.

40. Las cosas de la vida y de la naturaleza siempre lo llevan a Dios...
como estos versos que terminan en el Agua Bautismal.

Noche de chaya y serenata⁴¹

Camino de Cochangasta,
lloro de cajas en las vidalas...
porque mi pueblo trae escondido,
con albahaca, harina y chaya,
silencios y plegarias
para cantarle a La Rioja
¡novia linda enharinada!
Y por los caminos llaneros
enredada en la guitarra
la luna se hace nostalgia,
chumadita y enharinada,
para contarle a la Patria
que La Rioja se hace chaya
en cada noche estrellada.
Perdida en los senderos
camino de cualquier parte...

41. Identificado a fondo con su Rioja, comenzó con este canto...
¡lástima que lo dejó trunco!

En la quebrada del cerro
está pariendo la luz...
las estrellas limpian la sombra
con las coplas de Cruz del Sur.
El hombre es coplero en la vida
Si desovillaba el silencio
guarecido en cada flor
con sabiduría de viejo
y con rumbo de Cruz del Sur.
Si desovilla la guitarra
con paciencia y con dolor,
con coplas de aceita y vino.
Estrellas y luna nueva
alumbra el socavón
y doña Ramona, la abuela,
ancla en coloquios con Dios.

42. Otra prueba más de que sus versos, muchas veces, son un eco de su relación con la gente. Quedaron así, sin título e inconclusos. Sobre esta acción de “des-ovillar”, se encuentra entre sus apuntes esta otra frase: “La caracola tiene enovillado el cielo adentro, y hay que tirarle el hilo largo para sacarle lo que hay allá lejos... y así escuchar el mensaje de las cosas”.

“Yo le converso mis cuitas
y Él no se hace el remolón,
y juntitos quedamos viendo
la luna y el socavón.
Mientras los chicos del barrio
ponen música al cardón.
Él muy quietito y parado
los saluda con su flor.
A dónde andarán mi suerte
enredada en algún cardón...
pregúntale a las estrellas
que alumbran el socavón”.

Apuntes⁴³

Estoy pelando leña
para encontrarle el alma al palo...
Así dibujar mi rostro
en el interior de este palo.
Por eso huyo de la ciudad
donde es difícil encontrarle
el alma a este palo.
Aquí en la quebrada
y en el silencio de los cerros,
cuidado por los cardones
los pájaros y el diálogo del arroyo
descubro que es fácil
tallar mi rostro
en el ala de este algarrobo
y escuchar de él
la voz del silencio de los cerros.
Para contarle a mis hermanos,
negros o blancos,
pobre, rico, marginado,

43. Y sigue tomando apuntes de su relación con la gente. Este manuscrito responde a los que le dijo un hombre, en la zona de Sañogasta... estaba haciendo una escultura, conversaron... y él anotó.

se aprende a amar
cantando, llorando,
tallando, silbando,
sirviendo
sin mirar qué leña tiene el palo.

A modo de ejemplo⁴⁴

Con el repique gozoso de las campanas de nuestra catedral y de los otros templos y capillas de la ciudad y del interior de la Diócesis, anunciamos ¡Cristo ha resucitado!

La sabiduría de nuestro pueblo... que la ha ido tejiendo durante larga marcha de “éxodo”, en su historia, semejante al narrado en la Biblia... que se ha ido jalonando en jornadas de cruz, como lo expresa hermosamente en la voz de sus poetas y copleros: “Nadie es poeta mientras camina en la vida, solo se es poeta nomás...” cuando la traduce, con la hondura litúrgica, por distintos caminos, bajando por los senderos de los cerros o caminando en caravana silenciosa, sufriente y orante, haciendo el duro camino del Barrial de Arauco con rumbo al Señor de la Peña”... para pegar en la roca una frágil cruz de caña, símbolo de la vida que se apoya en la Roca firme, profunda y sólida, símbolo de Cristo que muere y resucita para que encontremos de la Fuente de la Vida...

44. Decíamos que, en sus mensajes, en su predicación, en su conversación, descubrimos que Mons. Angelelli tenía “alma de poeta”. He aquí un ejemplo, extractado del “Mensaje de Pascua” (12 de abril de 1973).

Hoy nos traduce el sentido de la Pascua “en riojano”, cuando alumbramos esa “roca” con débiles velas, mezcladas con el humo en la agresividad de la naturaleza del lugar, para gritar en silencio, con gestos y rezos, nuestra necesidad de Cristo... que es la Luz verdadera, el Libertador “de todo el hombre y de todos los hombres”.

Este anuncio de la Pascua del '73 nos exigirá ser permanentes vigías en el nombre del Señor, para que un proceso iniciado sea fiel al Plan de Dios... será el mejor servicio del pueblo a quienes tienen y tendrán la misión de gobernar... Debemos tener permanente un oído puesto en el corazón del pueblo, que debe ser protagonista... porque allí es donde el Espíritu Santo va impulsando la historia, haciéndola viva y dinámica, siempre joven.

Criterios de esta edición

La presente obra reúne las homilías que Monseñor Enrique Angelelli emitía en la Misa Radial de los domingos de la Radio L.V. 14 de la provincia de La Rioja. Estas homilías fueron recuperadas por el equipo de Ediciones Tiempo Latinoamericano de Córdoba. En 1996 publican el primer tomo: *Misas radiales de Monseñor Angelelli I. Homilías 1968 - 1969 - 1970*, trabajo que no terminaría allí, sino que seguiría en futuras publicaciones que llegaron hasta el tomo IV.

Ante la escasa circulación de este material, el equipo de la Secretaría de Culturas y de Plano Editorial se propuso como objetivo recuperar la obra de Mons. Angelelli a 100 años de su natalicio, colaborando con el equipo de Ediciones Tiempo Latinoamericano. Es menester dar un reconocimiento al escritor y editor, Luis Baronetto, quien nos facilitó la tarea al ceder los derechos de este material para ser publicados bajo nuestro sello editorial. La transcripción fue realizada por Mariana Papadópolos, quien respetó fielmente el material publicado por los compañeros editores. Este libro, por lo tanto, posee sus prólogos y notas al pie de página originales.

También agradecemos la colaboración de la Secretaría de Derechos Humanos de la provincia, quienes cedieron las fotografías presentes en este tomo y que, ante la mención de la sola idea de publicar esta obra, no dudaron en facilitarnos información y material sobre nuestro mártir, Mons. Angelelli.

No conformes con recuperar las homilias en este primer tomo, el equipo de Plano Editorial decidió añadir las poesías de nuestro querido “Pelado” (como le llamaban cariñosamente sus allegados) por su gran valor: estas poesías reúnen en sus líneas el amor que Mons. Angelelli tenía por el pueblo, siempre pensando en su ‘liberación’ y ‘superación’. No es el objetivo de esta nota analizar las poesías, pero sí mencionar que estas eran el reflejo de su lucha contra la pobreza, la marginación, la injusticia social y el silencio. Agradecemos la recuperación de estos poemas a Juan Aurelio Ortiz y Gustavo Contreras Bazán.

Esta edición permitirá que la voz de Monseñor Angelelli circule nuevamente por las escuelas, por los barrios y por todos los rincones de nuestra querida provincia de La Rioja.

Índice

La Rioja: Plano Editorial	7
Palabras preliminares	9
Prólogo	11
Misas Radiales de Monseñor Angelelli	
A veinte años del Martirio	17
Misas Radiales	18
Un criterio para la publicación	20
El Obispo del Concilio	22
Memoria y Presente	23
Prólogo. Angelelli y la traducción del Concilio para América Latina	25
Primer Mensaje a la Diócesis de La Rioja. 1968	31
Homilía III Domingo de Adviento. 1968	44
Mensaje de Pascua. 1969	47
Homilía a la Juventud. 1969	51
Homilía en la Festividad de Corpus Christi. 1969	55
Clausura de las Fiestas Patronales de San Nicolás. 1969	63

Homilía en el día de la Madre. 1969	71
Mensaje de Navidad. 1969	75
Mensaje de Paz a la Diócesis de la Rioja. 1969	82
Clausura de las Fiestas de San Nicolás. 1970	89
Homilía del 1º de Febrero. 1970	96
Homilía del Segundo Domingo de Pascua. 1970	100
Día Mundial de las Vocaciones. 1970	102
Misa radial en el día de Pentecostés. 1970	107
Homilía de la Festividad de la Santísima Trinidad. 1970	112
Homilía en el día de Corpus. 1970	117
Homilía Radial. 1970	125
Fiestas Cincuentenarias de San Nicolás. 1970	127
Sentido de la Colecta Nacional. 1970	135
Homilía Radial. Agosto 1970	140
Homilía Radial. Setiembre 1970	145
Homilía Radial. Setiembre 1970	151
Homilía Radial. Noviembre 1970	155
Homilía. Noviembre 1970	160
Misa Radial. Noviembre 1970	165
Homilía Radial. Noviembre 1970	171
Homilía Radial. Diciembre 1970	179
Mensaje de Navidad. 1970	185
Misa Radial. 1970	190

La poesía de Mons. Enrique Angelelli

Prólogo	199
Canto a la luz	201
Búsqueda	203

A La Rioja querendona	204
El hombre proyecto de pueblo	206
Tinkunaco riojano	208
Oración de mi sacerdocio	210
El cardón	213
Canto al agua	214
Noche de chaya y serenata	215
...	216
Apuntes	218
A modo de ejemplo	220
Criterios de esta edición	223
Índice	225



PALABRA REUNIDA I, de Enrique Angelelli, se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2023, en los talleres gráficos de IVisual de la ciudad de La Rioja.

República Argentina.

Tirada: 200 ejemplares.